

ENTRE EL PERIODISMO Y LA LITERATURA: EL REPORTERO EN *LOS
INFORMANTES* DE JUAN GABRIEL VÁSQUEZ.

LUISA FERNANDA LÓPEZ FERNÁNDEZ.

UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS
MAESTRÍA EN LITERATURAS COLOMBIANA Y LATINOAMERICANA
SANTIAGO DE CALI
2016

ENTRE EL PERIODISMO Y LA LITERATURA: EL REPORTERO EN *LOS
INFORMANTES* DE JUAN GABRIEL VÁSQUEZ.

LUISA FERNANDA LÓPEZ FERNÁNDEZ.

Tesis de maestría para optar al título de:
MAGISTER EN LITERATURAS COLOMBIANA Y LATINOAMERICANA

Director de tesis:
ÁLVARO BAUTISTA CABRERA
Doctor en Literaturas y Culturas Ibero e Iberoamericana
Profesor titular en la escuela de Estudios Literarios

UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS
MAESTRÍA EN LITERATURAS COLOMBIANA Y LATINOAMERICANA
SANTIAGO DE CALI
2016

Contenido

Introducción	5
Objetivos.....	12
Objetivo general.....	12
Objetivos específicos.	12
Marco teórico.....	12
1. Lineamientos generales y antecedentes de la relación entre periodismo y literatura	16
1.1. Justificación	16
1.2. Problema de investigación.....	17
1.3. Relación entre periodismo y literatura	18
1.3.1. Antecedentes: La novela de no ficción, el nuevo periodismo y el periodismo literario.....	19
2. El periodista y el periodismo en la novela <i>Los informantes</i> , de Juan Gabriel Vásquez .	24
2.1. El periodista literario	24
2.1.1. La recolección de la información.....	24
2.1.2 La estructura.	26
2.1.3. La redacción.....	28
2.2. El arte de la distorsión	32
2.3. La censura.....	35
2.4. La imagen del periodista según los manuales	41
3. La estructura de la novela <i>Los informantes</i> (2013).....	44
3.1. <i>Los informantes</i> , una ampliación de la historia de los inmigrantes Colombia.....	44
3.1.1. Círculos de repetición histórica.	45
3.1.2. La redención: historia de los vencidos.....	50
3.2. La verdad y los testimonios	55
3.2.1. La verdad en los personajes y en los hechos históricos.	63
3.3. La narración, una aproximación a la realidad de las acciones	78
3.3.1 Un acercamiento a la Triple Mimesis.	79
3.3.2. Ejercicio de interpretación: La imitación de la experiencia.	84
4. Estilo y concisión	92
5. Conclusiones	110
6. Anexos.....	114
6.1. Anexo 1	114

6.2. Anexo 2	122
Bibliografía	132

Introducción

La novela

Los informantes narra la historia de Gabriel Santoro, un joven reportero que publica un libro sobre la vida de Sara Guterman, una inmigrante judía que llegó a Colombia junto a su familia, en 1938, huyéndole al régimen de Hitler. La publicación desatará el rechazo frontal y la demolidora crítica de su propio padre; una voz que se convierte en la imagen de censura, por ser desde el inicio de la novela el personaje más interesado en desviar la atención de las personas de dicha publicación. Mientras su hijo realiza el exhaustivo ejercicio de recolectar más información sobre lo que había sucedido en Colombia en la década del cuarenta, por cuenta de la Segunda Guerra Mundial, va encontrando la razón de ser de la rabia y el rechazo de su progenitor.

Luego de la información suministrada por Sara Guterman, que termina en la publicación del texto “Una vida en el exilio” y bajo los juicios de valor de Santoro (padre), el joven reportero se ve en la obligación de emprender una investigación rigurosa que le permitirá corregir los errores y, sobre todo, perseguir la verdad sobre los campos de concentración y las famosas listas negras que se crearon en varios países de América Latina, como respuesta solidaria a las órdenes del presidente Roosevelt. En *Los Informantes* (2013) habla cada uno de los personajes para dar prueba y fe que en la Colombia de los años cuarenta, a través de

traiciones familiares, públicas y privadas, se le hacía eco a la contienda militar más grande de la Historia Moderna Occidental.

Tal como lo señala el mismo Juan Gabriel Vásquez en diálogo con la periodista Caridad Plaza y el escritor peruano Santiago Roncagliolo,

La violencia está sugerida como la vive el personaje central, que es como la vivía yo cuando estaba en Colombia: haces una vida normal, pero con la conciencia de que puede estallar una bomba o de que estás pasando por un lugar que fue atacado por la guerrilla. Consigues dominar el peligro y el miedo, pero siempre están presentes. Los bogotanos saben a qué punto es posible convivir con la violencia, interiorizarla. Eso es lo que sucede en *Los Informantes* (Plaza, 2006, p.106).

El lector encuentra en la novela *Los informantes* (2013) una invitación de su autor, a pensarse y reflexionar alrededor de las formas en las cuales se construye la opinión pública. De igual manera, establece una imagen de las prácticas en las cuales el Poder es capaz de construir realidades.

El autor

Juan Gabriel Vásquez nace en Bogotá cuando corría el año 1973. Su vida ha sido marcada por la trashumancia y la lectura. Después de terminar sus estudios en Derecho en la prestigiosa Universidad del Rosario —rodeado de un ambiente elitista, en el que el mundo político y la historia tienen un tono diferente al que se puede oler en cualquier otra parte de la ciudad— con una tesis sobre el bardo griego: Homero. Viaja a Francia; se matricula en La Sorbona, donde va a realizar estudios de Doctorado en Literatura Latinoamericana; su estadía en la ciudad Luz, se va a dar entre 1996 y 1999.

El incesante trasegar de su espíritu lo llevó a Ardenas, en Bélgica; vivió pueblo pequeño de aquella región por un año; poco se conoce de su residencia en el viejo mundo, pues Vásquez ha sido un hombre caracterizado por mantener su ambiente familiar fuera del foco

del voyeur. Sin embargo, su deambular no cesa y se suma a una gran cantidad de escritores latinoamericanos que pasaron una temporada en la hermosa ciudad de Barcelona; allí va a residir entre el año 2001 hasta el 2012.

Sus dos primeras novelas *Persona* (1997) y *Alina suplicante* (1999), son obras que se concibieron a una muy corta edad. De allí, que el autor, en reiteradas ocasiones¹, deniegue de su forma y calidad. Ya en los primeros años del siglo XXI, Vásquez, presenta la colección de relatos *Los amantes de Todos los Santos* (2001) la cual transporta al lector a un viaje por las ciudades europeas en las que el escritor vivió.

Su siguiente apuesta poética es una breve biografía de Joseph Conrad, *El hombre de ninguna parte* (2004); allí el autor muestra uno de los hombres que más lo apasionan y nos deja ver algunos aspectos de su percepción sobre la poesía, el relato y sobretodo la Historia. Las relaciones que se pueden establecer con la vida y obra de Conrad, no son parte de los objetivos de éste trabajo, sin embargo, creemos que es relevante la presentación de la misma, al ser un hombre lleno de “signos” que el lector debe encontrar e interpretar.

Es a través de la historia de Conrad que Vásquez encuentra una manera de ficcionalizar la historia de Colombia, de poner entre dicho a esos narradores de la Historia tradicional. La hipertextualidad que construye entre la vida y la historia del país tiene en el fondo toda una carga crítica a la producción literaria. Es decir, las constantes temáticas presentes en las novelas de Vásquez, están mediadas son las relaciones invisibles que se manifiestan entre historia y política, pero no de una manera ingenua o tranquila, sino como un descubrir del horror, de la duda, del conflicto y es allí, en el momento en el que el lector debe descubrir como esos temas espinosos distorsionan la visión de la literatura.

¹ Las obras fueron escritas entre los 23 y los 25 años de edad. "La novela ha sido empujada a los márgenes de la sociedad". Para ahondar sobre su relación con las primeras obras, véase: (Winner: 2010); (Geli, 2011)

Entrevista de Carles Geli a Vásquez con motivo de haber ganado el Premio Alfaguara 2011. El País. 22.03.2001. ó Gabriela Wiener. "El escritor debe ser un agua fiestas". Entrevista con Juan Gabriel Vásquez, revista Arcadia. 03.15.2010.

El meollo de la literatura, y en este caso el de la novela, se puede identificar no en la diégesis sino en su tratamiento. El escritor bogotano, sobre este asunto nos dirá que:

Yo quiero que una novela me cuente cosas que no sabía, no necesariamente por medio de temas novedosos, pero sí por medio de tratamientos novedosos, asociaciones imprevisibles, sugerencias que nunca antes se habían hecho. En las novelas históricas que me interesan, el novelista se toma libertades deliberadas con la historia conocida, rompiendo las cronologías, llenando vacíos sobre los que no hay pruebas, fingiendo que ocurrió lo que nunca ha ocurrido, etc. (Wiener, 2010, p. 2).

Sobre su tercera novela *Los informantes* (2013) se presentará una lectura minuciosa, por lo que cabe señalar que fue escogida por la revista *Semana*, entre las novelas más importantes publicadas en el país desde 1982. CITA. *La Historia secreta de Costaguana* (2007) ve la luz después de tres años de intenso trabajo. Esta obra ha obtenido varias menciones especiales y premios nacionales e internacionales, entre ellas el *Premio Qwerty* en Barcelona (2008), Premio Fundación Libros & Letras en Bogotá (2007).

La siguiente obra que aparece de Vásquez, es *El arte de la distorsión* (2009), un grupo de ensayos literarios en los que sobresale la idea de la distorsión como una herramienta política que debe estar al servicio de la Verdad; documento que va a ser revisado en un apartado de la presente monografía.

El ruido de las cosas al caer es la quinta novela del bogotano; con ella logra el reconocimiento internacional que no había obtenido con sus anteriores trabajos. Las invitaciones a conversatorios, revistas, periódicos, entrevistas, concursos literarios y centros de interés cultural se gestan entre premio y premio. Es galardonado con el premio Alfaguara de novela en el 2011, el *English Pen Award* durante 2012 y Premio *Gregor von Rezzori-Città*

di Firenze, en Italia iniciado el año 2013; el más reciente de los reconocimientos fue el Premio IMPAC Dublín en el 2014.

Su trayectoria literaria no se detiene en su acervo personal sino que trasciende a la de otros grandes escritores: cuenta con varias tradiciones que realizó de obras como la de Victor Hugo, John Dos Passos, John Hersey, E. M. Forster, entre algunos otros nombres importantes de las letras europeas.

Hasta finales del 2014 fue columnista de uno de los pocos periódicos colombianos de tinte liberal: *El Espectador*. Es desde este pulpito que ha levantado varios reportajes que le han permitido ganar en dos ocasiones el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, el mayor reconocimiento que se da en el país a la labor del periodismo.

Contenido y forma

El presente proyecto de investigación centra su atención en la importancia del “Periodismo Literario” frente a los procesos de reconstrucción de los hechos, un ejercicio emprendido también por la historiografía y la obra literaria; mediante dicho periodismo, el ser humano se aproxima a los acontecimientos que hilvanan su pasado. Atrae la atención, que el escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez elabora, mediante la novela *Los informantes* (2013), toda una representación de cada uno de los puntos de la enunciación mencionados; y los reúne a través de personajes mixtos, a quienes les encarga, por medio de sus roles, marcar un acento sobre el coletazo de la Segunda Guerra Mundial, en Colombia.

El primer capítulo, del presente trabajo, “Lineamientos generales y antecedentes de la relación entre periodismo y literatura”, contiene una síntesis de las características afines entre los dos conceptos. Gracias a la concordancia entre los procedimientos de investigación que debe realizar un periodista y las formas estilísticas de la Literatura, esta nueva manera de suministrar información permite la optimización de la actividad del reportero; en tanto que

deja de lado la inmediatez que se le exige en el medio masivo de comunicación, para apelar a la reconstrucción integral del pasado, mediante un proceso arduo y extenso de recolección de datos.

El segundo capítulo, “El periodista y el periodismo en la novela *Los informantes*, de Juan Gabriel Vásquez”, consiste en el reconocimiento específico del *modus operandi*, de Gabriel Santoro (hijo): el personaje principal de la obra, puesto que se trata de un joven reportero que se interesa más por *desocultar* la verdad de los hechos del pasado, aludiendo de esta manera, a una de las características que lo pone en medio de la conceptualización del *Nuevo Periodismo*.

De acuerdo a la descripción específica del concepto de censura realizada por el periodista y escritor polaco Ryszard Kapuściński, en su texto *Los cinco sentidos del periodista (1994)*, en este capítulo también se describe, a partir del personaje Gabriel Santoro (padre), la fuerza que posee el discurso cuando se trata de desviar a la opinión pública, de acuerdo con intereses particulares.

En el tercer capítulo, “La estructura de la novela *Los informantes*”, contiene un análisis a los asuntos implícitos en la obra de Vásquez, si se tiene en cuenta que por medio de personajes como Gabriel Santoro (padre e hijo), Sara Guterman, Enrique Deresser, entre otros, es posible darle una mirada a la forma cómo ha sido contada la historia de quienes fueron vencidos por las imposiciones extranjeras, ante una posible exportación del nazismo, en la década del cuarenta.

Por medio del texto *Tesis sobre la historia y otros fragmentos (2013)*, del pensador alemán Walter Benjamin, son analizadas diversas características que deben poseer las personas interesadas en emprender la búsqueda de la información más veraz, sobre los acontecimientos del pasado.

También, bajo el concepto de *verdad* que desglosa Hans Gadamer en su obra *Verdad y Método* (1998), se resalta la importancia de la rigurosidad tanto en la búsqueda, como en la interpretación de la información entregada por las distintas fuentes; con el fin de recorrer, en realidad, el sendero que conduce hacia la *desocultación*.

Con el apoyo en la propuesta teórica de la *Triple mimesis*, presentada por el filósofo francés Paul Ricoeur, en su obra *Tiempo y Narración* (1998), el penúltimo capítulo finaliza con un detallado estudio a la función reconfiguradora de la obra *Los informantes* (2013) frente a la historia de las personas que estuvieron en la década del cuarenta, en Colombia; lidiando con el final de la Segunda Guerra Mundial, lejos de su patria y en la ruina económica.

En el cuarto y último capítulo, “Estilo y Concisión”, se realiza un abordaje de la novela *Los informantes* (2013), en la división por capítulos propuesta por el mismo Vásquez. En este espacio se reconocen cuáles son las decisiones narrativas elegidas por el autor, para sostener la trama en la secuencia interna de la obra.

También se resalta el juego de espejos que se evidencia dentro de la novela, en relación a los dos reportajes que realiza el personaje Gabriel Santoro (hijo), cada uno de ellos motivado por situaciones particulares.

En el proyecto, *Entre el periodismo y la literatura: el reportero en Los informantes de Juan Gabriel Vásquez*, son contrastadas las funciones de los periodistas clásicos con las de los “Periodistas literarios”, gracias a la configuración de los hechos del pasado, que lleva a cabo Juan Gabriel Vásquez, mediante la novela *Los informantes*.

Objetivos

Objetivo general.

- Identificar la figura del periodista literario en la novela *Los informantes*, del escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez.

Objetivos específicos.

- Encontrar las características del periodismo literario en relación a los conceptos de rigurosidad en la investigación y fidelidad a los hechos.
- Demostrar las relaciones que se establecen entre periodismo y literatura en la estructura narrativa utilizada por Vásquez.
- Analizar en la novela *Los informantes* los apartados donde la verdad histórica se reconfigura mediante la ficción.
- Contrastar la imagen del periodista construida por Juan Gabriel Vásquez y los manuales entregados por las casas editoriales.

Marco teórico

La presente investigación es una mirada plural que se funda en la margen trazada entre el Periodismo y la Literatura, una relación que permite que la historia se convierta en un hecho del presente.

Para Tom Wolfe, el periodista de antes de los años 60 era de escritorio y vivían en una constante competencia por la exclusiva; en las salas de redacción los reporteros no tenían:

Ambiciones de ascenso, de convertirse en redactores locales, redactores ejecutivos, redactores en jefe, o cualquier otra cosa del resto. Los directores no temían amenazas de abajo. No necesitaban paredes. Los reporteros no exigían demasiado... ¡únicamente convertirse en estrellas! ¡y de tan inmediato fulgor! (2000, p. 11).

Es durante la década del sesenta que los periodistas desempeñan un rol más protagónico en la noticia, al resaltar temas humanos; estas preocupaciones aparecen tras el uso de las

técnicas de la literatura relacionadas con las del periodismo, y es a este proceso lo que Wolfe va a denominar como Nuevo Periodismo: “A mediados los años sesenta, uno sólo se daba cuenta de que por arte de magia existía una cierta agitación artística en el periodismo, y de que este hecho resultaba nuevo en sí mismo” (2000, p. 38).

El escritor español Manuel Vázquez Montalván, en el prólogo que escribió para la obra *Literatura y Periodismo*, una tradición de relaciones promiscuas, del periodista español Albert Chillón, cuenta que cuando asistió como oyente al seminario de Estética, Chillón sostenía que “el periodismo era la propuesta literaria más propia de nuestro tiempo, y en sus últimos años sostuvo que la literatura española contemporánea había que buscarla entre los columnistas de los diarios más solventes” (Chillón, 1959, p. 11).

En el primer capítulo, “La toma de consciencia lingüística”, Chillón afirma que “...La *comunicación* es el acto de *poner en común* las experiencias particulares mediante enunciados, con el fin de establecer acuerdos intersubjetivos sobre el <<mundo de todos>>, el conjunto de mapas que conforman la cartografía que por convención cultural llamamos <<realidad>>” (1999, p. 29). Vemos que tanto el protagonista de *Los informantes* (2013), como el de *Las reputaciones* (2013) se ven abocados a realizar una interpretación constante de los hechos; hacen todo un esfuerzo con el fin de superar las dificultades para encontrar la información, porque en ambas obras los acontecimientos trascendentales que hilvanan la narración, fueron vividos y sufridos pero por otros.

Desde sus reflexiones sobre la diversidad de realidades particulares y múltiples experiencias de cuya puesta en común surgen acuerdos que denominamos “verdades”, es importante el texto de Chillón para determinar el papel que cumple la prensa.

Con la práctica del Periodismo Literario, dice el escritor Alejandro López, en su ensayo *Los siete pecados del Periodismo Literario*: “...Hay gente que se siente insultada...”, y por

eso extiende su análisis hacia las razones y los usos y perspectivas que impugna el mencionado “género de asuntos” (2007, p. 13).

Dicho ensayo le servirá a la presente investigación, puesto que en el se encuentra resumida la información más importante que gira en torno al concepto de Periodismo Literario. Dicho resumen será un apoyo para el análisis a los roles y actividades que ejercen el protagonista de la novela *Los informantes*.

El ensayo *El periodista contra la historia*, de Óscar Ortega es un análisis sobre el deber de un periodista cuando a través de alguna investigación descubre que la verdad histórica ha sido manipulada, Ortega pregunta que si “¿el periodista puede cazar una pelea con la historia?” (2013, p. 29)

Esto ocurre en la novela *Los informantes*, de Juan Gabriel Vásquez: La publicación del reportaje *Una vida en el exilio*, del periodista - narrador Gabriel Santoro y el ataque implacable al mismo, por parte de su progenitor, nos conduce a diversas consideraciones: interpretar nuevamente la realidad gracias a fuentes oficiales significa también destapar dolencias: ¿sería entonces preferible archivar la investigación?; o más bien, hacer uso de las facultades para poder narrar historias olvidadas, a pesar del dolor de las víctimas.

El ensayo de Ortega servirá de base para debatir sobre el privilegio y la responsabilidad de un periodista “para narrar historias del tiempo presente” (2013, p. 39).

La tesis doctoral *Relaciones entre Periodismo y Literatura en la obra de Gabriel García Márquez: historia, mito y violencia*, del español Moisés Limia Fernández, recuerda al “Gabo” que ampliaba sus horizontes narrativos con la práctica literaria del reportaje y retoma a Gilard para señalar que “resulta muy llamativo el elevado número de notas escritas por García Márquez –tanto en El Universal como en El Herald– que recrean andanzas, pormenores e incidencias de sus viajes, en ocasiones imaginarios (si bien siempre anclados a la realidad)” (Limia citando a Gilard, 2010, p. 478).

Es así como hemos visto los teóricos que han establecido paralelos entre periodismo y literatura, los cuales construyen una serie de características que reformulan el concepto de periodista y, por consiguiente, el ejercicio del periodismo. Por lo cual, me apoyaré en ellos para dilucidar y extraer la imagen del periodista representada por Juan Gabriel Vásquez, en su novela *Los informantes*.

1. Lineamientos generales y antecedentes de la relación entre periodismo y literatura

1.1. Justificación

Es necesario realizar esta investigación porque en torno a los conceptos de periodismo, periodista, ficción, verdad, entre otros, es que Juan Gabriel Vásquez establece niveles de aproximación a la imagen adecuada de estos conceptos en el orden de lo nacional con todas las implicaciones, negativas o positivas, que esto conlleva.

Varios antropólogos y sociólogos han buscado huellas e indicios de las realidades culturales, políticas y sociales de los pueblos y comunidades, a lo largo y ancho del mundo en la literatura. Si bien la historia es la responsable de cargar sobre sus hombros los acontecimientos “tal cual fueron”, es en las bellas artes en las que la condición humana se manifiesta y detrás de ellas las realidades cotidianas de esos hombres y mujeres que para nuestro caso, van a ser retratados por los reporteros, desde una mirada develadora.

Gabriel Santoro es un periodista, sus perspectivas, maneras, ideales y trabajos determinan unas formas del ejercicio, que si bien hacen parte de la ficcionalización por parte del escritor colombiano, son una invitación abierta a la reconstrucción de los valores propios de la historia de la comunicación, gracias a los grandes reporteros, sobre quienes recaen historias que lograron modificar la perspectiva de algunos de los acontecimientos del pasado más impresionantes de Colombia, como la inmigración de judíos después de la Segunda Guerra Mundial y la creación de las listas negras.

La novela *Los informantes* no cuenta con una crítica especializada, puesto que es de reciente publicación: 2004. De igual manera, las relaciones que se establecen entre periodismo y literatura abren espacios de reflexión interdisciplinar que son poco entrañables para los académicos, pues no siempre coinciden el estudio literario con la investigación periodística.

Finalmente, la propuesta de investigación permitirá reflexionar sobre la relevancia de la Verdad como un valor determinante en todo ejercicio democrático, ético y literario. De esta manera se configuraría una imagen diferente del periodista y el periodismo, que le apunta a la veracidad.

1.2. Problema de investigación

El periodismo, conocido como el cuarto poder, tiene en entre dicho su valor de neutralidad e imparcialidad de cara a los hechos, ya que son de público conocimiento sus relaciones con las clases dirigentes y económicas. Debido a ello es poco probable encontrar periodistas y reporteros que desarrollen un ejercicio de inmersión total.

El periodista norteamericano Norman Sims en su obra *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal* reseña las condiciones bajo las cuales un reportero debe ejercer su oficio si quiere llegar a la verdad de los acontecimientos: inmersión, estructura, voz, exactitud, responsabilidad y la búsqueda del significado fundamental del acto de escribir.

Para Benjamin, existe un concepto de historia que debe partir de la afirmación que vivimos en un “estado de excepción”, éste debe servir para el enfrentamiento con la idea de una historia amañada por los intereses imperantes. Una idea contraria no puede seguir presentándose y, mucho menos, repitiéndose. En la obra de Vásquez se presenta el estado de excepción, en la medida que los personajes entregan testimonios para complementar el hecho.

Para Benjamin la historia debe tener un “principio constructivo”, entendido como los oprimidos; éstos son entonces, el enlace entre la Historia Universal y la “historia de lo parcial”, que en la novela *Los informantes* es representada mediante el personaje de Sara Guterman, la encargada de remitir al periodista Gabriel Santoro a otras familias que padecieron el destierro, la persecución, el señalamiento, puede ser identificada con la imagen de los oprimidos de Benjamin; dicho personaje es el enlace entre la historia acaecida durante los años cuarenta en Colombia y la Segunda Guerra Mundial. El pensador alemán señala que "La época en la que se trata cada caso se vuelve solidaria con el presente actual del que escribe la historia" (Benjamin, 2010, pp. 39 - 44).

Para terminar, vamos a responder al siguiente cuestionamiento: ¿Hay una representación integral del periodista y sus funciones en la obra *Los informantes*, del escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez y cuáles son las relaciones entre la imagen del periodista y la realidad en Colombia?

1.3. Relación entre periodismo y literatura

A finales del siglo XIX y principios del XX, tras la explosión de las nuevas tendencias literarias (Novela histórica, novela realista, etc.) y de los grandes traumatismos vividos por la humanidad, las distancias entre escritores y periodistas empiezan a crecer. La división social del trabajo y la implementación de formas particulares de retratar la sociedad harán que cada uno de los participantes en el hecho comunicativo tenga un espacio limitado de intervención y unas formas establecidas para ello.

Sin embargo, las relaciones no van a estar fracturadas para siempre. Las necesidades estéticas y temáticas de quienes ejercen el periodismo los llevan a volver la mirada a su antiguo aliado. Es en este instante que varios autores norteamericanos como Truman Capote, Tom Wolfe, Norman Sims, etc.; y el colombiano Daniel Samper, van a intentar definir este suceso por medio de un trasegar teórico derivado de un sin número de noches tras las noticias y sobre todo, tras la Verdad.

1.3.1. Antecedentes: La novela de no ficción, el nuevo periodismo y el periodismo literario.

Entre las diversas nociones sobre Periodismo Literario, la que más valor histórico ha tenido es aquella presentada por el escritor norteamericano Truman Capote a partir de su obra *A sangre fría* (1966); obra escrita, según el mismo autor, con la estructura y el estilo de una novela; sin embargo, los datos y los personajes vinculados en ella son reales, los mismos que protagonizaron los hechos. El oficio de investigador le va a costar a Capote miles de folios y cientos de horas entrevistando a los moradores del pueblo norteamericano Holcomb, Kansas. Capote va a poner todo su esfuerzo por transmitir a sus lectores los valores, las formas, los sentimientos y las palabras de los asesinos.

Justamente, Tom Wolfe, el padre del “Nuevo periodismo” recuerda que era el otoño del año 1962, cuando leyó en la Revista *Esquire* el artículo “Joe Louis: el Rey hecho Hombre de Edad Madura”, de Gay Talese: “El trabajo no comenzaba en absoluto como el típico artículo periodístico. Comenzaba con el tono y el clima de un relato breve” (como se citó en Wolfe, 2000, p. 19). Wolfe reconoce en periodistas como éste y Jimmy Breslin, habilidades en el proceso de recolección de detalles novelísticos (los anillos, la transpiración, las palmadas en los hombros...); complementos que permiten en el momento de la redacción, el uso de una diversidad textual: “Bosquejos, retales de erudición, fragmentos de notas, breves ráfagas de

sociología, apóstrofes, epítetos, lamentos, cháchara, todo lo que se me venía a la cabeza” (Wolfe, 2000, p. 26).

En Colombia fue similar, iniciada la década del 40, los reporteros realizaban su actividad bajo esta particularidad de detallar los elementos novelísticos del lugar de los hechos y de sus protagonistas. El periodista y escritor Daniel Samper en su libro *Antología de grandes reportajes*, señala que:

El reportero debe observar no sólo los puntos fundamentales de la investigación que realiza, sino también captar –para poderlo recrear después– el ambiente de la escena, los detalles del suceso, el rasgo revelador de personaje. Esto exige una variedad de cualidades en él, entre las cuales la astucia y la psicología son principales. (Samper, 2001, p. 23).

Lo que era cierto es que entrada la década del sesenta, una serie de periodistas empezaron a romper la tradición periodística saliendo a la calle en busca de la información, sin importarles las horas que este trabajo implicara. Tanto Tom Wolfe como Norman Sims, compartieron esta característica fundamental de los nuevos periodistas, una especie de revolución en las maneras de informar: “Su impulso de escribir los lleva a **la inmersión**, a tratar de aprender todo lo que hay que saber sobre un tema” (Wolfe, 2000, p. 23).

Después de la recolección de datos, el autor debe realizar un proceso de selección de técnicas con el fin de ordenar y encaminar la información. Sobre dicho aspecto, Daniel Samper señala:

Son varias las preguntas que el reportero debe hacerse ante los materiales que ha acumulado antes de entrar a resolver el problema de redacción ¿Se emplean más para emplear la técnica rígida de pregunta - respuesta con una introducción en que se presente al personaje y el medio?... ¿O conviene utilizar, en forma intercalada

preguntas y respuestas con observaciones, descripciones, anotaciones de impresión. (2001, p. 26).

Una de las diferencias entre el “Nuevo periodismo” y el periodismo tradicional radica en que el primero centra la mirada en ciertas temáticas que no responden a intereses coyunturales; es decir, el periodista literario busca y explora en la profundidad de la condición humana y para ello asigna unos valores simbólicos con el fin de presentar lo que se ocultan bajo el hecho noticioso. “No es hacer metáforas fáciles. No es sacar analogías para sostener un punto. Es mirar a través, escudriñar la información con la esperanza de ver lo que hay detrás” (Sims citando a Rodhes, 2009, p. 33).

El resultado de dicho proceso era un artículo, el tipo de texto que se empezó a publicar con gran fuerza entre 1962 y 1965, en los medios impresos norteamericanos y colombianos, dependía de una búsqueda previa de información, rigurosa e ineludible. Sus autores: Charles Portis, Jimmy Breslin, Dick Schaap, del *New York Herald Tribune*; Gay Talese y Robert Lipsyte, del *Times* y Michael Mook, del *Daily News* se empezaron a distanciar de la noticia propiamente dicha y de la competencia que radicaba en el hecho de trabajar en distintos periódicos; implementaron una nueva forma de recolección de información, más ambiciosa e intensa, nunca antes exigida por la labor periodística. El texto incluía diálogos prolongados; escenas tal cual se habían presentado en el proceso de recolección de datos y testimonios y hasta los acentos de los personajes.

A este asunto, el autor norteamericano Norman Sims lo denomina: exactitud, en su texto *Los periodistas literarios y el arte del reportaje personal* (2009). Esta es la ley que debe regir el ejercicio del periodismo literario y retoma al periodista estadounidense John Mcphee para indicar que:

El escritor de no - ficción se comunica con el lector sobre gente real en lugares reales.

De modo que si esa gente habla, uno dice lo que dijo. Uno no dice lo que el escritor

decide que dijeron... uno no inventa diálogos. Uno no hace personajes mixtos. Para mí los personajes mixtos siempre han sido ficción. (2009. p. 27).

En el mismo texto, Mark kramer explica que el resultado de esa exactitud es el afianzamiento de la autoridad de la voz del escritor, para que el lector confíe plenamente en sus observaciones y puntos de vista. Dice Kramer:

La voz que admite el 'yo' puede ser un gran don para los lectores. Permite la calidez, la preocupación, la compasión, la adulación, la imperfección compartida: todas las cosas reales que, al estar ausentes, vuelven frágil y exagerada la escritura. (Sims, 2009, p. 28).

Es entonces bajo el nombre de Nuevo Periodismo (En la década del sesenta con toda su revolución cultural) que los practicantes del reportaje de la generación de Wolfe empezaron a diferenciarse de manera abismal de los periodistas ortodoxos, gracias a la cercanía que les empezó a exigir el proceso de investigación, con las personas del común.

Sims (2009) sobre el término periodismo literario puntualiza que es el que prefiere para esta innegable y nueva manera de informar “Cualquiera que sea el nombre que le demos, esta forma es ciertamente tanto literaria como periodística, y es más que la suma de sus partes” (P. 34).

En Colombia, según el escritor y periodista Daniel Samper Pizano, se fue configurando el reportaje como un género moderno, en el mundo del periodismo, gracias a un grupo conformado por algunos periodistas como Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Plinio Apuleyo Mendoza, Felipe González Toledo, del diario *El Universal* y *El Espectador*; Eduardo Camargo Gámez, Gloria Pachón, Julio Roca, del periódico *El Correo*, de Medellín; Mike Forero, Germán Castro Caycedo, Héctor Rincón, Henry Holguín, de *El Espectador* y *El Tiempo*, entre otros. Dicha generación, de camadas ulteriores a la norteamericana, dejó como legado la necesidad principalmente por la reportería más que por la columna de opinión;

varios de sus textos contienen detalles de los personajes, del ambiente y son frecuentes las notas de ubicación:

Todo es una suma de trabajos y determinaciones, en la cual hay tres etapas fundamentales. La primera es el trabajo investigativo puro y simple. La segunda, la decisión de qué técnicas se utilizarán para el enfoque final del material. La tercera, el proceso de redacción y edición del mismo. (Samper, 2001, pp. 21 - 22).

2. El periodista y el periodismo en la novela *Los informantes*, de Juan Gabriel Vásquez

2.1. El periodista literario

El ejercicio del comunicador ha cambiado en la percepción de los ciudadanos gracias a la evolución del campo del periodismo; cambio que ha venido de la mano de los medios de comunicación, las relaciones de poder, los discursos, la ética, entre muchos otros factores. Este reordenamiento significativo también es evidente para el periodismo y el periodista. Hoy existe una marcada distancia con sus antecesores: la estructura y la visión del mundo; por poner un ejemplo, se ha modificado reordenando las percepciones colectivas e individuales. Debatir sobre sí el cambio ha significado una postura más crítica o menos comprometida, no es parte de la presente reflexión pero debe convertirse en insumo para posibles investigaciones posteriores.

En su libro *Antología de grandes reportajes* (2001), Daniel Samper Pizano caracterizó a un grupo de periodistas que llevaron a cabo, en la década del cincuenta, la entronización de una nueva manera de informar: “El reportaje moderno”. Allí determina unas etapas que los caracterizó (recolección de información, la estructura y la redacción), puntos que son la base de las correspondencias encontradas en el rastreo de la imagen del periodista, en la novela *Los informantes*, del escritor bogotano Juan Gabriel Vásquez.

2.1.1. La recolección de la información.

Realizar un exhaustivo trabajo de investigación es el punto de partida del reportero, quien debe, por medio de dicho ejercicio, seguir a los personajes en sus tareas, reacciones y comportamientos, si quiere construir imágenes cercanas a la realidad en la que habitan, se mueven e interactúan.

Norman Sims, en *Los periodistas literarios*, señala que el impulso de este tipo de periodista, implica obligatoriamente un proceso de inmersión que consiste en “aprender todo lo que hay que saber sobre un tema” (Sims, 2009, p. 19).

Es así como el periodista Gabriel Santoro, hijo, quien escribe los reportajes *Una vida en el exilio* y *Los informantes*, novela materia de estudio en este documento, da cuenta de un reportero que destina el tiempo que sea necesario a la recolección de información, y desarrolla un vínculo especial con el hecho noticioso y, por ende, con sus protagonistas: “...A lo largo de varios días seguí interrogándola, y lo hice con tanta dedicación, o con insistencia tan morbosa” (Vásquez, 2004, p. 34).

Si en la obra, el personaje principal, el periodista, realiza una inversión de tiempo significativa para llegar al desenmascaramiento de los hechos; en la lógica, de la estructura novelesca, Santoro realiza el ejercicio que el escritor, Vásquez elabora en su novela; es decir, la instancia del escritor colombiano, que rastrea lo que significó la política internacional a mediados de los años cuarenta en Colombia, las relaciones con los inmigrantes alemanes y las relaciones específicas que dichos años tuvieron en las formas colectivas de concebir el mundo; se convierten en una suerte de foco iluminador a la hora de revisar el trabajo del periodista Santoro.

La característica principal para el periodismo moderno es develar una verdad oculta, en ello radica la esencia de la nueva manera de informar. Al realizar un trabajo distinto, con otro enfoque, siguiendo otra línea, por ejemplo donde la inmersión sea mínima, va a generar dificultades al momento de plantear una tesis, puesto que no va a tener cómo resolverla, quedando en un trabajo superficial; es decir, no pasa de la insinuación del problema, por lo tanto no ofrece las claves necesarias para develar una verdad.

En la historia de la literatura se encuentran una infinidad de ejemplos que no han logrado la profundidad necesaria; también existen autores que han dedicado años para

recoger información y confrontar fuentes, con el fin de lograr textos objetivos que respondan a la pregunta por la verdad: Gabriel García Márquez, Ernest Hemingway, Truman Capote, entre muchos otros.

En *Los informantes*, Vásquez presenta la evolución de su personaje principal, mediante su “cambio” ante el ejercicio del periodismo. En la primera parte, Gabriel Santoro, hijo, reconstruye unos sucesos bajo la mirada de una sola fuente, debido a la crítica de su padre (Gabriel Santoro), quien funge en la novela como un reconocido catedrático. El hijo periodista decide elaborar nuevamente el reportaje. Este cambio es significativo no solamente porque permite ver la evolución del personaje sino que abre el espacio al lector para que identifique una “nueva forma” del ejercicio del periodismo; es decir, la obra permite ver la necesidad que presenta el periodismo de avanzar, de ir más allá y de cómo el comunicador también modifica sus maneras de acercarse al suceso periodístico.

En la segunda parte, Santoro hijo, hace uso de las técnicas de los periodistas literarios. Esto puede interpretarse como una crítica del escritor Juan Gabriel Vásquez al periodismo tradicional, que centra sus actividades en la difusión de noticias y hechos diarios, sin que considere necesario un seguimiento investigativo. La crítica también puede llegar a los escritores de ficción quienes se han casado con formas narrativas y no buscan trascender de ellas.

2.1.2 La estructura.

Durante los capítulos III, “La vida según Sara Guterman” y IV, “La vida heredada” de *Los informantes*, es presentado el nuevo reportaje, es decir, la transformación del reportaje tradicional a la visión adelantada del nuevo periodismo. El desarrollo narrativo de esta nueva visión permite identificar la voz del investigador. Este punto es trascendental ya que cumple la función de darle verosimilitud al relato y logra que el lector tenga confianza ante la información suministrada.

El periodista Gabriel Santoro introduce la voz personal con el fin de permitirle ver al lector, lo que Mark Kramer señala: “La calidez, la preocupación, la compasión, la adulación, la imperfección compartida: todas las cosas reales que, al estar ausentes, vuelven frágil la escritura” (Sims, 2009, p.17). A su vez, Santoro (hijo) señala:

La vida que he recibido como herencia —esta vida en la que yo no soy el hijo de un orador admirable y un profesor condecorado, ni siquiera del hombre que sufre en silencio y luego revela en público haber sufrido, sino de la criatura más despreciable de todas: alguien capaz de traicionar a un amigo y vender a su familia— (Vásquez, 2004, p.197).

Aquí encontramos a Santoro, hijo, realizando un ejercicio dialéctico en el cual evidencia las maneras retóricas con las que su padre manipula su comprensión; es decir, el hijo pasa de una figura actante a otra, estableciéndose en este caso como un periodista que desarrolla un ejercicio de análisis del discurso donde manifiesta cómo a través de los sentimientos se hace gala de un poder persuasivo.

El relato se carga de sentido con la experiencia personal del reportero, en los casos en los que se suministra información que hace parte del ejercicio investigativo:

En el sofá de mi sala estaban ya, alineadas como infantería, las cintas de mis entrevistas con Sara. Después de nuestra conversación del año nuevo —que se prolongó hasta las seis y media de la mañana, después de las revelaciones que he recordado vinieron mis preguntas, mis protestas y otra vez mis preguntas— las volví a oír, una por una, persiguiendo también en la voz de Sara el encubrimiento o la capacidad o las referencias a otras delaciones. (Vásquez, 2004, p. 199).

La decisión de presentar un tipo de voz dentro de un reportaje evidencia un trabajo narrativo arduo, en otras palabras, una posición frente al recurso conocido como la estructura. Es allí donde el escritor toma las decisiones más importantes en relación a cómo presentar la

información; en este apartado Juan Gabriel Vásquez ha logrado una estructura compleja basada en la voz, los diálogos y el simbolismo.

El periodista Gabriel Santoro utiliza desde el inicio el procedimiento denominado por Tom Wolfe “Punto de vista en tercera persona”, el cual consiste en “presentar cada escena a través de los ojos de un personaje particular, para dar la sensación al lector de estar metido en la piel del personaje y experimentar la realidad emotiva de la escena tal y como él la está experimentando” (2000, p. 51). El reportaje *Los informantes*, dentro de la novela que lleva el mismo nombre, empieza con la retrospectiva de Sara Guterman, la fuente principal del texto: “Navidad de 1946. Bueno, no el veinticuatro, pero sí un par de días antes. Hace casi exactamente cuarenta y cinco años, fíjate, y no es que a mí me guste pensar en los aniversarios...”. (Vásquez, 2004, p. 125).

2.1.3. La redacción.

El recuerdo con el que se inicia el reportaje *Los informantes* no parece salirse del canon del buen inicio; sin embargo, después de unos segundos de evocación, la narradora, Sara Guterman, dice: “y no es que a mí me guste pensar en los aniversarios”, una explicación sobre un evento fortuito (los aniversarios), sin trascendencia; a ello le sucede luego una pregunta: “¿no te parece?” (Vásquez, 2004, p. 125), un detonante en el juego discursivo puesto que marca, de manera evidente, la respuesta que el entrevistador debería tener; la afirmación a dicho interrogante no se cumple, puesto que la situación no se hace esperar; ella continúa: “todo el mundo se acuerda de las cosas que pasan en Navidad, y también yo...”; como vemos estas relaciones discursivas hacen referencia al planteamiento del punto de vista de Sara, del personaje/narrador.

Lo anterior es significativo en la medida que devela la estrategia utilizada por el periodista en su reportaje: cederle la palabra al personaje, no inmiscuirse en el trasegar de las acciones

narradas, desarrollar distancia frente a la información. Las afirmaciones se validan desde un diálogo sordo pues no se desarrolla.

Es Sara Guterman la que traslada al reportero a cada uno de los escenarios donde transcurrieron los hechos más importantes reseñados en su texto; de la misma forma, es ella quien lo acompaña en el trasegar discursivo que implica la reconstrucción del reportaje:

— ¿O alguna vez lo viste pintando la casa, o tratando de aprender un instrumento, o arreglando una cañería o un armario, o cocinando?

— Pero siempre pensé que era por lo de la mano.

— Ah, lo de la mano.

— Eso tuvo que condicionar su vida, ¿no? Dictar lo que podía y no podía hacer, definir sus intereses. Él ni siquiera escribía, Sara. Y a mí me hablaba todo el tiempo de sus complejos de infancia... (Vásquez, 2013, p. 132)

Este fragmento es una pequeña muestra de la utilización, por parte del reportero, de la técnica del diálogo, como afirma Wolfe, con el fin de captar la atención del lector y afirmar y situar al personaje; dicha estrategia narrativa es utilizada en el transcurso del reportaje:

—... Usté piense lo que quiera, yo tengo mi conciencia tranquila. Yo sólo sé una cosa, que Gabriel era otro. Finalmente no era la persona que creíamos.

— Ni él ni nadie, Angelina.

— Pues en televisión yo no hablé de él, hablé del otro.

— Sofista.

— ¿Qué es eso?

— Es lo que es usted. Una sofista descarada... (Vásquez, 2013, p. 261).

La representación de los diálogos en la obra va a superar la condición narrativa del periodista Gabriel Santoro; esta técnica se utiliza en la medida que estos diálogos acaecieron fuera de la entrevista a Sara Guterman, es decir, en épocas pasadas. A través de ellos, el

Reportero le permite al lector ingresar al mundo de los detalles simbólicos que se manifiestan en la vida de los personajes y su entorno; mediante el procedimiento de detallar características psicológicas, históricas y de comportamiento en los personajes:

Pues en el centro del espiral, ahí donde había una ramita de perejil, cayó un pan entero, uno de esos panes del tamaño de un puño, de corteza dura, ¿sabes cuáles son? Enrique se lo había tirado con tanta fuerza como si quisiera matar a una mosca parada sobre el perejil. El pan se quedó ahí como detenido por la espesura de la crema de tomate, y la crema de tomate fue a parar a la camisa y la corbata y la cara y el pelo engominado de Herr Bethke. (Vásquez, 2004, p. 164).

El reportero hace uso de “las realidades simbólicas”, que son útiles, según Richar Rodhes, para encontrar las “estructuras profundas” que se encuentran detrás de la información consignada en el reportaje (Citado en Sims, 1996).

Deresser pidió algo más. Les pidió como un favor especial que lo transmitieran el cinco de octubre y dijo que ese día era el cumpleaños de Enrique, y que la obrita de Wagner era una de sus favoritas y sería un buen regalo de cumpleaños, y ellos se creyeron todas las mentiras, salieron conmovidos y echando al aire nuevas promesas. Las cumplieron. (Vásquez, 2004, p.137).

Como estrategia narrativa, el periodista Gabriel Santoro toma decisiones en torno a la entrega adecuada de la información; así lo recomienda Daniel Samper Pizano, quien se pregunta con respecto a la información que se ha recolectado: “¿Es más acertado presentarlo como testimonio, vale decir, relatado íntegramente por el personaje aunque con el obvio y difícil trabajo de edición que esto exige al redactor?” (2001, p.26). El autor del reportaje *Los informantes* presenta en varias oportunidades la información de esta manera, con el interés de contar la historia completa y convertirse en el ejemplo más claro del rechazo a lo que él escribe.

Un ejemplo de lo anterior, lo podemos ver en la medida que el paso del tiempo le permite a los protagonistas identificar la verdad, dado que por sus condiciones inmediatas, les era inalcanzable.

Y sobre todo le preguntaba por Bárbara Wolff [...] Pues bien, esta amiga me miraba toda sorprendida, hasta que no soportó más los elogios que yo hacía de mi amistad con Bárbara. “Pero si ella te hacía sufrir mucho”, me dijo. Parece que todas se acordaban de cómo me hacía sufrir Bárbara, se aprovechaba de mí, hablaba de mí a mis espaldas e inventaba rumores, todas esas cosas de niñas pequeñas. (Vásquez, 2004, p. 198).

Santoro y su insistencia por descifrar la incomodidad de su padre cuando se entera de la publicación de “Una vida en el exilio”, materializa condiciones como la objetividad que “como cualidad periodística se ha renovado en el sentido de que se lo entiende ahora como la actitud profesional en virtud de la verdad” con el fin de “penetrar más allá de la superficie que procuran ofrecer las “fuentes oficiales” (Samper, 2001, pp 31, 32). Esta insistencia hará parte de objeto de estudio en un próximo capítulo.

El periodista Santoro escribe su segundo reportaje, “Los informantes”, reforzando la imagen del periodista literario específicamente en su evidente compromiso profesional en torno a la verdad oculta, es decir, deja a un lado el simple relato de transformaciones cotidianas y comunes de las personas dentro de la sociedad. Lo anterior tiene una estrecha relación con lo que puntualiza Samper sobre la nueva preocupación de algunos periodistas por el reportaje, a inicios del siglo XXI, puesto que en ese momento era catalogado como “la mejor herramienta periodística para descubrir a los pequeños y sencillos seres humanos que, aunque apabullados por las estadísticas y relegados por el estruendo de la guerra, siguen siendo protagonistas y víctimas del momento histórico que les ha tocado vivir” (Samper, 2001, p. 36).

2.2. El arte de la distorsión

En el año 2009, aparece en la editorial Alfaguara una recopilación de pequeños textos reflexivos de Juan Gabriel Vásquez, con el título *El arte de la distorsión*. En ellos, el escritor se da licencia para comentar la obra de algunos autores y reflexionar sobre las formas y estilos de la narrativa contemporánea. El libro cuenta con 17 entradas, de las que sobresale aquella que lleva el mismo nombre de la recopilación.

En este ensayo, Vásquez conceptualiza su visión sobre la escritura contemporánea de novelas a través de una singular propuesta de lectura. Asevera que existen dos formas de leer: la primera, tiene una actitud “despegada y un poco irónica”, que los reserva, en cierta manera a la lectura por placer de un lector no académico. La segunda, señala Vásquez a partir de su experiencia con la obra *Cien años de soledad*, consiste en “Malinterpretar la novela, transformarla en algo distinto de lo que hemos leído durante casi cuarenta años”. (Vásquez, 2009, p. 32). Es en esta última forma de lectura, que el autor colombiano carga el desarrollo de su ensayo.

Vásquez conceptualiza su visión sobre la escritura contemporánea de novelas, a través de *Cien años de soledad*, bajo los lineamientos de la novela histórica; es decir, dándole una perspectiva diferente a la tradicional, a la “etiqueta nociva: del realismo mágico”. Para ello inicia con una refutación del término que ha cargado por décadas la novela del genio colombiano. Enumera algunas de las muchas correcciones que se le pueden hacer al término “realismo mágico”, como el que no es un concepto latinoamericano sino alemán; que uno de sus fundadores Franz Roh, lo usó para referirse a una escuela de pintura. Finaliza con una crítica al postulado nacionalista que se ha presentado desde la visión del cubano Alejo Carpentier sobre lo real maravilloso, que tienen que ver con ampliaciones de “las escalas y categorías de la realidad, percibidas con particular intensidad en virtud de una exaltación del espíritu que lo conduce a un modo de ‘estado límite’ ” (Vásquez, 2013, p. 34).

Vásquez convoca una lectura de la novela de Gabo, y de las de otros escritores contemporáneos, guiada por la exploración de lo que Kundera llamó “la dimensión histórica de la existencia humana”, que implícitamente está formulada por sus autores: otras formas de narrar la historia, que la misma historiografía censura, puesto que su baluarte reposa en lo que Vásquez denomina *El arte de la distorsión*.

En la novela *Los informantes*, el personaje Konrad Deresser, el hombre que se envenenó, cansado de lidiar con la pobreza absoluta en la que quedó por cuenta de las represalias del gobierno colombiano, por el hecho de ser alemán; la nacionalidad alemana que se convirtió, en la década del cuarenta, en condición liquidadora de la libertad de muchos inmigrantes; la fidelidad de Santoro (padre) con las directrices de Estados Unidos y la congregación de alemanes en hoteles de lujo en Bogotá, son algunas de las abstracciones seleccionadas por Vásquez para representar hechos puntuales, también denunciados por otras personas como los periodistas Silvia Galvis y Alberto Donadio, en la investigación *Colombia nazi*, gracias al acceso a los Archivos Nacionales de Washington, DC.

Vásquez construye su historia, a partir de documentos e investigaciones, que una vez distorsionados por medio de pequeñas alteraciones, condensarán los daños y atrocidades de la Segunda Guerra Mundial, en América Latina.

Según el autor colombiano, el novelista elabora las ficciones con las que va a abordar la realidad histórica, tiene la libertad de modificar cronologías y cambiar escenarios; todo esto, con el objetivo fundamental de proporcionarle al receptor un camino de lectura distinto al que han impuesto los manuales de Literatura e Historia. Será entonces a partir de esta nueva manera de leer a los escritores contemporáneos que se podrá conocer la verdad histórica.

El ejemplo de *Cien años de soledad* es válido en la medida que Gabo aterriza en la realidad histórica de Colombia, tal descenso se entrevé por medio de José Arcadio Segundo cuando llega a la estación para esperar el tren de las doce; la hora que, dentro

de la novela, marca el inicio de la representación de la masacre de las bananeras, que ocurrió en 1928, en el departamento de Magdalena. La magistralidad del escritor se percibe en su capacidad de distorsionar la historia en la ficción: “Traspuesta en un contexto distinto del que le es propio, rodeada de ciertas ficciones bien escogidas por el narrador, la historia nos revela sus secretos con más generosidad que la historiografía más exhaustiva” (Vásquez, 2004, p. 41).

El mismo aterrizaje protagonizó Vásquez con la publicación de su tercera novela *Los informantes* (2013). La obra es el paso por la realidad histórica de Colombia; un encuentro entre el presente y los secretos del pasado, entre los años 1938 y 1945. Datos que alejados de las fuentes enciclopédicas, han sido encontrados por un “materialista histórico”, con el fin de complementar la información suministrada por la historia universal.

Por lo anterior, la conclusión a la que remite *El arte de la distorsión*, es que todo relato, así sea histórico, tiene un componente subjetivo que lo convierte en ficción, por lo que la literatura tiene una “libertad inédita”, un reto inmenso y una potencialidad única “de distorsionar la historia”. Desde allí se asegura que “leer según las claves de la distorsión histórica le devuelve su fertilidad, y nos abre nuevos caminos en la lectura de los novelistas contemporáneos” (Vásquez, 2013, p. 41).

Desde la concepción narrativa de la novela *Los informantes*, es notable lo que Vásquez planteó posteriormente como *El arte de la distorsión*, si se tiene en cuenta que su protagonista, un joven reportero, obtiene información que a menudo configura imágenes de situaciones puntuales como las inmigraciones europeas, sus impactos y consecuencias en la década del cuarenta, en Colombia. Su trabajo no es el de mero espectador de una ópera siniestra, sino que se convierte, paso a paso, en un reportero literario que descubre que las claves para la lectura de la historia están en ella misma. El novelista será el encargado de clasificar la información, desde los testimonios hasta los documentos que aparecen a lo largo

de su pesquisa, con el fin de encontrarles un sentido que dé luz para finalizar el reportaje y conocer la verdad histórica.²

Finalmente, queda por señalar que Vásquez, como otro de los buenos narradores latinoamericanos le apunta a reevaluar el papel de la literatura como espacio para el encuentro asertivo con la verdad; sin que por ello el esfuerzo intelectual sea menor o el rigor que exige la construcción estética de los enunciados desmerite el trabajo de *desocultación* que rige la vigorosa lectura histórica de la obra de arte. En palabras del argentino Ricardo Piglia, se diría:

La mayor incomodidad de esta historia es ser cierta. Se equivocan los que piensan que es más fácil contar hechos verídicos que inventar anécdotas, sus relaciones y sus leyes. La realidad, es sabido, tiene una lógica esquiva; una lógica que parece, a ratos, imposible de narrar. (Piglia, 1967, p. 88).

2.3. La censura

Para continuar con el desarrollo del presente capítulo se evidenciarán las estructuras utilizadas por el padre del periodista en la configuración de una historia convincente que crezca paralela a la realidad, es decir, construye, gracias a su manejo del lenguaje, una “realidad otra” que va a tener todas las comodidades desde los centros de poder para transformarse en la Historia oficial.

Antes de ingresar al desarrollo de la tesis planteada anteriormente, existe una diferencia conceptual entre los términos *texto* y *discurso*; se debe decir que ambos conceptos tienden a igualarse en las concepciones generales y más aún en algunos de los textos académicos; buscando evitar este tipo de lapsus, resulta importante definirlos antes de darle paso al inicio del análisis textual que se pretende realizar.

² Tal asunto fue reiterado por el mismo Vásquez en el 2008, en el mano a mano *Diálogo de la Lengua*, con el novelista peruano Santiago Rocagliolo; el escritor colombiano señaló que “las novelas sirven para ciertas cosas puntuales, y una de ellas es iluminar las zonas de nuestra memoria reciente que permanecen oscuras” (p.108).

El profesor Alejandro Ulloa (1984) realiza una descripción de ambos conceptos, tomando como modelo al semiólogo Eliseo Verón cuando dice:

El texto es una noción preteórica que designa esos objetos empíricos que llamamos textos en general. Esos textos son susceptibles de una multiplicidad de análisis diferentes y de modos de aproximación. El punto de vista discursivo es una manera especial de abordar un texto y no la única posible. Desde este punto de vista, el discurso es un objeto construido a partir de los textos; no es un objeto empírico sino un objeto construido mediante una cierta manipulación de los textos que realmente existen en la sociedad. (p.139).

Como vemos, las diferencias entre texto y discurso son varias y significativas. Por otra parte, el discurso es una categoría analítica, tiene una existencia teórica; el texto, es una unidad que puede ser fragmentada y subdividida en unidades menores; responde a una forma de comunicación oral o escrita. Se resalta que en el discurso se pueden contener diversas modalidades textuales, lo que le permite agrupar textos con características únicas.

Debido a lo anterior, se generó, desde siempre, un interés por clasificar los discursos. El primero que intentó dicha clasificación fue el griego. En *La retórica*, Aristóteles, determinaba tres tipos de discurso:

Definidos por las circunstancias en que se pronuncian: *el discurso deliberativo*, que corresponde aproximadamente a nuestro discurso político, por lo común dirigido a una asamblea y mediante el cual se aconseja o se disuade; *el judicial*, mediante el cual se acusa o se defiende; *el epidíctico*, discurso de elogio o de acusación que analiza los actos de los contemporáneos (citado por Ducrot y Todorov, 1981, p. 92).

En la novela *Los Informantes* (2013) vemos una representación de la importancia del discurso frente a la opinión pública: inicialmente, Gabriel Santoro (Padre) utiliza los espacios académicos como tribuna de censura, en ellos realiza un ejercicio de crítica y pseudoanálisis,

tras el cual oculta sus propios intereses. También se dirige siempre a un público global, por medio de la prensa y desde el salón de clase, a un público especializado. En los espacios académicos construye una imagen del periodista; y en la prensa, a través de reseñas, busca apelar a los sentimientos de los lectores para que desaprobren el trabajo del joven reportero: “...El librito es muy original y muy bueno...Pero la parte que es buena no es original, y la parte que es original no es buena.”(Vásquez, 2004, p. 67).

El fragmento antes citado es la primera crítica que hace el padre Santoro a la publicación de *Una vida en el exilio*, un señalamiento que indica desacuerdo con el contenido del reportaje de su hijo, y que busca sesgar al público hacia una lectura e interpretación subjetivas del texto.

La censura reaparece con claridad durante un seminario en el salón de actos de la Corte Suprema de Justicia; ahí el Padre utiliza a los alumnos como canal de su discurso contra la información publicada en *Una vida en el exilio*. Es un discurso que se basa en intertextualidades como lo hace con la historia de los griegos Demóstenes y Esquines; con el resentimiento lo carga de tropos literarios como la anáfora, símiles y metáforas:

Pero no he venido a hablar de esos casos, sino a guardar silencio. No he venido a hablar de mi experiencia. No he venido a hablar del gigantesco error, del malentendido, de lo que sufrimos mi familia y yo por ese error, por ese malentendido. El momento en que mi vida quedó embargada: no he venido a hablar de eso... (Vásquez, 2004, p. 75).

La finalidad persuasiva de la crítica se cumplió en los dos fragmentos acabados de reseñar. La primera vez, dos personajes de la historia hacen eco de las ideas de Gabriel Santoro, dicha forma de la comunicación responde a las dimensiones del rumor. Y la segunda, es palpable en la novela, cuando otro asistente que escuchó la clase desarrollada a través del discurso “*Sobre la corona*”, del político y orador ateniense Demóstenes, le dijo al periodista Santoro:

“...Su viejo es mucho berraco, hermano, qué suerte la suya. Ojalá hubiera más hijueputas como él.” (Vásquez, 2004, p. 78).

Gabriel (Padre) retoma las palabras de Aristóteles como un guiño al lector modelo porque con ese ejemplo atina a dos lugares: a través del primero realiza la reclamación a su hijo y, segundo, le da fuerza a su discurso, al utilizar al filósofo griego más importante del pensamiento relativo a la retórica de Occidente.

Por intereses morales y políticos, aparece la intervención de un censor; en esta ocasión el padre Santoro tenía bajo su propio interés evitar que se restablecieran debates sobre la conformación de *listas negras* y campos de concentración que padecieron los inmigrantes judíos alemanes en Colombia, en la década del cuarenta. Lo anterior, debido a que el personaje fue clave en los procesos de intervención a las personas y sus bienes, gracias a la información suministrada sobre las supuestas relaciones internacionales con el nazismo.

Una vida en el exilio resulta poco más que un ejercicio: un ejercicio meritorio, dirán algunos (aunque ignoro con qué razones), pero ejercicio al fin y al cabo. No señalaré que los tropos son baratos, que el *ethos* es cuestionable, que las emociones son de segunda mano. Diré, en cambio, que el conjunto es fallido. La sentencia es más clara y más directa que el mejor inventario de falencias, cuya redacción, al fin y al cabo, sería tan fútil como agotadora. (Vásquez, 2004, p. 84).

En un cara a cara, el padre Santoro realiza una crítica sobre la publicación de su hijo, partiendo de la imposibilidad de la objetividad sobre los hechos acaecidos, puesto que sólo utiliza una fuente de información. Él apela a una relación entre reportaje, historia de vida y escritura como manifestaciones de espectáculos que le resultan bochornosos:

Sara nació y pasó por toda su vida, por los nazis y el exilio, por la época de la guerra en un país extraño, por cuarenta años de vivir en esta ciudad donde la gente se mata por

costumbre, para que tú ahora te sientes cómodamente con una grabadora y le hagas preguntas imbéciles y escribas doscientas páginas. (Vásquez, 2004, pp. 80 - 81).

El ataque continúa desde una mirada moralizadora en la que se juzga el afán de figurar por parte del periodista, dejando de lado la carga de historia:

Para eso lo escribiste, para que todos sepan lo bueno y lo compasivo que eres, lo indignado que estás con estas cosas terribles que le pasaron a la humanidad, ¿no? Mírenme, admírenme, yo estoy del lado de los buenos, yo condeno, yo denuncio. (Vásquez, 2004, p. 81).

La publicación del reportaje *Una vida en el exilio* era la entrega de los indicios para quienes tuvieran las potestades de develar las relaciones intrínsecas que se mantenían entre las listas negras y Gabriel Santoro. La sensación de miedo y desespero ante la publicación del reportaje, fue expresada por el mismo Gabriel Santoro a su amiga Sara Guterman: “No encontró nada, pero lo encontró todo”, lo que lo lleva a padecer un episodio de paranoia:

Y con el fin de superar todo el libro me señala. Es un libro sobre la vida de los alemanes y sobre la forma como los alemanes sufrieron cosas durante la guerra. Yo soy parte de eso. Pero esto no se va a quedar así, Sara, este libro es un atentado contra mí, ni más ni menos, un intento de homicidio. (Vásquez, 2004, p. 274).

Ante la posibilidad de ser encontrado responsable de dicho suceso, Santoro padre decide elaborar un relato en el cual desprestigia el trabajo investigativo de su hijo, cargándolo de adjetivos que producen sentimientos de rechazo:

Eso fue al día siguiente de la lectura de tu libro y de esa charla nuestra. Nos fuimos a la Corte suprema y él consiguió que le prestaran una de las secretarias de los magistrados, y se la llevó para el salón donde daba sus conferencias. Le pidió que se sentara en las sillas del auditorio, como si fuera una clase. Para mí fue una experiencia fascinante. Perdóname que te lo diga, yo sé bien lo que te dolió verla publicada. Pero

para mí fue un espectáculo, como ver a Barishnikov bailando. Tu papá la dictó sin corregir ni una sola palabra. (Vásquez, 2004, p. 172).

El periodista Gabriel Santoro es la representación de la lucha sin pausa que debe emprender un reportero cuando su publicación hace referencia a asuntos que giran en torno a la verdad. Tomar la decisión de no publicar la investigación y rendirse ante la difícil tarea de encontrar un sendero adecuado para la divulgación, es autocensura según el escritor polaco Ryszard Kapuściński en *Los cinco sentidos del periodista*, quien agrega que además del daño que provoca en la sociedad la “censura como institución”, la autocensura impacta de manera negativa y directa en el periodista puesto que “dispara sus mecanismos de silencio internos” (Vásquez, 2004, p.46).

Mientras escribo compruebo que en el curso de varios meses se han acumulado sobre mi escritorio, más que las cosas y los papeles que necesito para reconstruir la historia, las cosas y los papeles que *prueban la existencia* de la historia y que pueden corregir mi memoria si fuera necesario. (Vásquez, 2004, p. 101).

El micro texto anterior es una de las evidencias de que el protagonista de la novela *Los informantes* busca los recursos necesarios para vencer las dificultades propias del proceso de reportería y recopilación de datos y testimonios, con el fin de limitar la posibilidad de la autocensura.

La influencia, que requiere el padre, está basada en el poder de la palabra. Este evento, parte arcano, parte mitológico, es evidentemente retórico (pensado desde la óptica de los grandes oradores clásicos). El padre asume la defensa de la palabra en la medida que sobre ella, Occidente, ha tendido sus sueños, es ella la que logra convencer a la palabra viva, a la oralidad le contraponen su hermana bastarda: la escritura.

Para el padre, la palabra escrita es vana porque en ella se prefigura una imagen inamovible. El rechazo abierto a la escritura y, por consiguiente, a los soportes que en ella

habitan: los periódicos, es un rechazo a una imagen. Uno de los más poderosos medios de control social existente es el rumor, a través de él han caído civilizaciones y se han levantado ciudades. Los hombres más importantes de la historia lo sufrieron. Hablar de rumor es hablar de medios del ejercicio discursivo cotidiano, que apelan a la condición de los seres humanos, que hurga en el pasado, que reconfigura el imaginario.

Esta forma de comunicación activa violencias simbólicas como el desprestigio, acción también constante y evidente, en la novela *Las reputaciones* (2013). La escena de la secretaria copiando el dictado del padre es bastante simbólica. Vemos a un patriarca, con ínfulas de orador griego, dirigiéndose a una audiencia invisible, sobre un asunto baladí, con una lógica prefabricada y un discurso vacío de verdad. El padre es una figura arcana que se niega al paso del tiempo y que contrapone un recorrido vital y un manejo del lenguaje. A la vez, es el némesis de la verdad, es la cara de un poder corrupto que evita cualquier relación con una realidad que intenta enterrar los lazos comunicantes entre la Historia del reportaje y la vida del padre, hacen parte de la puesta en escena que vemos en el salón de conferencias: un actor, el padre, que interpreta de orador; una secretaria, que hará las veces de público y un supuesto diálogo que no avanza más allá de la ficción que resulta toda representación.

Todos los periodos de la historia poseen ciertas condiciones materiales (cuando se habla de condiciones materiales se hace referencias a las instituciones, los discursos, las leyes y toda aquella forma de poder que influye, de una manera u otra en la continuidad de la relaciones entre los seres humanos) que permiten acciones aceptables para determinado período. Esta aceptación se manifiesta tras el tejido del poder que manipula las relaciones históricas y los contextos para evitar cualquier noción de verdad.

2.4. La imagen del periodista según los manuales

En Colombia existe la libertad de prensa; sin embargo, todos los actores vinculados al conflicto armado (fuerzas armadas, guerrillas, paramilitares, narcotraficantes, políticos,

capital extranjero) buscan ejercer presión ante la opinión pública para ganar indulgencia o construir imaginarios; realizan acciones de violencia constante contra los comunicadores, lo que representa censura desde las armas. De igual manera, en una versión más moderada, los gobiernos, por medio de las casas editoriales, constriñen el ejercicio del reportaje de una manera vedada. Sin embargo, no aseveramos que los manuales de redacción han sido invención del despotismo colombiano.

A mediados de 2008, el gobierno de Álvaro Uribe dio la orden a la Secretaría de Prensa de la Presidencia de la República de redactar, publicar y promover un manual de redacción para unificar los contenidos periodísticos de sus colaboradores. Este acto es el claro ejemplo de la necesidad que el poder tiene de manipular los procesos de elaboración de los textos que reproducen las temáticas, los asuntos y los debates económicos, políticos y culturales que mueven al país. Pero la iniciativa no consiste sólo en explorar qué se debe decir, sino que, en su dinámica ideológica, determina cómo debe ser el periodista.

El gobierno de ese entonces afirmaba que la única intención de su manual era la de establecer el uso adecuado de la gramática española y de lograr que los “periodistas sean objetivos a la hora de informar”. De allí se deduce que dicho manual se haya regalado a todos los estudiantes y profesores de Comunicación Social del país, en una acción que podríamos leer como de constreñimiento de la visión y el ejercicio periodístico.

Todo acto de reordenamiento del pensamiento mediante la lingüística produce unas consecuencias en la forma de asir la realidad. Es decir, la palabra construye el constructo simbólico al que llamamos realidad; por eso resulta determinante, para ciertos intereses, reordenar el acto comunicativo, léase la palabra y con ella el mensaje.

Curiosamente una de las reglas establecidas dice que la palabra *patria*, tan constante en los discursos del ex Primer Mandatario, deberá escribirse con mayúscula *Patria*. El argumento es

que según los eruditos de la escritura en el país, las palabras *Nación*, *Gobierno* y *Patria* deben ser escritos de esta manera cuando se trata de Colombia (Forero, 2008).

Hablar de censura en un país como Colombia es una ironía. El acto del gobierno de ese entonces fue lesivo no sólo por su contenido explícito de censura sino porque intentó reordenar las formas de la realidad aplicadas a la dinámica guerrillera de dicho personaje; al mejor estilo del personaje de la novela de Vásquez, Gabriel Santoro (padre).

Ante este tipo de actuaciones, las Universidades del país alzaron su voz de protesta, de la misma manera lo hicieron reconocidos periodistas, quienes actualizan la lectura del contexto histórico y político del momento, en el que Colombia clamaba a gritos un cambio en sus discursos de confrontación perpetua. Desde los mismos medios de comunicación, escritores como Juan Gabriel Vásquez empezaban a cuestionar las actuaciones y el discurso impositivo de dicho Gobierno.

Y si bien, la generación de los valores que deben mover los intereses del periodismo, a grandes rasgos, deben ser el de informar y comunicar de manera asidua e imparcial, también encontramos que el término ética tiene un peso definitivo en este ejercicio. Por lo anterior, en los anexos se le dedica una sesión, a determinar, según los manuales de redacción que circulan en nuestro contexto, las formas en las que la ética se aplica al ejercicio y, de igual manera, a revisar la formas en las que estos manuales actualizan la imagen del periodista desde la propuesta de intervención. (Ver anexo 1, p. 111)

3. La estructura de la novela *Los informantes*

3.1. *Los informantes*, una ampliación de la historia de los inmigrantes Colombia

Si bien los hechos acontecidos en gran parte del mundo durante la Segunda Guerra Mundial han sido documentados por historiadores y han servido de caldo de cultivo para la creación de una gran cantidad de obras literarias, aún existen historias que no han sido contadas, o que han sido cuidadosamente borradas de la memoria colectiva. Este era el caso de lo acontecido en Colombia en los años posteriores al inicio de la Segunda Guerra Mundial, durante la presidencia de Eduardo Santos (1938-1942).³

Juan Gabriel Vázquez toma como contexto lo sucedido durante ese periodo para escribir su novela *Los informantes*. Aunque el libro no aborda desde una perspectiva general las situaciones acontecidas durante la época, la intimidad de los personajes y su devenir en el relato nos aproximan a una serie de eventos que dan algo de luz sobre la vida que llevaron los inmigrantes europeos asentados en Colombia, a causa de la Guerra.

Todo este contexto histórico le sirve de premisa a Juan Gabriel Vázquez, para elaborar un relato acerca del deseo de sus personajes de cambiar su propia historia, y poder, así, redimirse de las situaciones que aquejan su humanidad. La solución para un personaje será la muerte, para el otro, será la escritura de un reportaje que revelará verdades y situaciones que no alcanza a sospechar. La concepción de historia en Walter Benjamin y la profundidad de los relatos de Borges, serán los mediadores que van a aclarar algunas de las ideas presentes en la novela.

³ El rastreo realizado de obras literarias que manifiestan explícitamente relaciones con dicho espacio/tiempo o la mencionada temática es mínima (ver cronología de obras en Anexo).

Algunas consideraciones históricas merecen ser reseñadas para poder abordar la historia presentada en la novela *Los informantes*, sobre todo los hechos acontecidos en Colombia entre los años 1939 y 1945.

3.1.1. Círculos de repetición histórica.

A pesar de la distancia geográfica que separaba la Segunda Gran Guerra de nuestro país, su influencia en los ámbitos nacionales no se hizo esperar. Por un lado el movimiento Nacional Socialista había calado fuerte en el imaginario alemán, que ya cargaba con la vergüenza de la pérdida de la Primera Guerra Mundial y cuyo discurso se basaba en elementos de origen diverso:

Es correcto afirmar que, a diferencia del marxismo y comunismo, la cosmovisión nacionalsocialista carecía de una teoría o filosofía coherente. Se trata de un conglomerado ecléctico de ideas y mentalidades, concepciones y deseos y, en fin, emociones de los más diversos orígenes; una mezcla cuyos ingredientes se soldaron más tarde por la manipulación de un movimiento político radical en medio de una situación de crisis. (Bracher, 1995, p. 32).

Si bien la ideología nazi abarca algunos matices, en la práctica se puede catalogar como una justificación de la xenofobia y la imposición de las ideas por medios violentos, todo esto disfrazado de nacionalismo: “La *filosofía* nazi se podría resumir como la legitimación de la violencia bruta, basada en la *superioridad* de la raza aria, alimentada por el resentimiento y el odio” (Biermann, 200, p. 101).

Con el estallido de la Guerra, la principal migración alemana fue de la población judía asentada en ese país, que en su mayoría eran comerciantes y empresarios que poseían un capital significativo, el resto no fueron tan afortunados y se vieron confinados en campos de concentración. Sara Guterman, en la novela de Vásquez, narra sus peripecias para poder salir de Alemania:

Sara tardaría más de treinta años en comprender el bienestar que esa fábrica les procuraba... Una noche de octubre de 1937, la operadora del pueblo llamó a casa de la familia y les avisó que su arresto había sido previsto para el día siguiente. Parece que se había enterado de ello transfiriendo otra llamada, igual que había sucedido con el adulterio de la señora Maier (Sara no recordaba el nombre de pila de la mujer adúltera). La familia huyó esa misma noche, por el famoso camino verde de Holanda, hacia un refugio en el campo. (Vázquez, 2004, p. 28).

Cabe aclarar que no todos los procedentes de Europa eran judíos, también migraron alemanes que no se sentían a gusto con el régimen, y que veían en peligro sus vidas; por su parte, la idea expansionista del tercer Reich en América fue evidente y efectiva, de allí que algunos partidarios del nazismo vieran en algunos regímenes latinoamericanos posibilidades reales de masificar su ideología.

Colombia ha sido un país vinculado a la extrema derecha desde su fundación como República. El auge del partido nazi no fue la excepción, al punto, que el dirigente conservador, Laureano Gómez redactó una política abiertamente fascista en el país, desde intercambios económicos con el eje hasta llegó a realizar decretos de orientación bélica.⁴

En el año 1941, el presidente Santos rompió relaciones con el eje, debido a las ordenanzas de los Estados Unidos⁵; en el libro queda retratada una alusión al tema cuando Konrad Deresser pierde su trabajo en la emisora de música clásica. La primera lista negra saldría a mediados de ese mismo año:

La Primera Lista Negra en Colombia. En la prensa capitalina del día 18 de Julio de 1941, aparece una larga lista de más de 200 nombres de empresas y personas, casi todos alemanes, residentes en el país. La prensa informa que el 17 de Julio de 1941, el

⁴ Revisar el capítulo 13 “La amenaza amarilla” del libro *Colombia Nazi 1939 – 1945*, escrito por los periodistas Silvia Galvis y Alberto Donadio, en 1986.

⁵ Revisar el capítulo 7 “El fideicomiso”, del libro *Colombia Nazi 1939 – 1945*, escrito por los periodistas Silvia Galvis y Alberto Donadio, en 1986.

gobierno de Estados Unidos colocó en la Lista Negra a 1.800 personas o entidades de América Latina. (Biermann, 2001, p. 123).

Las listas negras resultaban de dudosa procedencia, no se ha podido verificar claramente cómo las personas vinculadas a éstas apoyaban al régimen de Hitler, lo que sí se evidenció fue que algunas empresas cambiaron de dueño o modificaron sustancialmente su capital. En una grabación de Orlando Grisales de 1981, Hans Ungar, cuyo nombre es homónimo al de un personaje del libro, uno de los inmigrantes más reconocidos en el país opina acerca del tema:

Fue un invento de los norteamericanos. Muy estrictas. Con frecuencia eran falsas. Había nombres que no debían estar allí. EE. UU., quiso poner muchos nombres en la Lista [...] Casi no hubo austríacos en la Lista. Porque ellos lograron conseguir cierta posición especial que los diferenciaba de los alemanes nazis. (Biermann, 2001, p. 132).

Si bien es cierto que no existe claridad acerca de lo que sucedió en América Latina cuando finalizaba la Segunda Guerra Mundial; existieron corrientes que se declaraban antifascistas como fachada para que personas de la vida pública, valiéndose de artimañas burocráticas, usufructuaran los bienes de inmigrantes japoneses y alemanes.

A pesar de todo, las listas negras pueden considerarse como el comienzo; inicialmente estas se elaboraron cuando el país no había sido tocado directamente por el conflicto, en 1943 se sumaría otro elemento: los campos de reclusión para simpatizantes del régimen nazi:

La guerra [Mundial] llegó al territorio colombiano. El 23 de junio de 1943, cerca de la Isla Providencia, un submarino alemán, [...] hundió la Goleta Resolute, [...] la protesta nacional fue unánime y el gobierno, en represalia, hizo más severas las normas sobre administración fiduciaria y congelación de los bienes de los súbditos alemanes, italianos y, en general, de las naciones del Eje en Colombia y ordenó la

confinación de estos ciudadanos en Fusagasugá. Arteaga (como se citó en Biermann, 2001, p.110).

Mediante la ley 399 de 1944 se decretó la confinación de extranjeros sospechosos de colaborar con el régimen; la concentración se realizaba en el hotel Sabaneta, ubicado en Fusagasugá (Cundinamarca), el mismo que algunos meses después empezó a ser reconocido como “El campo de concentración de Sabaneta”. La situación de los reclusos estaba lejos de parecer a la de un campo de concentración, se podría decir que parecía más un sitio vacacional; sin embargo, durante su estadía, todos los bienes habían sido confiscados y, a la mayoría de ellos, nunca se los devolvieron o sólo lo hicieron con una parte. El cautiverio se prolongó durante casi dos años.

Durante el tiempo del confinamiento en el hotel Sabaneta, los detenidos pagaron su estadía en el Hotel, es decir, se la descontaron de sus fondos, congelados en los bancos. Cuando fueron puestos en libertad y antes de devolverles sus bienes, el gobierno se cobró también la indemnización de guerra. (Galvis, 1986, p. 279).

Toda esta situación se asemeja al viacrucis que conduce a la muerte del personaje Konrad Deresser y que sirve de partida a la historia de *Los informantes*.

En el libro se entremezclan ficción y fechas históricas, posibilidad que le da a Vázquez la literatura, pero que tiene por finalidad establecer relaciones, hechos y personajes que de otra manera podrían ser políticamente incorrectas. También podemos encontrar referencias a algunos hechos como el estallido de la bomba que en el texto se presenta como la bomba de “Los tres elefantes”, aunque no existe un hecho que coincida histórica y espacialmente con lo escrito: “como una mujer que se salva de una bomba por cambiar su itinerario a última hora (por no hacer sus compras en los Tres Elefantes, por preferir almorzar con un amigo que ir al Centro 93), mi padre había sobrevivido” (Vasquez, 2004, p. 53).

Sin bien es cierto que se debe tener cuidado con el tipo de análisis que se realizan para no caer en la sobre interpretación no se puede desconocer que entre 1989 y 1993, se presentaron una cantidad de atentados con carros bomba, que afectaron, en su mayoría, a la población civil, como lo fueron las explosiones ocurridas en el centro comercial Quirigua y bulevar Niza en 1990 y en el Centro Comercial de la 93; todas ellas en la ciudad de Bogotá. (Semana, 1993).

Uno de los sucesos más traumáticos del texto se encuentra en el episodio en donde se revela la forma en que la mano de Gabriel Santoro, padre, es mutilada, más allá del confuso evento, la fantasmagórica y fugaz presencia de un personaje perturba el ambiente predominante en el texto.

Le preguntó qué andaba haciendo por ahí con esa lluvia, si necesitaba algo. Él tenía su carro a la vuelta de la esquina, le dijo, lo podía llevar a cualquier lado... Hablaron de la iglesia que estaban construyendo todavía, ahí mismo, al lado de la plaza. “Hace unos días, un domingo, me metí a las obras para verla por dentro”, dijo Villarreal (Vásquez, 2004, p. 61).

Podemos reconocer, en el anterior fragmento, la estrategia del autor de la novela, de incluir los eventos históricos más significativos desde la década del cuarenta hasta la actualidad; acción que puede responder a una crítica a las relaciones de poder que el establecimiento y los medios han tenido en la circulación de la información, así como también al escalamiento de las formas de violencia en el país.

Las posteriores descripciones de Gabriel Santoro, padre, después de pronunciar el discurso, durante la celebración del cumpleaños de Bogotá, como heredero liberal de Gaitán y el referente histórico de Villarreal, pueden dar algunas luces:

Javier Guerrero, historiador egresado de la Universidad Nacional y docente de la Uptc, comenta cómo ese día, tan pronto como el conservador José María Villarreal,

gobernador de Boyacá, fue enterado a través de una llamada que le hizo el también boyacense y funcionario del gobierno bogotano, Rafael Azula, sobre el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, este envió a mil hombres uniformados a la capital del país para ayudar a controlar a la muchedumbre enfurecida (El Tiempo, 2010, pp. 08-04).

En este microtexto puede percibirse el inicio de la violencia que estaba por presentarse en el país. Ya superada la engorrosa, pero necesaria, contextualización histórica de la novela *Los informantes*, pasaremos a asuntos que ayudarán a aclarar el sentido de la obra, entendiendo que las múltiples referencias históricas encontradas en ella, no pueden ser abarcadas en su totalidad en este texto.

3.1.2. La redención: historia de los vencidos.

La discusión que surge en torno a hechos del pasado que prefiguran el destino de los hombres es motivo de reflexión por parte de la mayoría de las personas debido al deseo de volver al pasado y tratar de reparar algún error cometido o de encontrar un camino alternativo que depare un mejor destino. Pero, como sabemos, los actos quedan sellados en los recuerdos. No obstante el concepto de redención es una forma de liberarse del peso de los errores del pasado, permitiendo continuar en el camino que ellos mismos se han labrado. El asunto de la redención/*Redemptio* es, de forma evidente, un concepto teológico en el que de alguna u otra forma un individuo pueda volver al cauce original del universo por medio del sacrificio (Benjamin, 2013).

En el relato de *Los informantes*, se presenta como historias principales la vida de Gabriel Santoro, padre, personaje con alta estima en los círculos culturales de Bogotá:

Gabriel Santoro fue el hombre que dictó, durante más de veinte años, el famoso Seminario de Oratoria de la Corte Suprema de Justicia, y también quien pronunció en 1988 el discurso de conmemoración de los 450 años de Bogotá, ese texto legendario

que llegó a ser comparado con los mejores ejemplos de retórica colombiana, desde Bolívar a Gaitán. (Vásquez, 2004, p. 22).

La historia cambia de rumbo en el momento en que Gabriel Santoro, hijo, se reúne con Sara Guterman, antigua y entrañable amiga de su padre, para elaborar un reportaje sobre la vida de las personas que emigraron de Europa a Colombia durante el periodo de la Segunda Guerra Mundial. El reportaje llamado “Una vida en el exilio” genera un notable malestar en Gabriel, tanto que decide publicar una columna en un reconocido *Magazín Dominical*, en la que lanza una diatriba contra la crónica publicada por su hijo. El segundo cambio significativo se da cuando el padre sobrevive a una operación de corazón, esto le genera una fuerza inexplicable que lo lleva a querer vivir una nueva vida. Se tienen dos elementos significativos, el primero yace en la incomodidad de Santoro ante el escrito de su hijo, que revela una aversión más que académica contra el pasado removido por el texto de su hijo; el segundo, el personaje asume un deseo de vivir una vida nueva.

La nueva vida de Santoro, padre, lo lleva a su propia muerte, que sucede de forma misteriosa. A partir de ese momento, su hijo empieza la búsqueda histórica de los hechos que provocaron la muerte de su padre. La conclusión de la búsqueda de ese relato oculto, lo lleva a darse cuenta que la vida de su padre no era lo que él pensaba; detrás de la figura impecable de su progenitor se encuentra un traidor que busca expiar sus culpas para poder iniciar una nueva vida, pero tras su muerte ¿cómo se podrá remediar su infamia? ¿De qué forma el vapuleado reportero puede enmendar la ligereza de su primer trabajo?

¿Hasta qué punto la historia que recordamos, inclusive la que reposa en los libros, puede ser modificada? Esa es la pregunta que recorre todo el texto de Vásquez, esa compleja estructuración de la historia dentro de la historia, de referentes reales y ficticiales; la utilización de recursos como la epístola, incluso la continua premonición por parte de

Gabriel, hijo, generan una sensación de encontrarse ante un laberinto siniestro (asumiendo el concepto de siniestro como algo familiar que nos resulta extraño). Si bien no hay respuesta eficaz a esa pregunta, se acude al pensador alemán Walter Benjamin, para que desenmarañe los enredos a los que está sometida la novela (Ficción), el reportaje (Realidad subjetivo) y la historia (Realidad objetiva).

El filósofo alemán plantea respuestas para las primeras dos cuestiones:

El cronista que hace la relación de los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños, responde con ello a la verdad de que nada de lo que tuvo lugar alguna vez debe darse por perdido para la historia. Aunque, por supuesto, sólo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado. Lo que quiere decir: sólo a la humanidad redimida se le ha vuelto citable su pasado en cada uno de sus momentos. (Benjamin, 2013, p.20).

En ese sentido, solo puede ser digna de ser relatada si se cumple con la redención, dado el caso la historia que deja inconclusa el Padre, debe ser remediada por el Hijo. “Pensé: Ha ocurrido la semana pasada. Toda la vida de mi padre acaba de ocurrir. Pensé: Su vida es mi herencia. Lo he heredado todo” (Vásquez, 2004, p. 312).

¿Será posible que la historia no termine, que la redención se dé? La respuesta es sí y el entrelazamiento se hace por medio de la rememoración. Para Benjamin, en la historia se presenta una conjunción particular, el entrelazamiento genera una correspondencia entre pasado y presente haciendo que éste se redescubra actual y, por ende, incumplido. Sobre el asunto de la redención desde su perspectiva asume: “Lo que la ciencia ha establecido puede ser modificado por la rememoración. La rememoración puede transformar lo incumplido (la felicidad) en un cumplido y lo cumplido (el dolor) en un incumplido” (Benjamin, 2004, p. 473).

Tras la muerte del padre, el hijo establece una conexión que permite fusionar los tiempos vividos por los personajes homónimos: “¿Qué importaba cuándo se hubiera dado el error y la delación, cuándo la amputación de la mano? Los hechos estaban presentes; eran actuales, inmediatos, vivían entre nosotros; los hechos de nuestros padres nos acompañaban (Vásquez, 2004, p. 311).

El proceso de elaboración del reportaje “Los informantes”, en la propia novela, a manera de caja china, cumple el doble papel: el de afianzamiento del presente desde la mirada del periodista Gabriel Santoro, que puede elaborar un relato digno, retomando aquello de que “sólo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado” (Benjamin, 2013, p. 20); y, segundo, de expiación de Santoro (padre) que logra obtener el perdón que no obtuvo en vida. Ambos personajes se sacrifican, uno pagando su liberación con su propia vida, y el otro haciendo suya una parte de la oscura historia de su padre; se fusionan cumpliendo así su redención. Una pregunta queda sin respuesta: ¿Hasta qué punto la historia que recordamos, inclusive la que reposa en los libros, puede ser modificada?

Gabriel (padre) busca ser perdonado. Ha traicionado a su compañero de toda la vida, a su mejor amigo. Este es un hecho atroz, singular acto al que Borges alude en el cuento *Tres versiones de Judas* (1965): “El Verbo se había rebajado a mortal; Judas, discípulo del Verbo, podía rebajarse a delator (el peor delito que la infamia soporta) y ser huésped del fuego que no se apaga” (Borges, 1965:75). La traición es ejemplificada en el campo del cristianismo como un delito mayor, por eso Judas, el traidor arrepentido de sus actos, acaba con su propia vida; un destino similar tiene el traidor de la novela al no poder recibir dicha redención:

Te estoy diciendo que el mundo no gira alrededor de tu culpa. ¿Qué pasa, no puedes dormir bien? Compra somníferos. ¿Te despiertan los fantasmas? Reza un

padrenuestro. No, Gabriel, la cosa no es tan fácil, no vas a comprar tu tranquilidad a precios tan baratos, yo no soy una tienda de rebajas. (Vázquez, 2004, p. 199).

Esta última conversación sella el destino de Gabriel, padre, unas horas después estará muerto. Su viaje habrá terminado.

Apesadumbrado, después de la muerte de su padre, Gabriel, hijo, busca algo en el apartamento de su progenitor, algo que le dé luces sobre su comportamiento, pero no lo encuentra. Es así como decide escribir una carta en un libro, propiedad del difunto, como si la hubiese elaborado su propio padre, en la que delata al papá de su amigo Enrique: “Devolví el libro a su lugar y descubrí que el universo no se había transformado al adulterarse el contenido de esas páginas” (Vázquez, 2004, p. 240).

La transformación del mundo es un proceso arduo, el personaje debe recorrer el camino recorrido por su padre, que en cierta forma es su propio camino, para sacar conclusiones de primera mano. Es así como sale en búsqueda de Enrique Deresser. A pesar del incómodo encuentro, hay algo que media entre los personajes, ese elemento es el libro escrito por Gabriel. La redención que no ha podido conseguir el personaje en vida, se logra por medio de la reconstrucción de los hechos que se presentan en el reportaje *Los informantes*.

Si hubiera leído tu libro antes, si hubiera sabido lo que había detrás de su visita, no le habría dicho lo que le dije [...] Luego resulta que en los libros vemos las cosas importantes. Pero cuando las vemos ya es demasiado tarde, esa es la vaina, Gabriel, perdóname la franqueza, pero esa es la vaina con los hijueputas libros. (Vázquez, 2004, p. 317).

En el inicio del capítulo “La vida heredada”, Gabriel hace alusión a un cuento llamado: *La otra muerte*, cuyo autor es Jorge Luis Borges e identifica a su padre con el personaje principal de este, un tal Pedro Damián quien al momento de su muerte logra redimir una vergüenza anterior en el campo de batalla, teniendo una existencia simultánea en la que

muere como un héroe más de cuarenta años antes: “Nunca he logrado leer ese cuento sin pensar en mi padre y en lo que sentí aquel lunes por la noche: que tal vez mi tarea en el futuro sería reconstruir las dos historias, inútilmente confrontarlas” (Vázquez, 2004:186).

Al final de la novela asistimos a un cambio radical de la historia, el manto de dudas que había cubierto a Enrique Deresser se devela:

Que Enrique Deresser no había tenido culpa en los hechos: porque en este juicio también era acusado Enrique Deresser, y su alegato debería probar que la carretera era peligrosa, que la noche había sido oscura y la visibilidad casi nula, que una mano mutilada no reacciona bien en emergencias, que un corazón recién operado es frágil y no soporta emociones violentas, que un hombre viejo y cansado tiene malos reflejos, y más cuando ha perdido en el mismo día a una mujer amante y a un amigo de la juventud que acaso hubieran sido capaces, entre los dos, de devolverlo a la vida. (Vázquez, 2004, p. 320).

Así se encuentra la redención ya no en dos, sino en tres personajes. Gabriel, padre, la consigue a costa de su vida; Enrique logra encontrarse con quien lo traicionó y a pesar de su negativa al perdón, termina sanando sus heridas por medio de la catarsis del libro y Gabriel, hijo, logra encontrar esa segunda historia, esa que transforma a su padre de victimario a víctima.

3.2. La verdad y los testimonios

Para analizar la estructura interna de la novela *Los informantes*, así como las reflexiones que de ella misma se pueden derivar en torno a la cuestión de la veracidad y originalidad del género del periodismo literario, frente a las concepciones más tradicionales y ortodoxas de la labor periodística, resulta pertinente retomar como hilo conductor de dicho análisis: el concepto filosófico, existencial y hermenéutico de la verdad, tal y como es fundamentado en el pensamiento de filósofos como Hans-Georg Gadamer y Martin

Heidegger. Filósofos que a su vez, y desde un contexto contemporáneo, demostraron que una renovada indagación por el concepto de verdad serviría para fundamentar la importancia e independencia de las ciencias o disciplinas humanísticas, como la historia y la literatura, frente a la pretendida hegemonía epistemológica de las ciencias exactas y naturales, como es el caso de Gadamer; y por otro lado, para consolidar un nuevo campo ontológico que permitiera un análisis más original y profundo de la existencia humana, y por consiguiente una revaloración del papel de las experiencias y vivencias en la construcción de sentido (verdad) que los individuos, sus relaciones interpersonales, las sociedades y la historia realizan del *mundo vivido*, como es el caso de Heidegger.

Por eso fue muy esclarecedor que Heidegger, en nuestra generación, recurriera al término con que los griegos designaron la verdad. No fue Heidegger el primero en averiguar que *aletheia* significa propiamente desocultación. Pero él nos ha enseñado lo que significa para la concepción del ser que la verdad tenga que ser arrebatada del estado de ocultación y encubrimiento. Ocultación y encubrimiento son correlativos. Las cosas se mantienen ocultas (Gadamer, 1998, p. 54).

Para las teorías contemporáneas de la verdad ha sido muy significativo el aporte de la filosofía de Gadamer, quien en su obra *Verdad y método* (1998) retoma a Heidegger, para explicar a la verdad como *Des-ocultación* o *des-cubrimiento*, es decir, como el resultado del proceso hermenéutico de la *comprensión*, que es, según él, el método genuino de las llamadas Ciencias del Espíritu o Ciencias humanas. Por contraste con las ciencias naturales y exactas para las ciencias humanas no puede existir la verdad a secas, como una simple corroboración o verificación científica. De hecho Gadamer es capaz de afirmar que la concepción científica de la verdad que le ha conferido a las ciencias su enorme desarrollo y potencial tecnológico, resulta ser muy pobre cuando se trata de analizar algo más que fenómenos físicos y naturales, es decir, cuando se trata de abordar la complejidad del mundo humano.

No siempre se puede considerar la vía de la demostración como el modo correcto de hacer conocer la verdad a otro. Todos traspasamos constantemente la frontera de lo objetivable en la que se mueve el enunciado por su forma lógica. Utilizamos de continuo formas de comunicación para realidades no objetivables, formas que nos ofrece el lenguaje, incluido el de los poetas (Gadamer, 1998, 55).

El hecho de que la historia y la literatura en cuanto ciencias humanas, no se reduzcan a ser una colección de fechas y datos y un catálogo sin criterio de las obras literarias que ha producido la humanidad respectivamente, indica que éstas ciencias requieren de otro método para consolidar sus conocimientos y alcanzar sus verdades. Éste método, dice Gadamer es el de la comprensión.

La comprensión es un proceso que requiere del reconocimiento de una situación desde la cual se parte para alcanzar o pretender una verdad y del desarrollo de unas capacidades interpretativas que justifiquen y convaliden la verdad que se alcanza. Lo que quiere decir que para Gadamer la verdad no “se da”, no es un hecho ni un estado externo al que se pretenda llegar con “objetividad”.

Gracias a Gadamer se sabe que ninguna verdad es inocente, en el sentido de que no es más que el producto del ejercicio que una eventual comprensión esté en capacidad de dar o que tenga la voluntad de ofrecer y develar a partir también de lo que deja de lado, quiere ignorar u ocultar. Toda verdad se encuentra entre el juego hermenéutico que se establece en la *interpretación* realizada de los hechos a partir de ciertos intereses y ciertas capacidades; y la comprensión de los mismos, a partir de la construcción coherente y congruente con ciertas realidades imperantes.

Las ciencias humanas, según Gadamer, no son unilaterales ni uniformes, como lo demuestra el hecho de que en su proceso de conformación éstas nacieron desde enfoques siempre cambiantes, que pugnaron constantemente entre sí y que eran movidas por intereses

diferentes; por ejemplo, en la historia y en la literatura, se puede vislumbrar con la existencia de tendencias, corrientes y escuelas de interpretación. Pero él no concluye que esto sea una deficiencia o una incapacidad de las ciencias humanas; el que frente a la objetividad y universalidad propia de las ciencias naturales y exactas, las ciencias humanas deban reconocerse como particulares y subjetivas, carentes de toda verdad. Por el contrario, Gadamer se esfuerza por demostrar que precisamente en eso radica la originalidad e independencia de las ciencias humanas: el que estas trabajen con el mismo método con el que el ser humano comprende y construye su mundo, eminentemente cultural: modelado y construido siempre por diversos modos de sentir, pensar y actuar. El alemán asevera que las ciencias humanas involucran y ponen en juego las capacidades que tienen los individuos y las sociedades para construir su propia versión de la realidad, modificarla, corregirla, adornarla, diferenciarla de otras, etc.

Heidegger comienza por criticar el concepto de verdad de la filosofía tradicional que se remonta hasta Aristóteles y que la define como la “adecuación entre el intelecto y la cosa llevada a cabo a través del juicio” (Heidegger, 2009, p 109)⁶; por ejemplo, expresar de la manzana roja que es roja a través del discurso. Esta concepción de la verdad, dice Heidegger, está fundada en una metafísica de la abstracción en la que el ser humano, el lenguaje y la realidad están considerados en abstracto. El que la verdad sea *des-ocultación*, significa que toda verdad está situada: tiene que ser efectuada por el hombre concreto, desde su vivencia y su propia capacidad discursiva y a través de la manera en que particularmente y desde su propia óptica le afecta y se enfrenta a la realidad, su realidad.

Como se ha venido comentando en los párrafos anteriores, es determinante señalar que la filosofía hermenéutica y existencial supera la noción clásica de Verdad, la cual fue concebida como una propiedad y posibilidad abstracta de la relación entre el entendimiento

⁶ Revisar el capítulo “Dasein, aperturidad y verdad”, en la obra *Ser y Tiempo* (2009) del pensador alemán Martín Heidegger; publicado por la editorial Trotta.

humano y la realidad a través del discurso. Desde el posicionamiento hermenéutico, este mismo término se concibe de una manera mucho más rico y multívoco.

La verdad, entonces, debe ser capaz de ofrecer diversas perspectivas en el permanente juego que se establece entre los individuos y las sociedades, concreta e históricamente dados e inmersos dentro de ciertos contextos culturales que determinan su forma, no sólo de entender sino de vivir, de vivenciar su propia versión de la realidad.

Es clave tomar en cuenta la manera personal e íntima en que una verdad puede afectar a determinado individuo o la capacidad que tiene cada quien, desde su situación existencial, de ser afectado por ella y de comprenderla. Además, habría que entender la relevancia que pueda tener una verdad para una sociedad y el impacto que puede tener para la misma, en calidad de *descubrimiento* cuando se la revela, viéndose obligada a defender o rectificar la imagen que de sí misma se había construido.

La forma en que el descubrimiento del hecho histórico se revele a la sociedad también es importante en el momento del estudio que se viene planteando, en la medida que afecta la organización social y cultural de los individuos y las sociedades en las que se dan. En la actualidad, Colombia atraviesa procesos históricos como es El Proceso de Paz con la guerrilla de las FARC-EP, que posibilitará una *re-velación*, que va a significar una necesidad de cambios en las formas colectivas e individuales de proceder sobre los hechos violentos de los últimos cincuenta años.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que la verdad, en su aspecto social, que es expresada a través de discursos, de lejos no neutrales ni objetivos. Representan ciertos intereses frente a la construcción de su propia historia y bajo formas de discurso que son legitimados, permitidos o rechazados. Lo anterior, desde la perspectiva de un necesario control y criterio que debe tener una sociedad para corregir gradualmente su historia con el objetivo de depurarla, estabilizarla e impedir que derive en el caos.

A partir de lo anterior puede deducirse que las implicaciones y consecuencias de la asunción del concepto hermenéutico de la verdad derivan y aluden esencialmente a su sentido ético. La verdad afecta a los individuos y a las sociedades, incide en su manera de vivir y de comprenderse en un mundo que al ser eminentemente cultural está ligado a sus intereses y opciones vitales. Esto se entiende si se considera que los polos opuestos de la verdad, a saber, la falsedad, la mentira, el engaño, la ignorancia y la manipulación no son tomados en cuenta principalmente en el campo epistemológico sino que más bien repercuten sobre todo en el campo ético, moral y político. Así, se entiende en primer lugar, que la ignorancia de los individuos distorsiona su manera de vivir y entender la realidad, a través de la cual éstos pierden su libertad y la capacidad de autodeterminarse, de comprender, apropiarse y transformar su realidad, fenómeno conocido en la sociología y en la filosofía social como *alienación*.

En segundo lugar, las diferentes formas de la mentira y del engaño en el marco de las relaciones interpersonales son condenables desde la ética porque destruyen la confianza en quienes los profieren y provocan daños y perjuicios sobre quienes recaen, hasta el punto en que pueden llegar a tener consecuencias jurídicas dentro de una sociedad establecida en Derecho. Además, el sensacionalismo, la manipulación y las agendas ocultas de los medios de comunicación y los demás discursos legitimados por la sociedad pueden llegar a ser la causa de que ésta desconozca su historia y sobretodo, de que impida y rechace interpretaciones alternativas de la misma, basadas en descubrimientos de hechos y evidencias, y en diferentes interpretaciones y nuevas comprensiones de la misma.

De esta manera se puede justificar que la dilucidación hermenéutica, existencial y ética de la verdad sirva para realizar un análisis interpretativo de la novela *Los informantes*, de Juan Gabriel Vásquez, dado que ésta suscita, desde su propio planteamiento y como condición de su posibilidad, una reflexión sobre los diversos aspectos de la verdad en los

sentidos en que filosóficamente se la ha sustentado, el hermenéutico, el existencial, el ético y también el histórico y el político; a partir de las situaciones que plantea la trama argumental que se construye alrededor de un gran orador y un joven reportero (padre e hijo) y el mensaje central que tiene como base dentro de la novela, la década del cuarenta en Colombia. Es mediante los anteriores sentidos de la *verdad* que se puede entablar un hilo conductor que sirva para vincular y comprender globalmente la situación existencial y ética que Vásquez proyecta con sus personajes y su relación directa con acontecimientos históricos y políticos verídicos del papel que jugó Colombia en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, dado que el autor utiliza, además de la ficción, ciertas fuentes y referencias históricas de la política nacional durante las décadas de los treinta y los cuarenta.

Finalmente, de esta manera se podrá también concluir que el mensaje que la novela pretende seguir una lectura en el *re-descubrimiento* y la *reconstrucción* hermenéutica de la verdad sustentada en la tesis de que el periodismo literario utiliza recursos del periodismo tradicional y de la literatura, con el objetivo de acercarse de una manera más veraz y original a los hechos que la historia tradicional también ha representado; con el fin de que puedan comprenderse mejor, de manera más precisa y en sus multívocos sentidos.

Lo anterior se entiende si se concibe que *Los informantes* es una novela en la cual, de manera explícita, algunos de sus personajes son impulsados por una la necesidad de reconstruir de manera personal la verdad, como puede verse con mucha claridad en la labor periodística que realiza el protagonista de la novela, Gabriel Santoro, hijo, quien con la publicación de su libro *Una vida en el exilio*, involucrará en dicha búsqueda a sus seres cercanos, su familia, su padre y su misma historia personal.

Por otro lado, la novela muestra que otros personajes asumen su postura frente a la verdad como una confesión o expiación motivada por distintos intereses, como ocurre al principio con Sara Guterman y, más adelante, con Angelina. En este orden de ideas,

paulatinamente va sucediendo lo mismo con los demás personajes que resultan afectados en el proceso de des-ocultación o des-cubrimiento de la verdad que desarrolla el protagonista, como Gabriel Santoro Padre, Konrad Deresser y Enrique Deresser. En un sentido más amplio, el autor logra propiciar en sus lectores una reflexión sobre la sociedad y la historia de Colombia a partir de esta búsqueda personal y existencial de la verdad que se convierte, a medida que la novela avanza, en la *reconstrucción* de la verdad que se debe hacer de los acontecimientos históricos y políticos que vincularon a Colombia al contexto de la Segunda Guerra Mundial. La novela muestra el impacto, en el rol social de la migración de refugiados y exiliados alemanes, tanto pro nazis como judíos, que tuvieron las ideas nacionalsocialistas en diversos partidos y dirigentes políticos afines al nazismo antes y durante la guerra. Evidencia la postura política que asumió el gobierno colombiano a través de su presidente Eduardo Santos y otros políticos y senadores importantes de la época, que siguieron las directivas de los países aliados como Estados Unidos, al recurrir a la práctica de las “listas negras” que produjeron la persecución de algunos exiliados alemanes y la reclusión de éstos en “campos de concentración” (Galvis y Donadio, 1986, p. 152)⁷ que fueron establecidos en ciertos hoteles de lujo de diversas zonas de Cundinamarca; así como la confiscación de sus bienes y la prohibición al trabajo, y por consiguiente la ruina personal de éstos exiliados que favoreció a varias personas que con fines económicos, corruptos se beneficiaron con estos “campos de concentración” y del patrimonio confiscado a los “reclusos”. Así, puede entreverse que el nudo dramático de la novela consiste en la situación que el autor plantea con sus personajes y las verdades que a través de éstos salen a luz bajo la forma del descubrimiento que va desde lo existencial a lo hermenéutico.

⁷ Revisar el capítulo “El fideicomiso” del texto *Colombia Nazi* (1986), escrito por los periodistas Silvia Galvis y Alberto Donadio.

3.2.1. La verdad en los personajes y en los hechos históricos.

Desde el primer capítulo de *Los informantes*, Juan Gabriel Vásquez introduce al lector en la historia de Gabriel Santoro hijo, un joven periodista que asiste a la convalecencia de su padre, llamado también Gabriel Santoro, a raíz de una enfermedad cardíaca que sirve de excusa para que se establezca entre ellos un reencuentro marcado por la reconciliación, dado que la publicación del libro por parte del primero *Una vida en el exilio*, que se basaba en los testimonios de Sara Guterman, exiliada alemana y amiga personal de su padre, había provocado su irreparable separación. Este reencuentro se convierte en la posibilidad de que Gabriel Santoro hijo, descubra por qué su padre atacó ferozmente su libro y sus intenciones de remover el pasado, y sobre todo por qué la publicación del libro supuso un viraje tan drástico en la historia personal de su padre, que de ser un gran profesor de Oratoria de la Corte Suprema, se convirtió en un hombre solitario, alejado de quien era su única familia, de sus amigos y de su estilo de vida; como si quisiera desdibujar, transfigurar y anular su grandioso pasado y su historia.

Por un lado, puede verse cómo el objetivo de Gabriel Santoro hijo era reconstruir una verdad, a través de la recuperación de las vivencias de Sara Gutermann desde la salida de su familia de Alemania hasta su exilio en Colombia, que le permitiera comprender mejor un episodio poco conocido de la historia de su país. Y es incluso notable que su intención obedece al proceso de desocultación y esclarecimiento de verdades incompletas y parciales, ignoradas u ocultas que ocurre cuando una persona y con mayor razón un periodista, decide asumir el intento de interpretar más profundamente las vivencias de seres humanos concretos a partir del relato de su experiencia y participación en la construcción de la verdad, para, a partir de allí, y desde el periodismo literario buscar conexiones, atar cabos sueltos y sacar conclusiones diferentes, o por lo menos, más originales y con más fundamento hermenéutico y personal que la consignada en los libros de la historia oficial.

A continuación, Gabriel Santoro hijo describe la intención y el compromiso que tuvo para escribir, según el testimonio de Sara Gutermann, el libro “Una vida en el exilio”:

Darme cuenta. Ésa era mi intención, sencilla y pretenciosa al mismo tiempo; y pensar en el pasado, **obligar a alguien a recordarlo**, era una manera de hacerlo, un pulso librado contra la entropía, un intento de que el desorden del mundo, cuyo único destino es siempre un desorden más intenso, fuera detenido, puesto en grilletes, por una vez derrotado. (Vásquez, 2004, p. 36).

Igualmente, resulta notable que es por esta misma reconstrucción hermenéutica de la verdad, llevada a cabo por Gabriel Santoro, hijo, que esta trasciende hasta su sentido existencial y termina por involucrar a su padre e, incluso, a él mismo. Lo anterior, visto no precisamente porque Sara haya sido una amiga muy cercana y crucial en la juventud de su padre, ya que la novela deja ver que aunque Gabriel Santoro padre la considerara como su “hermana en la sombra”, no se encontraron motivos para vincularlo explícitamente con la historia; sino porque, según la trama que teje el autor, el drástico rechazo que Gabriel Santoro, padre, mostró públicamente contra el libro y contra su hijo, además de la transformación radical e inesperada de su propia vida, revelaba de manera implícita el impacto profundo y la presunta implicación que había traído a su existencia las verdades allí descubiertas. Todo esto corresponde al desconcierto que siente Gabriel Santoro, hijo, que será el motor narrativo de la novela, la exploración de la verdad en su sentido hermenéutico y existencial: “Publiqué un libro, un libro inocente, y ya nada volvió a ser lo mismo” (Vásquez, 2004, p. 28).

Desde el fragmento inicial del reportaje *Una vida en el exilio*, reproducido por el protagonista en el primer capítulo de la novela *Los informantes*, se plantea toda la propuesta de interpretación hermenéutica de las vivencias de los personajes a partir de los cuales se

pretende *develar* la verdad en los hechos históricos, mediante la reconstrucción de lo que sucedía en el Hotel Nueva Europa, fundado por el padre de Sara.

Se pueden identificar algunos puntos: en primer lugar, el hotel fue fundado a raíz de la desesperada opción que había tomado su familia luego de los constantes abusos que habrían sufrido por parte de nacionales colombianos interesados en aprovechar y sacar partido de los exiliados recién llegados, excusados quizá en la compleja situación política que se dio a causa de la guerra. En segundo lugar, el hecho de que Sara se conociera —gracias a su labor como intérprete de un farmacéuta suizo, conocido de su padre— con el presidente colombiano de aquel entonces: Eduardo Santos, quien le dio la idea de fundar el hotel, y le ayudó a la familia con los trámites burocráticos necesario para lograr ese objetivo. La incidencia de Santos es tanta que hasta fue uno de los protagonistas en la gala de inauguración; todo esto llevó a que el hotel se convirtiera en lugar de reunión para extranjeros de diversas nacionalidades y representantes de las élites económicas y políticas del momento. Un ejemplo de esto son las menciones al dirigente popular Jorge Eliécer Gaitán y al caudillo liberal Alfonso López Pumarejo. En tercer lugar, la capacidad innegable de alterar el imaginario local, en la medida en que se presenta insistentemente la premisa de que el hotel fue un centro de encuentro y relación con los inmigrantes. Para finalizar, cabe resaltar la importancia que tuvieron este tipo de lugares —existieron otros “centros de detención en Colombia”— en un país tan reacio y escaso de extranjeros; de igual manera, la presencia e influencia de los extranjeros en los acontecimientos nacionales, así como el encuentro de las diversas ideologías y posturas políticas contrarias o contradictorias, específicamente las relacionadas con la guerra. Aparecen desde refugiados judíos como era la propia familia de Sara y otros exiliados de países del eje, como italianos y japoneses entre los que se encontraban desde migrantes regulares hasta propagandistas con filiaciones al nazismo. En este complejo contexto, se alude al fenómeno de las listas negras que se dio en Colombia, al acatar las directivas de

países aliados involucrados en la guerra como Estados Unidos y que implicó la persecución oficial, la confiscación de bienes y la negación del permiso de trabajo a extranjeros exiliados y su posterior reclusión en “campos de concentración” establecidos en hoteles de lujo similares al Nueva Europa, como el hotel Sabaneta. Y es precisamente esta revelación hecha por Sara Gutermann en el reportaje *Una vida en el exilio*, la que producirá las sospechas de Gabriel Santoro hijo acerca de la reacción y transformación de su padre y su presunta implicación en los hechos anteriormente descritos. Por eso su exploración hermenéutica y existencial de la verdad:

En el hotel de la familia Gutermann pasaron cosas que destruyeron familias, que trastocaron vidas que arruinaron destinos; pero nada de eso fue visible hasta mucho más tarde, cuando había pasado el tiempo y se comenzaban a notar los destinos arruinados y las vidas trastocadas.

[...]

Por supuesto que escribir palabras como Auswanderer o listas negras exige o debería exigir una garantía hipotecaria de parte de quien escribe. Palabras hipotecadas: El libro está lleno de ellas. Esto lo sé ahora, pero entonces apenas lo sospechaba, estas páginas habían tenido un aspecto tan pacífico y neutral que uno nunca las hubiera considerado capaces de incomodar a nadie, menos aún de provocar disputas; su versión impresa y empastada, en cambio, fue una especie de coctel molotov listo para caer en medio de la casa Santoro. (Vásquez, 2004: 46).

El desconcierto que Gabriel Santoro, hijo, siente por la reacción de su padre frente a su libro, lo lleva a emprender una nueva indagación de los hechos históricos a los que aludía en su reportaje, su informante Sara Guterman. Esto revela las profundas implicaciones existenciales y hermenéuticas del descubrimiento de la verdad. En primer lugar, cuando Gabriel Santoro hijo, confronta a su padre, quien lo había estado evitando desde la

publicación del libro, éste le advierte de una manera indirecta que resulta muy cómodo al presente remover el pasado en busca de reconstruir su historia, arrogándose el derecho de levantar juicios de culpabilidad y responsabilidad sobre quienes sufrieron y se aprovecharon del fenómeno de las listas negras, sin tener en cuenta la compleja situación histórica y política en la que se vieron envueltos quienes vivieron realmente los hechos y quienes fueron afectados por ellos:

La memoria no es pública, Gabriel. Eso es lo que ni tú ni Sara han entendido. Ustedes han hecho públicas cosas que muchos queríamos olvidadas. Ustedes han recordado cosas que a muchos nos costó mucho tiempo perder de vista. La gente está hablando de las listas, otra vez se habla de la cobardía de ciertos delatores, de la angustia de los injustamente delatados... Y los que habían hecho las paces con ese pasado, los que a punta de rezar o de fingir habían llegado a cierta conciliación, ahora están otra vez al comienzo de la carrera. Las listas negras, el Hotel Sabaneta, los informantes. Todas palabras que mucha gente tachó de sus diccionarios, y aquí llegas tú, paladín de la historia, para hacerte el valiente despertando cosas que la inmensa mayoría prefiere ver dormidas. (Vásquez, 2004, p. 79).

Es por esto que Gabriel Santoro, hijo, se ve en la necesidad de preguntarse, por un lado, qué tipo de participación tuvo su padre en los hechos como para que su relato, muchos años después, lo afectara hasta el punto de oponerse al re-descubrimiento de la verdad y a dar un giro tan drástico a su vida; y por otro lado, cómo se vivieron realmente en Colombia los hechos históricos de la década de los treinta y los cuarenta.

La ruptura de relaciones diplomáticas y económicas con Alemania y los demás países del eje y la consecuente persecución política liderada por Estados Unidos, en los países de Latinoamérica, a los exiliados extranjeros —en su mayor parte alemanes— que introdujeron ideologías afines al nazismo que atentaban contra los intereses y la seguridad del hemisferio y

de la democracia mundial. Bajo la anterior contextualización, se puede enfocar en *Los informantes*, la historia de Konrad Deresser, un migrante alemán que se había radicado en Colombia construyendo una familia, su esposa de origen caleño y su hijo que aunque de procedencia alemana, tenía un nombre castellano: Enrique, quien fue criado de acuerdo a las costumbres locales, pieza fundamental en el drama familiar. Konrad, de profesión músico y pianista, tuvo que fundar una empresa de Cristales creada debido a la insolvencia que aquejaba al artista. Aunque Konrad Deresser no era judío, había sido amigo de Peter Guterman, padre de Sara, por la solidaridad que naturalmente se brindan los migrantes y exiliados de la misma nacionalidad que se encuentran en un país extraño, lo que demuestra que al margen de la guerra y lejos de su país de origen, habían sido más las cosas que tenían en común que la que los distanciaba.

Por una parte, Konrad Deresser representa la nostalgia y las dificultades que pasan los exiliados puesto que se encuentran lejos de la patria y de la cultura de donde son originarios; mientras que su hijo Enrique Deresser, quien era amigo, en ese entonces, de Sara y Gabriel Santoro (padre), decide apartarse de todos los asuntos y personas que lo vinculaban con los acontecimientos y consecuencias de la Segunda Guerra Mundial.

En la novela, Konrad y Enrique Deresser representan una singular oposición de perspectivas: la primera, en la que Konrad representa la nostalgia de verse en difíciles circunstancias de existencia y además perseguido a donde fuera por su nacionalidad, a causa del auge y el impacto mundial de la ideología del nazismo, cuya responsabilidad política era según él, de Hitler, a quien consideraba el tirano de turno como ha habido antes y habrá después en la historia de Alemania.⁸

⁸ En Colombia, como se relata en la novela, esta persecución hasta cierto punto exacerbada se materializó en la prohibición y el cierre durante esa época de instituciones pedagógicas, como los Kindergarten y los colegios alemanes de Bogotá y Barranquilla, por el ministro de educación de ese entonces Germán Arciniégas.

El otro elemento de la oposición es la opción vital que había elegido Enrique Deresser de asimilarse a su nuevo país y de no querer llevar cargas políticas que determinaran su vida. En el contexto de esta oposición, a la que alude la novela, ocurre la ocasión por la cual Konrad Deresser fue quizás injustamente delatado e incluido en las listas negras y arruinado presuntamente por responsabilidad del joven Gabriel Santoro.

La invitación a una cena conmemorativa del “*Buss und Bettag* del 43”, en el hogar de los Deresser, a la familia alemana Bethke, reconocidos propagandistas nazis provenientes de Barranquilla, a la que también asistieron Sara y el joven Gabriel Santoro, se convierte en el motivo de que Konrad Deresser, haciendo gala de un cuestionable patriotismo y por culpa quizás de la solidaridad común ya descrita entre los exiliados, cuando ya Colombia se había unido en bloque con los países aliados y hubiera comenzado la persecución indiscriminada de todos los exiliados provenientes del países del eje, defendiera ante los presentes la postura política de los Bethke, que entre otras cosas implicaba, a causa de su filiación al nazismo, la reivindicación política de Alemania en el contexto de la Guerra y la esperanza de que resultara vencedora la superioridad racial del pueblo alemán, a causa de la desesperada situación de su exilio en Colombia; y como lo revelará Enrique, en esa situación, a causa de la cobardía de no poder o no querer asumir sus circunstancias y defender antes que nada a su nueva vida y a su familia. Es aquí donde el contexto existencial, tanto del nostálgico y cobarde Konrad como la decidida actitud de Enrique, se entrecruza con el contexto hermenéutico de la historia y la política.

Me parecía increíble que no fuera a decir nada, y entonces dijo cuatro palabras, cuatro palabritas, “que no se repita”... “Se va a repetir”, le dijo Enrique, “cada vez que traigas un hijueputa a la casa”. Margarita estaba llorando. Me di cuenta de que tu papá le daba la espalda, seguramente para no hacerla sentir peor... “Eres un cobarde”, le gritó Enrique. “Un cobarde y un lameculos” (Vásquez, 2004, p. 164).

A partir de la novela, el lector puede preguntarse ¿la pretendida postura “políticamente correcta” asumida por Colombia ante los hechos de la guerra permitió el abuso indiscriminado de los exiliados? ¿Qué motivaciones movieron a los colombianos y bajo qué intereses se convirtieron en informantes que se arrogaron el derecho de delatar a los exiliados y arruinar sus vidas?

La complejidad de la novela de Vásquez alcanza su punto culmen cuando permite paulatinamente descubrir que Gabriel Santoro fue el culpable de la delación de Konrad Deresser y su consiguiente inclusión en las listas negras que acabaron por destruir a su familia. La esposa de Deresser, Margarita, fue otra víctima, quien tras un largo y desesperado intento por acudir a las autoridades políticas colombianas, distintos abogados, senadores y ex-presidentes como Enrique Santos, con el objetivo que su esposo fuera retirado de las listas para evitar su ruina económica y su confinación en los “campos de concentración” de extranjeros provenientes de países del eje, decide abandonar a su esposo y a su hijo. Sufre también Enrique Deresser, quien, a pesar de estar en desacuerdo con su Padre, fue también afectado irreparablemente por la destrucción de su familia gracias a los acontecimientos históricos que demarcaban las condiciones de su vida, ser un colombiano hijo de un exiliado alemán en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, aspecto de su pasado que quiso infructuosamente evadir.

El periodista en su visita a Enrique Deresser, logra que éste le suministre, por una noche, las cartas escritas por Margarita, en los tiempos de confinamiento en Colombia:

Con todo el respeto les solicito a ustedes no sólo en mi nombre sino en el de las demás familias alemanas que se encuentran en análoga situación, que intercedan ante el gobierno para que nuestros nombres, sean retirados de la mencionada lista y nuestros derechos civiles y económicos nos sean restituidos. Tanto mi marido como

muchos ciudadanos alemanes sufren las consecuencias del lugar donde nacieron en virtud de la providencia. (Vásquez, 2004, p. 335).

La alusión a la situación anterior que estructura un nudo argumental que vincula las diferentes perspectivas de la vivencia de los acontecimientos históricos verídicos por parte de los protagonistas de la novela, sirve como respuesta y explicación vinculante a las preguntas ya aludidas, a las que Vásquez dirige la atención del lector a través del relato de la búsqueda e investigación que emprende su personaje, Gabriel Santoro hijo: ¿Qué relación existencial tuvo Gabriel Santoro, padre, en lo referente al fenómeno de las Listas negras a las que aludía el reportaje *Una vida en el exilio*? ¿Cuál es la verdad de los acontecimientos históricos en torno a la situación de los exiliados alemanes y de otras nacionalidades en Colombia durante las décadas de los treinta y los cuarenta en el contexto social y político de la Segunda Guerra Mundial? En este punto es importante comprender la estructura que Juan Gabriel Vásquez le otorga al proceso de reconstrucción de la verdad que lleva a cabo el joven reportero Gabriel Santoro como autor, narrador y escritor de la nueva versión de dicho reportaje que es el que mantiene en vilo al lector y dirige su atención hacia la verdad en tanto que muestra la relación entre los hechos y las interpretaciones de los mismos.

En primer lugar, el relato se divide en los distintos momentos de la búsqueda de Gabriel Santoro, hijo, así como en las perspectivas de los testimonios de los demás personajes, a partir de la cual se reconstruye la verdad de dicha búsqueda. Este juego narrativo, utiliza a Gabriel Santoro hijo, en dos facetas diferentes: personaje y narrador en su reportaje *Los informantes* como relato de la puesta en limpio de la verdad y del proceso de su descubrimiento.

En el primer capítulo, “I. La vida insuficiente”, se narran los acontecimientos ocurridos en el año 1991, en los cuales se reencuentran Gabriel Santoro (padre) y su hijo; el reencuentro, para este último, se convierte en la oportunidad de esclarecer las razones por las

cuales tres años antes, en 1988, cuando se publica el libro *Una vida en el exilio*, su padre se había visto profundamente afectado, razón por la cual le había dado un giro radical a su vida, inexplicable para el hijo, puesto que se había pasado de ser un personaje prestigioso de la historia nacional a un ser recluso, que contaba con la compañía esporádica de su fisioterapeuta, Angelina.

En el segundo capítulo, “II. La segunda vida”, se devela la motivación interna de Gabriel Santoro por reconstruir su vida en el desesperado viaje que llevó a cabo junto con Angelina a Medellín y en el cuál sucumbió trágicamente en un accidente automovilístico, seis meses después de su operación:

Su oportunidad de corregir errores, de subsanar faltas, de pedir perdones, porque le había sido otorgada una segunda vida, y la segunda vida, lo sabe todo el mundo, va siempre acompañada de la obligación impertinente de corregir la primera (Vásquez, 2004, p. 66).

Este capítulo culmina con la resuelta decisión de Sara Guterman de contarle a Gabriel Santoro hijo, cuáles habían sido esos errores y esas faltas de su padre, que él desconocía, ante el inminente anuncio de la revelación de Angelina al periodismo sensacionalista de la verdad oculta de Gabriel Santoro (padre): “Con esto todo cambia, me dijo Sara. Porque hay cosas que prefiero contarte yo misma, y no que las vayas leyendo por ahí” (Vásquez, 2004, p. 122) Gabriel Santoro hijo confirmaría más adelante la difícil situación a la que se enfrentaba su padre al intentar enmendar las faltas de su pasado con la reconstrucción del testimonio de Angelina, quien tras haberse sentido utilizada y herida por él, resolvió destruir públicamente la imagen de Santoro, padre, al revelar las verdades ocultas, aspectos secretos e íntimos de su vida, que él nunca se había atrevido a revelarle a nadie, proceder que él reprochará aludiendo a la venganza con la que lo destruyó por negarse a entender el profundo remordimiento que

éste sentía por haber presuntamente destruido las vidas de la familia Deresser, como se descubrirá más adelante.

Lo que de verdad buscó en ella Gabriel Santoro no era una amante, sino una doctora corazón, una especie de enfermera mezclada con psicóloga, alguien que lo ayudara a llegar a Medellín y que al llegar a Medellín lo ayudara a pedir perdones retrasados, pues él había sido siempre demasiado cobarde para pedirlos por su cuenta. (Vásquez, 2004, p. 216).

A continuación, en el tercer capítulo, “III. La vida según Sara Guterman”, se reconstruyen los hechos de los años cuarenta en los que, por cuenta de Sara, se narran las difíciles circunstancias en las que Konrad Deresser, al verse arruinado y destruido a causa de su inclusión en las listas negras, por las razones que se intentó explicar anteriormente, optó por el suicidio. Además de esto, Sara le revela a Gabriel Santoro hijo las verdaderas circunstancias en las que a su padre le mutilaron violentamente la mano derecha, atribuyéndole el hecho a hombres pagados por el mismo Enrique Deresser, en retaliación y venganza; y, también le relata la confesión que éste le hizo sobre su culpabilidad en el caso de Konrad Deresser:

“¿Pero quién te hizo esto?”, le pregunté. Era una forma de hablar, una de esas preguntas que se hacen porque sí, ¿sabes?, sin esperar respuesta. Pero ahí mismo me arrepentí, me entró el pánico, porque me di cuenta de que Gabriel sabía quién se lo había hecho y además sabía por qué razón. “No, no me lo digas”, le dije, pero él ya había comenzado a hablar. “Los mandó Enrique”, dijo. “Los mandó mi amigo. Pero no te preocupes, me lo merezco. Esto y mucho más. Yo maté al viejo, Sara. Yo les jodí la vida. Yo tengo la culpa de todo”. (Vásquez, 2004, p. 193).

Por último, en el capítulo final de la novela, “IV. La vida heredada”, Gabriel Santoro hijo logra ensamblar, como objetivo final de su búsqueda, en un conjunto coherente todas las

pruebas y pistas, todos los testimonios que contribuyeron a transformar la imagen que tenía de su padre así como su propia vida, implicada también en las radicales y definitivas consecuencias con que los hechos históricos involucraron, impactaron, afectaron y transformaron la vida de los personajes; la manera en que la verdad le da forma y sentido a la vida y a la historia de los mismos, de la misma manera como las decisiones y las acciones de los personajes, las que conocemos o ignoramos van tejiendo y construyendo necesariamente una verdad.

Así, el testimonio de Sara, cuando revela las circunstancias y los sufrimientos de los exiliados que padecieron por las listas negras, se convierte inesperadamente en la declaración de culpabilidad de Gabriel Santoro, quien fue un informante. Angelina hace público sus secretos e intimidades, su cara oculta. Gabriel Santoro hijo se ve obligado a ver cómo su indagación por el pasado de los demás se convierte en la transformación radical de su presente. Así, él mismo lo confiesa:

La vida que he recibido como herencia –esta vida en la que ya no soy el hijo de un orador admirable y un profesor condecorado, ni siquiera del hombre que sufre en silencio y luego revela en público haber sufrido, sino de la criatura más despreciable de todas: alguien capaz de traicionar a un amigo y vender a su familia. (Vásquez, 2004, p.197).

De esta manera, entre la incertidumbre llena de sospechas de su búsqueda y la incómoda certeza de los testimonios que le revelan lo que él nunca supo de su padre es que puede reconstruir las causas ignoradas de los terribles efectos en las vidas de las víctimas, las palabras y acciones que lo habían convertido en un delator, en un traidor. Sin embargo, a lo largo de la novela, a través del temor, de las reacciones, de la búsqueda de redención y perdón de Gabriel Santoro padre, que demostraban su culpabilidad, nunca se llega a vislumbrar efectivamente qué fue lo que hizo, a raíz de que esa verdad quedó incompleta y no

logró ser descubierta por los testigos, por la repentina muerte del único implicado y conocedor de la verdad.

Es un poder terrible, ¿no? Sí, papá, es terrible, el poder de las cosas dichas es terrible, tú lo sabías, recordabas lo que habías hecho, lo que tus palabras habían causado. (¿Pero qué palabras y pronunciadas cómo? ¿En qué circunstancias? ¿Cómo había ejercido mi padre el papel de informante? Yo nunca lo sabría porque de eso no había testigos). (Vásquez, 2004, p. 205).

Finalmente, es Sara la que le revela a Gabriel Santoro, hijo, las verdades que omitió en el testimonio que constituyó el reportaje *Una vida en el exilio* y que eran en el fondo la implícita y oculta razón que éste tuvo que develar para descubrir posteriormente por qué la publicación de su libro había afectado a su padre y por qué las verdades históricas que allí refería lo implicaban profundamente:

Me enteré entonces de que mi padre había leído el libro tan pronto como lo recibió, y lo había leído con lupa y en tiempo récord, buscando declaraciones que lo pudieran delatar e intentando hacerlo lo más rápido posible como si no fuera tarde para remediar un eventual daño, como si lo que tuviera en la mano no fuera un libro publicado sino un manuscrito sin corregir. “No encontró nada, pero lo encontró todo”, dijo Sara. “Todo el libro le parecía una gran pista que le apuntaba a él, que lo señalaba. Cada vez que se mencionaba el Hotel Sabaneta, se sentía incriminado, descubierto. Cada vez que se habla en el libro de las listas negras, de las vidas dañadas o simplemente afectada por las listas, sentía lo mismo. “Yo hice una cosa así”, decía. “Se va a saber. Gracias a este libro de ustedes, se va a saber, hasta aquí llegó mi vida, Sara, se acaban ustedes de cagar en mi vida.” (Vásquez, 2004, p. 273).

Así es que Gabriel Santoro, hijo, se propone escribir su relato en forma de reportaje titulado *Los informantes*, con el cual representa la importancia del

descubrimiento de la verdad que hay que arrancarle a los hechos que muchas veces no hablan por sí solos sino que tienen siempre que reinterpretarse, expresarse ordenadamente en el discurso que resulta configurado por las diferentes perspectivas que se encuentran ocultas en los diferentes testimonios de quienes los protagonizaron. Era ese proceso el que me interesaba poner por escrito: las razones por las que un hombre que se ha equivocado de joven intenta de viejo subsanar su error, y las consecuencias que ese intento puede tener en él mismo y en los que lo rodean. (Vásquez, 2004, p. 278).

El posdata con el que Vásquez culmina su novela *Los informantes* sirve de conclusión de la historia, a través de la narración del esperado y definitivo encuentro entre el reportero Gabriel Santoro y Enrique Deresser sobre el que recae la única posibilidad de resolver las preguntas sobre el trágico final de su padre y sobre los hechos alrededor de los cuales gira la novela. Puede verse aquí en la recolección que hace el periodista de las cartas que como testimonio real conserva Enrique Deresser en las que Konrad Deresser y su esposa expresan su sufrimiento y desolación. En esta posdata se relata el fallido intento de redención y perdón que Gabriel Santoro, padre, no pudo encontrar en Enrique Deresser, quien a lo largo de su vida resultó irremediabilmente marcado por las consecuencias que le habían traído el adverso destino de su familia, del que Santoro padre fue responsable a causa de su falso testimonio delator y su traición; su vida no pudo escapar a la repercusión irreparable que los hechos históricos tienen en la vida de todos los individuos, incluido Enrique y su familia, y que al parecer —según la historia y su desenlace—, resulta de forma pesimista inmune al perdón y a la reconciliación.

Una de las reflexiones conclusivas que se deducen acerca de la magistral labor de Vásquez de retomar el episodio histórico que aquí se ha abordado a través de la ficción: retratar con más éxito la historia tradicional, llena de abstracciones y generalización, la

intensidad existencial de los hechos y verdades que pudieron haber experimentado muchos colombianos, exiliados alemanes y otros extranjeros en los años cuarenta de la historia de Colombia; cómo pudieron haber sido afectados unos, hasta el punto de verse arruinados y cargar con su aciago destino que se prolonga de generación en generación; y para los otros, cuáles fueron los funestos resultados de las falsas delaciones y testimonios surgidos a raíz del aprovechamiento de todo lo que implica el fenómeno de las listas negras.

Enrique Deresser le confiesa que de haber sabido el contexto hermenéutico y existencial que Gabriel Santoro hijo retrató acerca de su padre en su reportaje *Los informantes*, quizás su reacción habría sido diferente y por qué no, también su trágico final. De lo que se deduce también, a manera de conclusión, la diferencia y preeminencia de la verdad existencial, que se construye a través de las vivencias, frente a la verdad hermenéutica, que se reconstruye y se descubre, sólo a través de la interpretación de los hechos, pero que es capaz de echar una mirada más luminosa sobre lo existencial. El destino de los personajes muestra más originalmente las consecuencias existenciales de los hechos narrados, a partir de los cuales se puede alcanzar una verdad más humana y comprensible que la consignada fríamente por el simple recuento de los hechos, propio de la Historia tradicional, que suele expresarlos en un pretendido “discurso neutral” de cifras frías y referencias muertas que a pesar de su precisión y exactitud (que le pertenecen a las ciencias naturales) no logran captar y descubrir la compleja verdad del ser humano y su mundo vivido. Compárese a partir de lo anterior, el valor de la significación para las Ciencias Humanas por ejemplo, de las cifras y datos sobre las víctimas del *Holocausto* y la Segunda Guerra Mundial frente a todas las narraciones propias del periodismo literario, sugerido por Vásquez en la novela, han mostrado más de cerca el “verdadero” sufrimiento de las víctimas y las “reales” consecuencias históricas, de las que la novela *Los informantes* también hace parte, contribuyendo a comprender mejor la verdad de los hechos históricos.

3.3. La narración, una aproximación a la realidad de las acciones

En el proceso de construcción de este análisis literario ha sido necesario establecer una comprensión más a fondo del entramado de significaciones que se tejen dentro de la novela *Los informantes* (2009), donde la narración se expresa a partir de sujetos, espacios, momentos y acontecimientos que marcan tanto la visión de la realidad hecha palabras así como la percepción de quien logra interpretar aquello que es donado mediante el arte de la construcción literaria. De este modo, hablar del tiempo y la narración se hace imperativo, y por lo tanto se retoman, para esta ocasión, los planteamientos del filósofo francés Paul Ricoeur, en su obra *Tiempo y Narración* (1998); quien plantea esta hipótesis: “Entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana existe una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta la forma de necesidad transcultural” (p. 113). La narración, para Ricoeur, transforma el tiempo en *tiempo humano*, concepto que tiene sus inicios en los planteamientos de San Agustín y Aristóteles⁹ de quienes el francés parte para desglosar su propuesta filosófica.

Es desde el concepto inicial de *mimesis* como elemento mediador entre el tiempo y la narración que Ricoeur parte para denominar tres momentos cumbres en esta relación: “Mimesis I”, “Mimesis II” y “Mimesis III”; atribuyendo al segundo, ser la vía central del análisis.

Mi tesis es que el sentido mismo de la operación de configuración constitutiva de la construcción de la trama resulta de su posición intermedia entre las dos operaciones que yo llamo mimesis I y mimesis III, y que constituyen "el antes" y "el después " de mimesis II. (Ricoeur, 1998, p. 114).

El filósofo francés resalta de la hermenéutica su ocupación específica de reconstruir las acciones, puesto que son el suelo desde donde se levanta la obra que será leída

⁹ Tanto Aristóteles como San Agustín desligan la actividad de narrar una historia, del tiempo. Aristóteles fue el primero en instaurar el término Mimesis, como la imitación del mundo para volverlo arte, elemento mediador entre el tiempo y la narración (Ricoeur, 1998, p. 113).

posteriormente. Es el lector el encargado de realizar un exhaustivo recorrido de “Mimesis I a Mimesis III”, gracias al papel mediador del segundo momento mimético. Vemos entonces que Ricoeur defiende el tiempo de la construcción de la trama como el asunto que está “entre los aspectos temporales prefigurados en el campo práctico y la refiguración de nuestra experiencia temporal por este tiempo construido” (Ricoeur, 1998, p.115).

Ricoeur hace referencia a la objeción sobre el “círculo vicioso entre el acto de narrar y el ser temporal” y asegura que sus argumentos tienen como norte demostrar que dicho círculo “puede ser algo muy distinto de una tautología muerta” (Ricoeur, 1998, p. 115); puesto que en cada plano mimético, el tiempo de la narración presentará unos cambios que terminarán por contribuir a que la misma, se aproxime, cada vez más, a la realidad.

3.3.1 Un acercamiento a la Triple Mimesis.

Mimesis I

- A. Paul Ricoeur señala que el mundo de la acción es el eje del primer plano mimético y que en la “pre – comprensión de sus estructuras inteligibles, de sus recursos simbólicos y de su carácter temporal” están sus orígenes (1998, p. 116). La acción no sólo depende de movimientos físicos; además de ellos, es importante resaltar el desarrollo de la competencia que nos permite reconocer y utilizar de manera adecuada la *red conceptual*. Cuando nos surgen preguntas sobre el por qué y la razón de ser de distintos asuntos, es necesario estar familiarizados con la significación de palabras como fines, motivos, agentes, circunstancias, entre otros; puesto que el uso de algunas exige la interacción inmediata de otras. A dicha competencia, Ricoeur la denomina: “comprensión práctica”, acercándola a la *comprensión narrativa* en una relación de *presuposición y transformación*: “Comprender una historia es comprender a la vez el lenguaje del ‘hacer’ y la tradición cultural de la que procede la tipología de las tramas” (1998, pp. 117, 119).

- B. La composición narrativa presenta un segundo anclaje que emerge de los elementos simbólicos de la experiencia práctica del ser humano. El hecho de poder narrar la acción evidencia que existe una cadena de signos: “las formas simbólicas son procesos culturales que articulan toda la experiencia”. (Cassirer citado en Ricoeur, 1998, p. 120).

El mismo conjunto de símbolos implícito en las acciones provee “un contexto de descripción” que permite interpretarlos y comprenderlos; esta mediación simbólica no sólo le concede a la acción una primera posibilidad de ser analizada y comprendida, sino que se presenta como una regla o norma a la que, por lo tanto, se le calificará desde una escala moral (Ricoeur, 1998).

- C. Ricoeur (1998) menciona que el tercer rasgo de la precomprensión hace referencia al tiempo tácito en las mediaciones simbólicas del accionar humano; la literatura regresa al pasado para representar estas estructuras abstractas del tiempo, a las cuales Paul Ricoeur recomienda analizarlas desde una significación existencial; pues de lo contrario, la precomprensión en cuanto a la temporalidad, estaría limitada a sus representaciones.

Mímesis II

Paul Ricoeur resalta en el plano de mimesis II el uso de la palabra ficción, para designar con ella “la configuración del relato cuyo paradigma es la construcción de la trama” (1998, p. 130), una construcción que habrá de comprenderse desde su función natural de mediación:

- A. La primera razón por la cual se dice que la trama es mediadora es porque tiene la capacidad de convertir los acontecimientos en una historia; los hechos acaecidos ayudan a que se desarrolle la trama y es cuando se narran, que se organizan para permitir el conocimiento del “tema de la historia.”

- B. En segundo lugar se dice que la construcción de la trama es mediadora puesto que incluye en la *trama compleja* factores que apelan a los sentimientos: “la construcción de la trama integra juntos factores tan heterogéneos como agentes, fines, medios, interacciones, circunstancias, resultados inesperados, etc.” (Ricoeur, 1998, p.132).
- C. En tercer lugar, Ricoeur afirma que la trama es mediadora por sus *caracteres temporales* ya que combina dos de sus dimensiones: *la episódica*, por la cual se pueden seguir los hechos a partir de su orden común a las acciones físicas humanas; y *la configurante*, que en primer lugar, reúne los acontecimientos en una “ ‘totalidad significativa’ y en segundo lugar, le imprime el sentido del ‘punto final’ como aquel desde el que puede verse la historia como una totalidad” (Ricoeur, 1998 p.135).

En relación con el tiempo, añade Ricoeur (1998), el acto configurante cuenta con dos rasgos: el primero, denominado *esquematización*, alude a la imaginación creadora como matriz generadora de las reglas; dicho esquematismo deja entrever el segundo rasgo denominado *tradicionalidad*, que hace referencia a “la trasmisión viva de una innovación capaz de reactivarse constantemente por el retorno a los momentos más creadores del hacer poético” (p. 136). Volver a narrar marca la tradición.

Mimesis III

Este momento de la mimesis corresponde, según Ricoeur (1998), a la “Intersección del mundo del texto y del mundo del oyente o del lector” (p. 140), teniendo en cuenta las siguientes cuatro etapas:

A. *El círculo de la mimesis*

Aunque el filósofo acepta que el análisis es circular, refuta que sea vicioso puesto que propone que sea visto como “una espiral sin fin que hace pasar la meditación varias veces por el mismo punto, pero a una altura diferente” (Ricoeur, 1998, p. 141).

Cuando se le da forma a los acontecimientos del pasado a través de la narración, hay que hacerle frente inicialmente a la violencia de la interpretación, sometiendo a la sospecha de engaño a la ficción. Luego, hay que afrontar la posibilidad de redundancia de dicha interpretación; en el análisis a estas objeciones, el autor se pregunta: “Sin abandonar la experiencia cotidiana, ¿no somos propensos a ver en tal encadenamiento de episodios de nuestra vida historias ‘no narradas (todavía)’, historias que piden ser contadas, historias que ofrecen puntos de anclaje a la narración?” (Ricoeur, 1998, p. 144); las historias no contadas podrían ser partes constitutivas de la identidad personal y es esta búsqueda la que permite “la continuidad entre la historia potencial o incoativa y la historia expresa cuya responsabilidad asumimos” (Ricoeur, 1998, p. 145).

Detrás de los hechos se encuentra el segundo plano que corresponde a la narración. Un mecanismo para hacer hincapié en las historias que anteceden a nuestras vidas y acercarnos a los secretos de las mismas, aun cuando el ejercicio de narrar en muchas ocasiones se realiza para “no aclarar, sino para oscurecer y disimular”. (Kermode citado en Ricoeur, 1998, 146).

B. *Configuración, refiguración y lectura.*

La construcción de la trama termina de efectuarse con la interacción del lector, su recorrido por la mimesis permite la actualización de los hechos que en un ejercicio de refiguración completan su inteligibilidad, para marcar las fronteras definidas entre el presente continuo y el rastro complejo del pasado (Ricoeur, 1998).

C. *Narratividad y referencia*

Los acontecimientos son tomados por el lenguaje para expresarlos como una nueva experiencia, ante el mundo. “Referencia y horizonte son correlativos”, señala el autor,

para tener en cuenta que cada parte (texto y lector) poseen su propio espacio de significación. A través del sentido de la obra se reciben también sus referencias, que estarán siempre ligadas a una nueva experiencia traída por el lenguaje y que probablemente se convertirán en discurso. Ricoeur (1998) defiende entonces de la obra, el uso de dicha información pero bajo un sistema propio, “el de la referencia metafórica”, razón por la cual posee formas de representar el mundo, distintas a la descriptiva:

A las obras de ficción debemos en gran parte la ampliación de nuestro horizonte de existencia. Lejos de producir sólo imágenes debilitadas de la realidad; "sombras", las obras literarias sólo pintan la realidad agrandándola con todas las significaciones que ellas mismas deben a sus virtudes de abreviación, de saturación y de culminación, asombrosamente ilustradas por la construcción de la trama (p. 153).

La narración hace que se *resignifique* el accionar de los seres humanos; pero la existencia de la historiografía, puesto que su discurso se centra en los acontecimientos que efectivamente sucedieron, genera inconvenientes cuando la búsqueda es por la verdad de los hechos. Sin duda, las formas de aludir a las referencias son completamente distintas; y sin embargo, Ricoeur señala que el pasado sólo puede reconstruirse por medio de la imaginación, recurso común a la obra poética.

D. *El tiempo narrado*

Con el fin de conceptualizar sobre la refiguración del tiempo, Paul Ricoeur resalta, en su análisis sobre el diálogo entablado entre las narraciones histórica y de ficción, la interacción de la *fenomenología del tiempo*; un tercer miembro al que le otorga, a partir de Heidegger, la característica de *originalidad*, en tanto que encuentra su *anclaje* en la “*jerarquización* de los planos de temporalidad o más bien de

temporalización” (1998, p. 158). Dicha clasificación en algunas oportunidades será lograda entonces mediante la *fenomenología hermenéutica del tiempo*; y en otras, serán las ciencias encargadas del estudio de la narración, tanto histórica como de ficción, las que propiciarán el camino hacia la adecuada y precisa resolución de cualquier vacío lógico.

3.3.2. Ejercicio de interpretación: La imitación de la experiencia.

En los archivos del Departamento de Estado está consignado el acaecer histórico sobre la Segunda Guerra Mundial; tal vez la información más cercana a la realidad que se vivió entre 1939 y 1947. Los periodistas colombianos Silvia Galvis y Alberto Donadio entablaron toda una investigación titulada *Colombia Nazi (1986)*, cuyo desarrollo comprende quince capítulos, y demuestra que la segunda Gran Guerra influyó de manera directa en la vida de diferentes personas por el sólo hecho de tener determinada nacionalidad.

Dicha investigación, a manera de narración histórica, “se centra en acontecimientos que han tenido lugar *efectivamente*” (p. 155) y rescata gran parte de las historias que reposan en diferentes archivos de agencias estatales colombianas y norteamericanas sobre el acontecer desde los inicios de la Segunda Guerra. En este tipo de narración, los autores hacen uso de las, denominadas por Paul Ricoeur, *referencias por huellas* puesto que es necesario volver al pasado para poder reconstruirlo. Un ejercicio que también desarrolla el escritor Juan Gabriel Vásquez, a través de la novela *Los Informantes (2013)* aunque sea por medio de las *referencias metafóricas*; en ambos casos es indispensable la capacidad de la imaginación para ordenar el pasado en la secuencia: “ambos géneros tienen como referente común el carácter temporal de la experiencia” (Ricoeur, 1998, p. 26).

Vásquez vincula en su novela momentos ocurridos en la década del cuarenta y construye específicamente personajes de nacionalidad alemana, algunos inmigrantes judíos y otros ligados al partido nacionalsocialista. En comparación, los rastros presentados en la

investigación Colombia Nazi (Ver Anexo 2), son similares a los que se abordan en la obra *Los informantes* (2013). Su contexto histórico (La Segunda Guerra mundial y sus efectos en América) nos permite pensar detenidamente en lo planteado por Paul Ricoeur, en *Tiempo y Narración* (1998), acerca de la “correlación que existe entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana” (p. 113). Dado que siempre surge la pregunta por la veracidad de los hechos, “dicha correlación no es puramente accidental”, afirma Ricoeur; prevalecen también los enlaces que la generan y es en ese momento, en el que se defiende a la narración como la posibilidad de aprehender el tiempo, aproximarnos a sus entrañas y comprenderlo aun cuando se nos presenta de manera intangible, que se vuelve ineludible analizar el asunto de las mediaciones y de la construcción de la trama.

El lector es quien deberá trasladarse desde el tiempo vivido, pasando por su configuración, hasta la propia representación del mismo; con el fin de aproximarse a la realidad de los hechos. Por tal razón, el hilo conductor del presente análisis es la propuesta de la *Triple mimesis* que el filósofo francés propone en su obra *Tiempo y Narración* (1998): “Lo que está en juego, pues, es el proceso concreto por el que la configuración textual media entre la prefiguración del campo práctico y su refiguración por la recepción de la obra” (p. 114).

De la primera fase mimética, el autor de la obra presupone de las acciones humanas “su semántica, sus realidades simbólicas y su temporalidad”. Así consigue la obra “la inteligibilidad de su facultad de mediación, que consiste en conducir del antes al después del texto, transfigurar el antes en después por su poder de configuración” (Ricoeur, 1998, p. 115). Puede deducirse de la novela *Los informantes* (2013), más allá de las características físicas de los personajes; el trasegar político y social de Colombia, en la década del cuarenta, implícito en la obra, en tanto que ese diario vivir coincide con las historias del repertorio del plano mimético I.

De acuerdo a lo anterior, es importante resaltar que en la novela de Vásquez aparecen dos reportajes: *Una vida en el exilio* y *Los informantes*, que pueden considerarse como la representación de la importancia del carácter temporal de las acciones cuando van a ser narradas; ya que el segundo reportaje es una especie de reescritura que llena los vacíos y resarce los malestares causados en las víctimas.

Justamente Ricoeur es reiterativo en su análisis de la triple mimesis en el valor del ejercicio constante de la investigación e interpretación de los hechos; así como desde la década del sesenta, lo vienen haciendo los periodistas literarios. El joven reportero Gabriel Santoro lo hace de forma inquebrantable: acudió hasta el último lugar de información, representado por medio del personaje Enrique Deresser, con el fin de aproximarse a la realidad de las acciones ocurridas en Colombia, en la década del cuarenta, aun cuando las injusticias de la década enlodaban la buena reputación de su propio padre.

La novela *Los informantes* es mediadora por las tres razones desglosadas por Ricoeur, en el plano de Mimesis II: “En primer lugar, media entre acontecimientos o incidentes individuales y una historia tomada como un todo” (1998, p. 131), si tenemos en cuenta que Vásquez toma del ciclo de hechos, una historia que tiene como argumento central las incidencias de la Segunda Guerra Mundial en América Latina. “En segundo lugar, la construcción de la trama integra juntos factores tan heterogéneos como agentes, fines, medios, interacciones, circunstancias, resultados inesperados, etc.” (Ricoeur, 1998, p. 132). En la novela, encontramos la reconversión del Padre, la vida de una alemana inmigrante, el ejercicio del periodista, el sensacionalismo, la censura, la política y los medios de comunicación como entes reguladores de la sociedad, entre otros. Un compendio de dichos factores que si bien le transmiten al lector sensaciones de miedo, compasión, etc., le dejan percibir la violencia que se derivaba de las imposiciones extranjeras en la década del cuarenta, en Colombia. “La trama es mediadora por un tercer motivo: el de sus caracteres

temporales propios. Por generalización, ellos nos autorizan a llamar a la trama la síntesis de lo heterogéneo” (Ricoeur, 1998, p. 132). El autor colombiano, con el personaje Gabriel Santoro (hijo), narra desde un presente enmarcado en los años noventa, las historias sobre las coacciones y los choques geográficos y culturales en Colombia, durante la década del cuarenta, como impacto de la Segunda Guerra, y aún con la distancia temporal logra una *totalidad significativa*.

El acto de construcción de la trama combina en proporciones variables dos dimensiones temporales: una cronológica, otra no cronológica. La primera constituye la dimensión episódica de la narración: caracteriza la historia como hecha de acontecimientos. La segunda es la dimensión configurante propiamente dicha: por ella, la trama transforma los acontecimientos en historia. Este acto configurante consiste en "tomar juntas" las acciones individuales o lo que hemos llamado los incidentes de la historia; de esta variedad de acontecimientos consigue la unidad de la totalidad temporal. (Ricoeur, 1998, p. 135).

Se ha determinado que la novela *Los informantes* (2013) encuentra su lugar en el plano mimético II y por lo tanto necesita de un complemento para que la narración adquiera sentido, por completo. La actividad mimética III “marca la intersección del mundo del texto y del mundo del oyente o del lector: intersección, pues, del mundo configurado por el poema y del mundo en el que la acción efectiva se despliega y despliega su temporalidad específica” (Ricoeur, 1998, p. 144). Es aquí el momento en el que el público refigura a Mímesis I y II, con el fin de responder al por qué de la existencia de la obra literaria.

El acto de leer le da paso entonces al ejercicio mimético III, sobre el cual recae la responsabilidad de terminar de dotar de sentido a la ficción. Con la fuerte influencia de ese mundo configurado, a partir de la experiencia humana, el lector construirá sus propias conjeturas en este último estadio de actualización del mundo de las acciones.

Los lectores de la novela *Los informantes* encuentran una sucesión de acontecimientos que enmarcan a América Latina, en tiempos de Guerra; y también, como el mismo escritor de la novela señaló recientemente en el conversatorio *Viernes de Letras*, realizado en la Universidad del Valle, el 13 de noviembre de 2015: “La obra permite que se conozca lo que ocurrió entre la gran historia y la vida de los individuos. La historia deja de ser pública y nos toca de manera directa.”

No ignoro lo incongruente que es la expresión "historia no narrada (todavía)". La historia, ¿no es, por definición, algo narrado? Ciertamente, si hablamos de historias efectivas. Pero, ¿es inaceptable la noción de historia potencial? (Ricoeur, 1998, p.144).

El mismo Vásquez (2015) indica que en *Los informantes* son palpables la historia y la política como “fuerzas oscuras” entre las personas. “Las novelas salen de los defectos de la historia”, dijo en el conversatorio. Por tal razón, se pueden apreciar en el autor de una novela, características similares a las de un historiador de lo invisible que cuenta cómo hubieran podido suceder las cosas.

En la última magnitud en la que las acciones se refiguran, la construcción de la trama será entonces definitiva cuando el lector interactúa con la obra. Bajo dicha medida, se puede afirmar que Vásquez distorsiona la historia en un ejercicio también generador de vacíos e incertidumbres que responsabilizan al lector de convertir el texto en una obra y esto, por lo tanto, nos concede la potestad para señalar que *Los informantes* es la novela configuradora de los hechos que sembraron inseguridad y generaron atropellos en la población, cuando las potencias mundiales se “unieron” para darle frente a una de las guerras más atroces y sanguinarias de la historia.

Las experiencias de vida salen a la luz por medio de la obra literaria y su propio sistema de referencias que es capaz de rehacer las acciones humanas con gran sutileza en la presentación

de la información y en el despliegue de asuntos específicos sobre el mundo, como el ejercicio del poder y sus derivadas injusticias sociales:

La referencia metafórica consiste en que la supresión de la referencia descriptiva se revela —que, en una primera aproximación, reenvía el lenguaje a sí mismo— se revela, en una segunda aproximación, como la condición negativa para que sea liberado un poder más radical de referencia a aspectos de nuestro ser-en-el-mundo que no se pueden decir de manera directa. (Ricoeur, 1998, p. 152).

Bajo este criterio, el sufrido personaje Konrad Deresser, caracterizado por Vásquez como un judío alemán que huyéndole a la persecución indiscriminada de Hitler llegó a Colombia en la búsqueda de un futuro menos hostil, y se encuentra con uno peor, puede ser comparado con algunas personas como María de Kohrs, quien entregó, para la investigación *Colombia Nazi (1986)*, datos precisos sobre las adversidades a las que estuvieron expuestos con su esposo Albert Kohrs, cuando fueron detenidos y confinados en Fusagasugá, en 1942 (p. 278).

Igualmente, el documental *Exiliados en exilio (2002)*, dirigido por el videoartista colombiano Rolando Vargas, presenta relatos orales de algunos de los protagonistas, familiares y uno de los policías de guardia del Hotel Sabaneta, en Fusagasugá, que fue adecuado y puesto en funcionamiento como centro de reclusión para alemanes, japoneses e italianos. En el material documental se hace mención a los traslados de los prisioneros y a las rutinas de vida antes de la concentración y durante ella y también se hacen referencias a las leyes y edictos emitidos por el gobierno de Eduardo Santos. A través de los datos suministrados en este documental, es posible hacer un rastreo de algunos asuntos de la política colombiana enmarcada en los años finales de la Segunda Guerra Mundial.¹⁰

El ejercicio configurador es el aspecto en común entre la narración histórica y de ficción, que las relaciona en una actividad de auxilio mutuo. La primera, en la búsqueda de una

¹⁰ Para conocer otro dato histórico se puede consultar a: Biermann, E. (2001). *Distantes y distintos: los alemanes en Colombia 1939 – 1945*. Bogotá, Colombia. Universidad Nacional.

totalidad significativa para los hechos del pasado, hace uso de la facultad mental de la imaginación, que es la principal en el ejercicio del autor de una novela; y éste, toma datos sobre los hechos que efectivamente sucedieron, presentados y abordados por la narración histórica y los convierte en uno de sus pilares fundamentales, con el fin de configurar también los sentimientos y todos los aspectos humanos que, aunque fugaces, son inherentes a las acciones.

4. Estilo y concisión

La novela *Los informantes* (2013) está dividida en cinco capítulos: en el primero, “La vida insuficiente”, un narrador personaje, Gabriel Santoro —el mismo protagonista de la obra—, describe el momento en el que su padre, tres años después de lejanía y silencio mutuo, lo llama para ponerlo al tanto de su problemático estado de salud. El capítulo avanza entre las descripciones del acompañamiento que Santoro (hijo) hace a su padre Gabriel Santoro —Los dos tienen el mismo nombre—, durante los días de convalecencia por cuenta de una operación que lo salvaría de un infarto fulminante. En dicho capítulo se construye la primera imagen del hombre que años atrás había rechazado con sevicia y de manera pública, el reportaje *Una vida en el exilio* que escribió su propio hijo. Razón por la cual, la relación entre padre e hijo se fractura y un manto de dudas cubre la mente del joven reportero. Él, en la narración, se concentra en la presentación de las cualidades orales de Santoro (padre): “El hombre que dictó, durante más de veinte años, el famoso Seminario de Oratoria de la corte Suprema de Justicia” (Vásquez, 2013, p. 23).

A partir de la página veintiocho, el reportero hace memoria del día que le dio inicio a su proyecto de escribir un reportaje con la ayuda de las declaraciones de Sara Guterman, la única amiga de Santoro (padre), sobre su llegada a Colombia. Esta es la primera vez que aparece dentro de la novela una segunda historia; a través de la cual, sólo se hace mención a aspectos anecdóticos, fechas y nombres de hoteles. En algunos apartados, el joven reportero plasma las evocaciones de Sara sobre la creación de listas negras y campos de concentración, en diferentes regiones de Colombia: “Éramos tan inocentes, nos creíamos a salvo. Todo el mundo te lo puede confirmar. Todo el mundo lo recuerda muy bien: era muy difícil ser alemán en esa época” (Vásquez, 2013, p. 45).

Mientras se adelanta la lectura del primer capítulo del reportaje *Una vida en el exilio*, incluido entre las páginas 37 y 46 de la novela; en la otra historia, transcurre el tiempo de la cirugía de Santoro (padre). En el reencauce, el narrador vuelve a la situación de salud de su padre, quien termina por salir ileso de la cirugía de corazón abierto.

Como ya se mencionó, en este primer capítulo sobresale que los personajes tienen el mismo nombre: Gabriel Santoro. Pareciera que la única similitud es su nombre, ya que la relación familiar es nula y se reencuentran debido a la proximidad de la muerte; sin embargo, a medida que avanza la obra, nos damos cuenta de que Gabriel Santoro (hijo) ha realizado un ejercicio de limpieza del honor de su padre, que por consiguiente es su propia limpieza. Este ejercicio de nombrar los personajes de la misma manera, evidencia la premeditación con la cual Vásquez construyó las intrigas de su novela. El doble siempre ha sido una característica de las obras literarias de intriga. Hay un reconocimiento a algunos de los escritores que más lo han influenciado como Joseph Conrad y Jorge Luis Borges.

El segundo capítulo, “La segunda vida”, inicia con las meditaciones de Santoro (hijo) en torno a la posición que le corresponde en ese momento, cuando vela por la salud del padre, el autor de la novela apela a los sentimientos del lector y le asigna al narrador un tono de voz

dramático: “Porque mi padre no podía dar dos pasos sin asfixiarse, sin sentir que el corazón se le iba a estallar, y lo decía, pero decirlo también lo asfixiaba, y la paranoia empezaba de nuevo” (Vásquez, 2013, p. 57).

Dichas reflexiones conllevan a que el reportero ahonde sobre la cercanía entre su progenitor y Sara Guterman; y a que se entienda que Ella, aunque no hubiese ofrecido información detallada de las personas que se vincularon con los atropellos a los inmigrantes europeos, fue la puerta que se abrió hacia la búsqueda de la naturaleza y de la razón de ser del enfado del padre del reportero: una actitud inesperada que convocará, al más joven de los Santoro, a la desocultación de una verdad. Es a través de la información consignada en el segundo capítulo que se puede pensar que el encubrimiento de Sara a Santoro (padre) responde a una historia de vida y a una amistad, por lo tanto no se puede interpretar como mal intencionada.

En algún momento me pregunté si para él no sería demasiado el contraste, brusco pero ineluctable, entre la energía boyante de esta mujer y su propio, grosero deterioro; pero pronto fue evidente entre ellos una especie de complicidad, una corriente de connivencia que allí, en el teatro de cariños y solidaridades y afectos que es una convalecencia cualquiera, parecía hacerse más intensa. (Vásquez, 2013, p. 58).

En este capítulo aparece por primera vez, Angelina; el personaje que, más adelante, se convertirá en uno de los testimonios claves para confirmar las verdades que ponen en tela de juicio, la reputación de Santoro (padre):

A media mañana venía una terapeuta que lo hacía sentarse en la cama, frente a ella, e imitar sus movimientos, al principio como si jugaran al juego del espejo... Poco a poco fui sabiendo que se llamaba Angelina, que era de Medellín pero había llegado a Bogotá después de terminar la carrera, y que no tenía menos de cuarenta ni más de cuarenta y nueve. (Vásquez, 2013, p. 63).

El narrador hace una enumeración de las actividades rutinarias de su Padre, en el proceso de recuperación de la cirugía, para dar cuenta de que son él, Sara Guterman y Angelina, las únicas personas que lo rodean en tal situación. Este se convierte en el espacio en el que se configura la segunda imagen de Gabriel Santoro (padre), pues es la única vez que le pide a su hijo que olvide los fuertes juicios de valor que le hizo a la publicación de su reportaje, años atrás. El impecable maestro de oratoria, es luego de la cirugía, un renovado hombre que cree en una segunda oportunidad de vida, para resarcir los errores cometidos en el pasado: “No soy bueno para pedir estas cosas, pero así es, quiero que borres mis comentarios, porque esto que me acaba de pasar es especial, un segundo turno, Gabriel” (Vásquez, 2013, p. 64).

A la usanza de las muñecas rusas, nuevamente Vásquez utiliza el recurso de incluir una nueva historia dentro de la general. En la página 66, con la frase “Los errores y sus correcciones sucedieron así”, Vásquez remonta en la historia posquirúrgica de su padre, los detalles de todo lo que transcurrió en el año 1998, en torno al libro *Una vida en el exilio*. Dicha información da un registro puntual de las críticas de Santoro (padre) a su propio hijo, en espacios públicos, académicos y a través de los medios de comunicación:

Yo no puedo evitar que otros hablen si lo creen útil o necesario. Por eso no hablaré contra los parásitos, esas criaturas que aprovechan para sus propios fines la experiencia de quienes hemos preferido no hablar. No hablaré de esos escritores de segunda, muchos de los cuales ni siquiera habían nacido cuando terminó la guerra, que ahora andan por ahí hablando de la guerra, y de la gente que sufrió durante la guerra. Ignoran el valor de quienes no han querido hablar: no lo aprenderán de mí. (Vásquez, 2013, p. 67).

Este tipo de comentarios y una reseña que aparece en un medio impreso, generan en la mente del joven reportero una serie de cuestionamientos que son los que lo impulsarán a realizar un ejercicio profundo de investigación; un ejercicio que le permitirá contrastar

versiones y finalmente encontrar a su padre culpable de la decadencia económica de familias de inmigrantes, cuando finalizaba la Segunda Guerra Mundial.

La novela de Juan Gabriel Vásquez invita al lector a revisar la historia porque es ahí donde se encuentran datos que permiten cuestionar la veracidad de los hechos y la abierta imposición de políticas por parte de Estados Unidos. Un ejemplo de ello son las disposiciones de algunos de los decretos de la ley 111 de 1922:

Artículo 1. 1o.:

Con el fin de propender al desarrollo económico e intelectual del país y al mejoramiento de sus condiciones étnicas, [!] tanto físicas como morales, el Poder Ejecutivo fomentará la inmigración de individuos y de familias que por condiciones personales y raciales no puedan o no deban ser motivo de precauciones respecto del orden social o del fin que acaba de indicarse, y que vengan con el objeto de labrar la tierra, establecer nuevas industrias o mejorar las existentes, introducir, enseñar las ciencias y las artes, y en general que sean elementos de civilización y de progreso. "De manera que para la ley colombiana sí ha sido motivo de precaución y de restricción el elemento étnico y racial del extranjero... [!] Dentro de estas orientaciones, el Gobierno Nacional ha venido restringiendo la inmigración con medidas ejecutivas a partir del año de 1932 [?], según lo demuestra la estadística. El sistema de cupos numéricos para cada nacionalidad fue sustituido por el sistema de cuotas de dinero. Este último sistema habría operado normalmente si los depósitos de inmigración se hubiesen mantenido con severidad, y si, por otra parte, la política de algunos Gobiernos europeos no hubiese determinado el éxodo del elemento judío, desordenado y en masas, hacia los países de las Américas. (Como se citó en Bierman, 2005, p. 112).

Todo esto responde a un proceso de fortalecimiento de políticas internacionales que se evidenció hasta en asuntos ideológicos como lo revela el eslogan “Colombia es neutral pero no indiferente”, del ex presidente Eduardo Santos (1938 - 1942), cuando definió la actitud de Colombia frente a la Guerra.

La historia vuelve a encausarse en las descripciones de la rutina que habían adquirido Sara Guterman, el joven reportero y Gabriel Santoro (padre) luego de su cirugía. A partir de la página ochenta y cinco, nos encontramos con un Padre ya recuperado que se siente “nuevo” y que ve ese impase de salud como la excusa para reunirse constantemente con su hijo y su mejor amiga. El espacio más importante de encuentro, en estas líneas, es el apartamento de Sara. Los domingos se reúnen para almorzar y compartir, desde alimentos hasta las entrevistas que Santoro (hijo) le había realizado a Ella, años atrás, con el fin de escribir *Una vida en el exilio*. En este espacio Santoro (hijo) supo que su padre sabía el idioma alemán y que sostenía, hacía un par de meses, una relación con Angelina. Sobre Ella, Santoro (padre) explica que vivió una situación dolorosa puesto que perdió, en el bombardeo al almacén Los tres elefantes, a sus padres que habían ido de Medellín a Bogotá, a visitarla. El escritor de la novela alude a dicho episodio con el fin de ilustrar al lector sobre algunos ciclos de violencia del país.

Hace poco pasamos por ahí en un taxi. No me acuerdo adónde íbamos, pero cuando llegamos Angelina tenía las manos dormidas, la boca reseca. Y esa tarde le dio un poco de fiebre. Todavía le da tan duro. El hermano vive en la costa, no se hablan. (Vásquez, 2011, p. 97).

A partir de la página cien, se percibe nuevamente un tono melancólico en la narración, durante las evocaciones de Santoro (hijo). En el ejercicio de hacer memoria de la vida de su padre, el protagonista de la novela describe el momento crucial de la muerte del reconocido

orador y marca en la novela el momento en el que se inicia la configuración de su nueva imagen.

Por tercera vez, conoceremos una cara distinta de Gabriel Santoro (padre) que se vincula con las características de un espía o un traidor. Su muerte marca en la novela, la posibilidad de resolver muchas dudas. La imagen de su hijo se transforma en la de un minucioso investigador que va en busca de una historia sugerida, por unos dos o tres indicios; y Sara Guterman, ya no tiene ningún mandato moral para guardar secretos. Ahora su responsabilidad está en develar los hechos que conoce.

El personaje de Angelina aparece en la obra como una forma de recrear otros ciclos de violencia en el país. El escritor decide construir a una mujer de condición humilde, que sortea una cantidad de dificultades debido a los hechos violentos que atacan a la sociedad colombiana durante la década del ochenta. Su narración y vinculación con Santoro padre le da al investigador —y también al lector— ciertos rasgos “personales” de aquel “genio del mal” que fue Santoro.

El anuncio de Angelina de revelar a través de una revista que el distinguido orador Gabriel Santoro (padre) era un impostor y no un hombre honesto como se le había honrado el día de su funeral, le da luz al tercer capítulo, “La vida según Sara Guterman”, donde encontramos la reconversión de Sara; el autor de la novela le da la potestad a dicho personaje, de suministrar información detallada sobre las acciones de Santoro (padre) para que, en la búsqueda de la verdad de los hechos, puedan ser contrastadas las versiones de Angelina y Enrique Deresser.

Cuando fue obvio que él iba a olvidarlo todo, que su intención era borrar su parte de la película contra viento y marea, pensé que yo era su memoria, se me ocurrió esa vaina tan estúpida de ser la memoria de alguien más, y se me quedó metida en la cabeza

(...) Soy todavía esa cosa tan terrible: una memoria que tiene prohibido decir que se acuerda. (Vásquez, 2013, p. 126).

Sara comienza por ahondar sobre situaciones de la infancia y juventud de Santoro (padre), a través de las cuáles se va formulando su personalidad, esto hace ver al personaje más humano y pone al lector de su parte puesto que es normal que se juzgue de manera positiva las vicisitudes de los personajes. Sara Guterman lo que hace es reflejar el comportamiento y la forma de actuar de Santoro, en un pasado lleno de dificultades.

En este capítulo son contadas las nuevas versiones sobre asuntos de Santoro (padre) y nuevos datos del pasado de los alemanes inmigrantes en la década del cuarenta. Sara Guterman le ayuda al joven periodista a ordenar la información que ha recolectado, para que se realice un ejercicio de contraste con los nuevos datos, que va a permitir que se reconstruya la historia, de manera integral.

Aparece Josefina, el personaje que, según Sara Guterman, les contó los detalles de la suerte de Konrad Deresser desde que el presidente Eduardo Santos rompió todo tipo de relación con los países del Eje. Esta mezcla de ficción y datos históricos es la táctica de Vásquez para ilustrar al lector sobre lo que sucedió en el pasado de Colombia, en un momento político específico; pero esta vez, se sitúa en otro punto de la enunciación que es Josefina; el novelista colombiano guía al lector por el camino del periodista Gabriel Santoro y le delega las mismas tareas que, según Walter Benjamín, tiene el materialista histórico: “la de cepillar la historia a contrapelo” (2011, p. 23).

En esta parte de la novela se conoce de manera detallada sobre la agónica muerte de Konrad Deresser; que hasta ese día Santoro (padre) tuvo sus extremidades superiores completas y sobre la indiferencia de Enrique Deresser con el drama familiar.

Era el dueño de la ferretería de abajo. Venía repitiendo como una lora lo que le acababan de decir: habían visto a Deresser tirado en la Jiménez, a tres cuerdas de allí, nadando en su propio vómito.

Yo pregunté: “Y qué dice Enrique”. Y ella me dijo: “Enrique no quiere tener nada que ver en este asunto. Dice que eso nos pasa por meternos con nazis”.

Porque me di cuenta de que Gabriel sabía quién se lo había hecho y además sabía por qué razón... “Los mandó Enrique”, dijo. “Los mandó mi amigo. Pero no te preocupes, me lo merezco”. (Vásquez, 2013, pp. 141, 149, 193).

Es en este capítulo, en el que Sara Guterman es el personaje que se convierte en el portavoz de un pasado que está oculto. Ella como Josefina son los canales por donde circula ese pasado que está reconstruyendo el joven reportero, no sólo para redimir a su padre, como se ha analizado en un capítulo anterior; sino porque el joven le apuesta a construir la historia tal cual aconteció, agregarle la información que le hacía falta, según su propio padre, al reportaje *Una vida en el exilio*.

El cuarto capítulo, “La vida heredada”, se inicia con las meditaciones de Santoro (hijo), después de haber recolectado la nueva información; de conocer la otra cara de su Padre, la que compromete su reputación en la historia política de Colombia. Lo anterior, como recurso estilístico de la novela en su intención de ubicar al lector frente a otra posibilidad de interpretación de lo acontecido en décadas anteriores. La posibilidad de indagar un poco más sobre quiénes obedecieron desde Colombia las órdenes del presidente Roosevelt y terminaron por vender a los ciudadanos alemanes: “La vida que he recibido como herencia —esta vida en la que ya no soy el hijo de un orador admirable... sino de la criatura más despreciable” (Vásquez, 2013, p. 197).

Las evocaciones de Gabriel Santoro (hijo) dejan entrever nuevamente un tono de voz melodramático, una característica de la narración que se convierte en una constante. Cuando

Vásquez apela a la confrontación de la figura de autoridad, en este caso la del padre, lo hace con el objetivo de abrirle el camino al investigador. Sólo es “matando al padre” que el hijo puede liberarse de su carga moral e iniciar su propio camino. Sin embargo, la estrategia de plantear la narración desde un tono nostálgico, también es eficaz cuando se trata de atrapar al público.

En este capítulo, Vásquez complementa la narración con alusiones a cuentos de Borges como sucede con *La otra muerte* (1949), para comparar al personaje Pedro Damian, con el personaje Gabriel Santoro (padre), en el asunto específico de la imagen que se funda después de la muerte de cada uno: “En la *Suma teológica* se niega que Dios pueda hacer que lo pasado no haya sido”. (Borges citado en Vásquez, 2013, p. 198).

Es notable que en la novela hay una reiteración sobre las diferentes versiones que puede encontrar el investigador de los hechos. Lo encontramos cuando Sara Guterman le cuenta al reportero que a su regreso a Alemania, treinta años después, se encontró con datos de su mejor amiga, completamente diferentes a los que ella conservaba de esa época: “Yo tenía un recuerdo tan bello de Bárbara, y en ese momento no supe qué pensar” (Vásquez, 2013, p. 201).

Aún con el paso del tiempo es posible encontrar datos capaces de confrontar ideas construidas a partir de nuestras propias experiencias; una sola persona puede llegar a derrumbar imágenes intactas en la memoria; por tal razón, es importante diversificar las fuentes para la construcción objetiva de una historia personal.

En el cuarto capítulo también encontramos específicamente una representación de los medios de comunicación locales y su esencia amarillista, una crítica que el mismo narrador realiza durante la descripción del medio “intenso y nocturno”, a través del cual, Angelina acusaría públicamente a Gabriel Santoro (padre) de haber sido un hombre deshonesto. Las características de dicho medio apelan a una imagen sensacionalista que, esta vez, se

aprovechaba porque el reconocido orador era un personaje de la vida pública nacional, lo cual le ayuda a subir el rating. Es importante resaltar que este tipo de periodismo no es el que está enfocado en la búsqueda de una verdad y, por lo tanto, no le atina a la construcción justa de la historia de vida.

El cuarto capítulo de la novela va desde la página doscientos diez hasta la doscientos veinticuatro, el resumen de las declaraciones de Angelina. Estas le permitieron al reportero recepcionar más información sobre el sorpresivo viaje de su Padre y el accidente que le provocó la muerte instantáneamente, cuando estaba de regreso a Bogotá; dicho evento puede percibirse como la estrategia del autor de la novela para introducir al lector en la historia de la vinculación de Colombia con la Segunda Guerra Mundial.

Gabriel le contó todo, le habló de todo lo ocurrido más de cuarenta años antes, de lo que había hecho, de la culpa por haberlo hecho, de la obsesión por ser perdonado; y así, con naturalidad de político... le dijo que su amigo Enrique vivía en Medellín, llevaba más de veinte años allí, y él, por cobardía, nunca se había decidido a hacer esto que ahora estaba haciendo: contemplar la posibilidad de cruzar cuarenta años de un salto y hablar con el hombre cuya vida había arruinado. (Vásquez, 2013, p. 214).

Esta información es contada por el propio periodista, luego de resumir e interpretar los datos entregados por Angelina, al medio de comunicación que le pagó por ellos. Dicha *eisegesis* en un primer momento genera dudas por el sólo hecho de que en ella influye el sentimiento de rechazo y la crítica a lo que los medios locales le estaban provocando a la imagen de su padre, que implicó hasta el retiro de su nombre del listado de ex alumnos ilustres y del Doctorado Honoris Causa, por parte de la Universidad del Rosario.

En la siguiente parte del capítulo, se narran las acciones más importantes del personaje central; una de ellas tiene que ver con el regreso del periodista al apartamento de su padre, deshabitado desde el día de su muerte, para buscar el teléfono de Angelina; Santoro (hijo)

encuentra su reportaje *Una vida en el exilio* en la biblioteca de su padre y en el apéndice le agrega unos párrafos que indican que era su progenitor quien daba fe de que la familia Deresser simpatizaba con el partido Nazi del momento. Esta es la situación que permite vislumbrar, en un primer momento, la “redención” del padre a través de su propio hijo, puesto que sus malos actos en el pasado, son consignados e integrados por el periodista, en una perspectiva más amplia de los acontecimientos.

Sobre las páginas en blanco que parecían dispuestas para esos fines entre el pie de imprenta y las guardas. Escribí: *Military Intelligence Division, War Department General Staff, Military Attaché Report*. Y luego:

Entrevistado en el café El Automático, el testigo Gabriel Santoro manifestó que Konrad Deresser, propietario de Cristales Deresser, tiene relaciones de extrema confianza con simpatizantes del Partido Nazi colombiano (Con sede en Barranquilla y elementos infiltrados en todo el territorio)...

Devolví a su lugar y descubrí que el universo no se había transformado al adulterarse el contenido de esas páginas. (Vásquez, 2013, pp 238 – 240).

Después Santoro (hijo) se comunica con Angelina y logra presentarle varias dudas y hasta confrontarlas. Aquí encontramos la imagen del limpio ejercicio de un reportero que en el camino de la desocultación asigna un tiempo debido para verificar las fuentes de información. Su diálogo telefónico con la masajista tiene como eje central las intimidades de Ella con Gabriel Santoro (padre); un espacio de confianza que logra el joven reportero para confirmar que sus disquisiciones constantes en torno a las declaraciones de Angelina, van por el camino del descubrimiento de la verdad de las actuaciones reales de su propio Padre; y sobre todo, en su trasfondo político, la realidad de la posición de Colombia frente a los asuntos de la Segunda Guerra Mundial que determinaron las relaciones con los inmigrantes, en la década del cuarenta.

De la página doscientos ochenta y uno a la trescientos sesenta, encontramos el capítulo V “Posdata de 1955”. El narrador de la novela indica que esta parte está por fuera de libro *Los informantes*: “Un año después de terminado publiqué el libro que usted, lector, acaba de leer” (Vásquez, 2013, p. 281). La muerte de Sara es la situación que le permite al joven reportero seguir verificando datos; en el sepelio, Hans y Lilly Ungar, los dueños de la Librería Central y viejos amigos de Sara, le extienden una cita al joven reportero con el fin de entregarle una carta que le envió Enrique Deresser pidiéndole una cita, luego de haber leído su primera publicación.

De los Deresser se sabe lo que Sara Guterman le contó al joven reportero y lo que Angelina le contó a todo el país; de su propia experiencia no se sabe mucho, la etapa final de la investigación de Santoro (hijo) consiste precisamente en el encuentro con Enrique Deresser, el hombre que, a diferencia de él, se negaba a heredar la vida de su padre: la desgracia que significaba en los años cuarenta el hecho de ser alemán.

En esta parte de la novela, Vásquez presenta la nueva familia Deresser. Sergio, quien le abre la puerta, es el hijo adoptivo de Enrique; un hombre joven y de facciones parcas que lo recibió con comentarios irreverentes. Así como Enrique Deresser le había tirado en la cara el almuerzo a la familia Bethke, años atrás, rechazando su ideología Nazi; Sergio, con total desenfado, le protestó a Santoro (hijo) por las imprecisiones de su libro *Una vida en el exilio* y le reprochó los errores de su padre:

Bueno, por lo menos ya sabe usted con quién está tratando. Yo no soy ningún guevón, yo voy de frente, yo respondo. Así es el asunto, ¿sí me entiende?, la cosa es conmigo también, no sólo con mi papá. Él le pidió que viniera, pero no es para que se ponga a escribir mentiras otra vez. (Vásquez, 2013, p. 310).

El novelista presenta, de manera minuciosa, los rasgos que caracterizan la personalidad de Sergio, el hijo que adoptan Enrique Deresser y su esposa Rebeca, para representar la existencia de líneas paralelas en las herencias culturales y psicológicas.

El joven periodista preserva la calma ante los insultos de Sergio puesto que reflexiona en torno a los hechos en los que participó su padre y llega a la conclusión que los mismos “estaban presentes” y que esa era la razón de dicho discurso, brusco e intratable: “Los hechos de nuestros padres nos acompañan” (Vásquez, 2013, p. 311).

Después del cruce de palabras entre Sergio y Santoro, llegan Enrique y su esposa y se entabla la conversación en la que el hijo de Konrad le confirma al joven reportero que sí se encontró con su padre, pocas horas antes del accidente mortal. Es en esta parte de la novela que se completan las versiones en torno a la traición de Santoro (padre); quien, según Enrique, le había confirmado sus actos a su propia esposa, el día que le propuso matrimonio. Este dato coincide con los de Sara, la que rectifica que el respetado orador sí tuvo que ver con la suerte de la familia Deresser.

“La confesión es un gran invento”, le dijo Santoro (padre) a Enrique Deresser en el encuentro final; y se puede intuir que el autor de la novela presenta estas puntadas para que el lector reconozca la intencionalidad del renovado orador que, según el libro *Los informantes*, buscaba el perdón.

Más adelante, en la página trescientos veinticuatro, salen de la conversación diplomática para ingresar a cuestiones más espinosas: Santoro (padre) acude al “gran invento”, se confiesa y, como quien busca igualar el tablero de faltas, de manera inmediata le pide a Enrique que le diga la verdad sobre su responsabilidad en el atentado con machetes, que lo dejó sin su mano derecha. Esta es la clave que quizás detectó Enrique, para determinar en ese momento que la motivación real de Santoro (padre) no tenía nada que ver con la búsqueda del

perdón; sino por el contrario, la de igualar las culpas con el fin de equiparar las dimensiones de los actos acaecidos en la década del cuarenta, cuando se conocieron:

Entonces me pareció que Gabriel había venido para sacarme todas esas cosas que hasta pecado deben ser. Estaba ahí, sentado frente a mí con una cerveza. Me desagradó, me hizo sentir como amenazado esa visita, o como sea que se llame un encuentro como ése, pensando: ha venido a buscar algo. (Vásquez, 2013, p. 325).

Entre diversas conjeturas, Enrique Deresser le describió al periodista, a diferencia de lo que Santoro (padre) le contó a Angelina, antes de que la dejara abandonada en Medellín, que no soportó la presencia de su padre y no le permitió que ingresara a la casa en la que vivía con Rebeca y Sergio: “Te lo voy a resumir: no vuelvas, no me llames, y por favor, por favor, *por favor*, hagamos como si no hubieras venido. Ya es tarde para estos remiendos” (Vásquez, 2013, p. 328).

Es necesario someter a la duda toda información emitida por las personas, si se tiene en cuenta que el lenguaje humano es capaz de ocultar la verdad, como lo plantea Gadamer (1998, p. 194). Sin embargo, en la parte final de la novela, la duda se disipa en la medida en que los personajes confirman las hipótesis, en tanto que coinciden con los datos que ha obtenido el periodista desde el inicio de su investigación. Por ejemplo, la tolerancia de Sara y la rectitud de sus actos, información sugerida por Santoro (hijo), es corroborada por Enrique Deresser:

Una vez, en el hotel de su familia, nos peleamos por algo, un comentario mío, y a ella le salió una cara que yo nunca había visto. Era una mezcla de indignación y cansancio, con un poquito de esa personalidad que huía de los enfrentamientos... Así la he imaginado estos últimos años, con esa cara. Indignada. Cansada. Pero siempre de acuerdo contigo. Así eran los alemanes de esa época. (Vásquez, 2011, p. 319).

La información suministrada por Sara Guterman también es confirmada en la recta final de la novela: Ella le hablaba al joven reportero sobre las cartas que escribía Margarita solicitándole al gobierno que retirara el nombre de su esposo de las listas de alemanes en tierra colombiana. Enrique Deresser no sólo tenía esas sino las de su padre, contando sobre la rutina y las restricciones a las que era sometido en el hotel Nueva Europa: “¿Qué creías, que Sara era la única maniática? No, Sara es una aficionada a mi lado. Yo sí me he tomado este asunto en serio” (Vásquez, 2013, p. 336).

Gabriel Santoro (hijo) revisó el material probatorio para dar por finalizado el examen de las fuentes. Se puede destacar que la finalidad del autor Juan Gabriel Vásquez, consiste en llevarnos hasta el final de la novela para presentar las últimas indicaciones que ayudan a cerrar la historia; revelando de esta manera que hay una estructura narrativa pensada por parte del novelista, a la usanza de las historias de misterio:

Las cartas habían sido el mejor testimonio de esos días ordinarios, insoportablemente ordinarios, que un ciudadano ordinario había pasado en un tiempo y en un lugar extraordinarios; las cartas habían sido, por eso mismo, el mejor testimonio del error cometido por mi padre. (Vásquez, 2013, p. 348).

Enrique le endilga al joven reportero la responsabilidad de desenmarañar por completo la traición de su Santoro (padre); de descubrir el momento específico en el que él le concede información puntual a quienes rechazaban, desde el poder, la presencia de alemanes en Colombia. Vásquez refuerza hasta el último momento la imagen del buen investigador; que no debe rendirse hasta que no se conozca plenamente la verdad que reposa detrás de los hechos. La sugerencia del autor de la novela es un remarcado acento sobre la imparcialidad por la que debe velar quien se inicia en el camino de la desocultación.

Nadie tiene tanta información como tú. Sara fue la última, pero ya ella no puede ayudarme. Usa la información, Gabriel, hazme ese favor. En diez años, si sigo vivo,

pásate por aquí, y discutimos nuestros puntos de vista. Me dices como es tu escena...

Yo tengo mis propias hipótesis. No te las voy a decir, para no influenciarte. (Vásquez, 2013, p. 354).

La novela finaliza con el recorrido de Santoro (hijo) y Enrique Deresser por el borde de la carretera por el que, un año atrás, se había deslizado Santoro (padre); dentro de la historia, dicha acción se percibe como un ejercicio de catarsis, un intento de purificación de la mente, del que se vale Vásquez para poner a elucubrar, una vez más, a su personaje central; y con ello, dejar abierto el final de la obra con el fin de que el lector realice sus propias interpretaciones en cuanto al desenlace de la vida de cada uno de los personajes y en cuanto al trasfondo histórico y político de la novela:

Aquí era el lugar por donde el carro de mi padre se había desbarrancado. Este paisaje era lo último que había visto en su vida, con la posible excepción de unas luces que se le echan encima o la carrocería de una flota que lo saca de la carretera. (Vásquez, 2013, p. 356).

El narrador se adentra en el pensamiento de Enrique, aun cuando se salva de realizar una afirmación categórica y lo hace mediante un truco que es poner el verbo “debería” al principio de la enumeración del momento que considera como el “juicio final del padre muerto”: “Enrique Deresser, y su alegato debería probar que la carretera era peligrosa, que la noche había sido oscura, que la curva era cerrada y la visibilidad casi nula” (Vásquez, 2013, p. 360).

Para concluir, es importante resaltar que, en la novela *Los informantes* (2013), se da una constante reiteración de tópicos como el que hace referencia a las líneas genealógicas. Los hijos son fieles reflejos de los padres; aun cuando Enrique y Rebeca no son los padres biológicos de Sergio. Finalmente los lazos de consanguinidad no marcan las experiencias vitales y, por lo tanto, no pueden determinar las variables en la personalidad. También es

reiterativo el tópico que se relaciona con la búsqueda de la redención; en la obra, dicho proceso se desarrolla bajo el objetivo de modificar la percepción particular de ciertos personajes frente a los acontecimientos de su pasado.

5. Conclusiones

Juan Gabriel Vásquez es actualmente uno de los más relevantes escritores de la literatura colombiana, capaz de estar a la par de otros excelentes escritores latinoamericanos, puesto que le apunta a reevaluar el papel de la literatura como espacio para el encuentro asertivo con la verdad; sin que por ello el esfuerzo intelectual sea menor o el rigor que exige la construcción estética de los enunciados desmerite el trabajo de *desocultación* que rige la vigorosa lectura histórica de la obra de arte.

Después de un detallado seguimiento al comportamiento de Gabriel Santoro (hijo), el personaje principal de la novela *Los informantes* (2013), se concluye que dicho personaje presenta una evolución en su accionar como reportero, en tanto que evidencia las características de un periodista literario, presentadas por autores norteamericanos como Tom Wolfe y Norman Sims. En el marco de la novela, el personaje escribe dos libros que comprenden la misma historia, siendo el segundo una versión más acorde con los planteamientos estéticos e investigativos de la propuesta del “Nuevo periodismo” norteamericano.

En la novela *Los informantes* se da una constante reiteración de tópicos como el que hace referencia a las líneas genealógicas. Si bien los lazos de consanguinidad no marcan las

experiencias vitales y, por lo tanto, no pueden determinar las variables en la personalidad, es claro que las figuras duales de la novela —hijos y padres enfrentados, algunos con el mismo nombre— se presentan bajo la búsqueda de la redención; etendida como el proceso que desarrolla la percepción particular de ciertos personajes frente a los acontecimientos de su pasado.

De los personajes cabe señalar que es Sara Guterman quién tiene por función revelar las verdades, que en un principio fueron omitidas en el testimonio que constituyó el reportaje —*Una vida en el exilio*— y este *leitmotiv* permitió el desarrollo del personaje principal Santoro como un reportero que va más allá de lo evidente y se transforma en investigador.

Si bien es cierto que, dentro de la novela, Santoro (hijo) inicia la revisión del primer libro debido a un interés personal; en el desarrollo de la misma, esta subjetividad tiende a ponerse a un lado para exigirle un procedimiento de inmersión, a través del cual el reportero terminará por develar una serie de verdades que permanecieron ocultas durante años, debido a la manipulación de la información mediante el lenguaje.

La reconstrucción de los acontecimientos, que tiene como objetivo acercar a las personas a las entrañas de la realidad y la verdad, es un ejercicio que realiza el escritor Juan Gabriel Vásquez, puesto que *Los informantes* (2013) es una aproximación tanto a la sucesión de acontecimientos que enmarcan a Colombia cuando iniciaba la década del cuarenta, como a los actores y sus experiencias privadas durante este periodo.

Bajo la mirada reflexiva propuesta ante el concepto de Verdad (como un valor determinante en todo ejercicio democrático, ético y literario), fue claro que la configuración de una imagen diferente del periodista y el periodismo, debe cambiarse con la intención de lograr las metas que la veracidad requiere, sobretodo en un contexto socio histórico tan complejo como el colombiano.

El más amplio de los objetivos de una obra con remanentes históricos es la de acercarse de una manera veraz y original a los hechos que la historia tradicional también ha representado, y este punto se logra en la medida que *Los informantes*, invita al *redescubrimiento* y *reconstrucción* hermenéutica de la verdad, desde la concepción propia que trae el periodismo literario.

Por otra parte, se concluye que el escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez, utiliza un periodista como personaje central de su novela, con la intención de demostrar la importancia del trabajo investigativo en el proceso de recolección de la información que será usada en la producción del texto literario. Los dos reportajes que escribe Santoro (hijo) poseen apartados en forma de diálogos, que contienen sentimientos y opiniones de su autor; siempre congruentes con los datos y las fechas de los acontecimientos que efectivamente tuvieron lugar en el pasado. Es decir, el recurso literario no desvía la verdad de los hechos.

En su obra *El arte de la distorsión*, Vásquez asevera que todo relato tiene un componente subjetivo que lo convierte en ficción, por lo que la literatura tiene una “libertad inédita”, un reto inmenso y una potencialidad única “de distorsionar la historia”. Desde allí se asegura que “leer según las claves de la distorsión histórica le devuelve su fertilidad, y nos abre nuevos caminos en la lectura de los novelistas contemporáneos” (Vásquez, 2004, p. 41).

La investigación de los periodistas colombianos Silvia Galvis y Alberto Donadio contiene datos que denuncian el impacto directo en la población colombiana, de las directrices de Estados Unidos para luchar contra las disposiciones de Hittler que desembocaron en lo que hoy conocemos como la Segunda Guerra Mundial.

El lenguaje puede ser utilizado como herramienta esencial para ocultar algunos acontecimientos de la historia. Por ejemplo, desviar la opinión pública y censurar datos son acciones que pueden ser realizadas desde los medios de comunicación, si se tiene en cuenta

que el procesamiento de información y la emisión del mensaje, en forma de discurso o de texto, son posibles gracias a los sistemas de signos que utiliza el ser humano constantemente. Sin embargo, en diversos momentos de reconfiguración, el lenguaje es el instrumento de la desocultación de la verdad.

6. Anexos

6.1. Anexo 1

El centro del presente análisis es una de las Instituciones más importantes, en el mundo, del ejercicio periodístico: La asamblea parlamentaria del Consejo de Europa. Ellos adoptaron un grupo de normas o principios para el periodista, son la brújula con la que el comunicador debe guiar sus palabras hacia una postura que sea capaz de responder a una ética general.¹¹

En los 28 puntos que conforman los principios que deben tener en cuenta los periodistas del viejo mundo, sobresalen aquellos en los que el ejercicio de la ciudadanía y el compromiso con “la evolución de la sociedad y de la vida democrática” (Artículo 1), son la base; teniendo en cuenta que “El ejercicio del periodismo comporta derechos y deberes, libertades y responsabilidades” (Artículo 2).

El artículo 3 determina las diferencias entre noticia y opinión con el fin de evitar cualquier tipo de confusión. De allí que se conceptualicen ambos términos: “Las noticias son informaciones, hechos y datos y las opiniones expresan pensamientos, ideas, creencias o juicios de valor por parte de los medios de comunicación, editores o periodistas”.

¹¹ Para revisar las discusiones sobre el término ética y sus desarrollos con el discurso véase a Marina: 1995.

Siguiendo los valores anteriores vemos que en el punto cuatro, se presenta la Veracidad como un valor propio de la noticia, la cual debe contar con “las verificaciones de rigor, y deben exponerse, describirse y presentarse con imparcialidad”.

En los artículo cinco y seis se presentan las características de la expresión de opiniones, las cuales van desde las reflexiones y los comentarios “sobre ideas generales, o referirse a comentarios sobre noticias relacionadas con acontecimientos concretos”; estos comentarios, cuando traten sobre personas o instituciones, “no deben intentar negar u ocultar la realidad de los hechos o de los datos”.

Seguidamente, en los puntos 7, 8 y 9 se nos habla de la libertad de información y los medios de comunicación como derecho ciudadano. De esta manera, los gobiernos de turno no son propietarios de la información –aún cuando son fuente-. Ellos deben “garantizar y desarrollar el pluralismo de los medios de comunicación, y asegurar que se creen las condiciones necesarias para el ejercicio de la libertad de expresión y el derecho a la información, excluyendo la censura previa”.

En esta misma lógica encontramos los puntos 10, 11, 12, 13, 14 y 15, en los que aparecen los medios de comunicación como empresas dónde existen jerarquías. Sin embargo, estas no pueden estar ocultas a los ciudadanos en la conformación de sus directivas y de sus posiciones ideológicas. Quienes ocupan dichos lugares, no deben inmiscuirse en la determinación de la veracidad y la verdad de la información. Por ende es determinante “reforzar las garantías de libertad de expresión de los periodistas y con ello señalar que el ejercicio no puede ser constreñido ni por los editores, ni los propietarios puesto que ellos no son los dueños de la información.

En el artículo 16 se señala que el destinatario de la información debe ser considerado un sujeto con derechos y no simplemente parte de una masa informe; en los artículos 17 y 18 nos hablan de las nuevas tecnologías (la radio, la televisión y la Internet) y su aporte al desarrollo colectivo. Los tres puntos anteriores hacen referencia a las dinámicas actuales de la sociedad.

Sin embargo, los puntos 19 y 20 realizan un ejercicio de pensarse sobre la representación, al considerar que los medios de comunicación no son la opinión pública, ni sustituyen las funciones de las instituciones de formación educativa y cultural. Lo anterior, supondría “convertir a los medios de comunicación y al periodismo en poderes y contrapoderes sin que éstos sean representativos de los ciudadanos y no estén sujetos a los controles democráticos como los poderes públicos”.

Para finalizar con el debate sobre la generación de la opinión pública, el punto 21 dice que “el periodismo no debe condicionar ni mediatizar la información veraz o imparcial ni las opiniones honestas con la pretensión de crear o formar la opinión pública”, debido a que “su legitimidad radica en el respeto efectivo del derecho fundamental de los ciudadanos a la información dentro del marco del respeto de los valores democráticos”.

La presunción de inocencia es la clave para el artículo 22, puesto que el periodista debe respetarla y evitar cualquier tipo de pronunciamiento que se lea o asuma como un veredicto. En este mismo orden de ideas aparece el número 23 donde se decreta el derecho a la vida privada como un valor que debe ser respetado, al nivel que el punto 24, asume el carácter equitativo al presentar la imposibilidad de pasar por encima de la vida privada de las personas, pero entendiendo que existe una libertad de expresión y que ambas son de carácter universal.

La búsqueda incesante de la información es clave en el punto 25, la verdad no puede pasar por encima de los derechos económicos, políticos, sociales, culturales o sexuales de ningún ser humano, de allí que la “información debe ser obtenida a través de medios legales y éticos”.

Ningún reportero se encuentra exento de cometer equivocaciones, de allí que “los medios de comunicación rectificarán, automática y rápidamente, con el tratamiento informativo adecuado, todas las informaciones y opiniones que se revelaran falsas o erróneas”, este punto que trabaja el artículo 26 es clave en un ejercicio ético por parte, no solo del periodista, sino también del medio de comunicación.

El punto 27 habla del salario digno y las condiciones apropiadas para el periodista como trabajador. El último de los puntos tratados por La asamblea parlamentaria, consiste en aseverar la necesidad de que el periodista mantenga cierta “distancia” con las fuentes –sobre todo estatales-, puesto que de lo contrario pone en duda su independencia e imparcialidad profesional.

Como hemos visto, el ejercicio del periodismo en Europa responde a unos intereses individuales, colectivos, privados y públicos que son tenidos en cuenta, pero que no pueden estar por encima de la generación de una información que cuente con las características de veracidad y la neutralidad. Según, este Manual, podemos generar una representación del periodista en el ejercicio de su actividad.

En Colombia, la casa editorial El Tiempo tiene su Manual de Redacción. Éste ha sido uno de los pilares para el desarrollo estilístico de los periodistas del país. Entre sus páginas se presenta una visión específica de valores puntuales, que en una lectura crítica nos permitirían identificar las posturas discursivas y de allí la visión del periodista que la casa construye.

Es vital que demos un espacio para definir algunas de las características con las que podemos identificar a los medios de comunicación, en este caso los impresos. Podemos decir, a grandes rasgos, que estos medios existen para prestar un servicio social: informar; determinando algunos rasgos y construyendo parámetros de vida, al interior de la sociedad. Ellos deben ejercer con soberanía, puesto que están encargados de presentar, ante el público nacional, regional o local, los hechos noticiosos y opiniones argumentadas. “La responsabilidad social de los medios se sujeta al compromiso con los ideales democráticos, adquiriendo un sentido de libertad, que ellos transmiten y anteponiendo el interés general a cualquier otro interés” (Gomis, 2008, p. 71). Esta consabida responsabilidad es clave puesto que la neutralidad de los medios es vital para un sano ejercicio democrático. Los medios tienen por obligación ética y por una vocación de servicio, ser voceros de la ciudadanía y este deber lo ejercen mediante la transmisión de la información.

Siguiendo con lo anterior, debemos decir que la labor del periodista es la de mantener informado sobre los hechos acaecidos o por acontecer, que se originan en su espacio de acción inmediata. Para Gomis:

En el periodismo como método de interpretación sucesiva de la realidad social corresponde a los géneros periodísticos cumplir distintas funciones para responder también a diversas necesidades sociales y satisfacerlas. La información y el comentario son dos necesidades sociales distintas. Necesitamos estar informados para saber qué pasa y qué significa cada uno de los hechos en el conjunto de los acontecimientos actuales. Necesitamos formarnos una opinión de las cosas y comentarlas para saber en qué van a afectarnos y qué podemos hacer para sacar provecho de ellas o hacerles frente eficazmente y evitar el mal que podrían producirnos. (2008, p. 142).

Son componentes claves en el periodismo y características fundamentales para el reportero: la objetividad, la neutralidad y la transparencia; con estos elementos los hechos noticiosos y las opiniones serán representados de una manera adecuada, así el lector va a realizar una conclusión o a construir una opinión partiendo de los datos suministrados.

Hemos hablado de los medios de comunicación, del ejercicio y del reportero, ahora, nos parece importante que nos detengamos en el hecho, en el mensaje. En este caso vamos a revisar, según el *Manual de la Casa Editorial El Tiempo*, la definición de noticia y de igual manera, darle un pequeño espacio al análisis sobre el contexto, un asunto clave puesto que éste debe aparecer en todos los textos escritor que quieran salir a la luz pública, en esta editorial.

Dicho manual define a la noticia de la siguiente manera: “Noticia es la narración objetiva, veraz, completa y oportuna de un acontecimiento de interés general. Esta definición excluye cualquier opinión personal del periodista” (2000, p. 47). Más adelante, el *Manual*, va a determinar las características más sobresalientes de la noticia, las que nos pueden ayudar a definir el valor de la misma:

1. Novedad: un acontecimiento inédito es por lo general más importante que uno ya conocido.
2. Improbabilidad: el hecho más improbable tiene mayor importancia que un acontecimiento esperado.
3. Interés: mientras más personas puedan ser afectadas por la noticia, más importancia tendrá esta.
4. Proximidad en tiempo y espacio: el acontecimiento de mayor importancia es el que se produce hoy y aquí. En la medida en que se aleja del lector geográfica o temporalmente, va perdiendo su importancia.

5. Atractivo: mientras mayor sea la curiosidad que el acontecimiento pueda despertar, este tendrá mayor importancia a los ojos del lector.

6. Empatía: en cuanto mayor sea el número de lectores que se puedan identificar con los protagonistas de la noticia o con sus situaciones, aumentará su valor periodístico (p. 48).

Otro punto clave en el desarrollo de la noticias es la fuente. En ella se va a vincular el prestigio y el *ethos* del informante, llámese institución o persona civil. El medio de comunicación en su perspectiva empresarial debe darles espacios de acción independiente a los reporteros en la medida que ellos son los encargados de levantar la información, y son quienes recurren a las fuentes. Sin embargo, los lectores críticos, necesitan conocer de dónde proviene la información puesto que con ello se tienen las herramientas para evaluar y o realizar el análisis de la noticia.

Todo aquel que sea utilizado con el fin de obtener información es una fuente. De allí que se diga que existen diferencias según el lugar desde el que se realiza el acto comunicativo.

Fuentes primarias: son los actores principales, están en el lugar de los sucesos, su vinculación con el hecho noticioso es evidente, sus postulados son inmediatos: tanto para la descripción de los hechos como para la enumeración de opiniones. **Fuentes élite:** poseen un valor informativo importante, puesto que son actores del evento noticioso; de igual manera, al responder a intereses generales y al manejar datos de primer orden, son confiables. De la misma manera, en casi todos los espacios en los que se evidencien conflictos sociales, los agentes del orden, los miembros de los partidos políticos, los expertos y los funcionarios gubernamentales, son a quienes se convierten en la voz del hecho.

Como ya se había mencionado, uno de los elementos fundamentales, en la preparación de la noticia, es el contexto. Sobre dicho concepto, Van Dick señala:

En el contexto se encuentran a menudo señalado por indicadores como: mientras, durante, o expresiones parecidas de simultaneidad. Semánticamente, la información del contexto debe denotar la situación actual, que consiste en otros sucesos informativos concretos, y no una situación (p. 84).

Se entiende entonces que su oficio es el de describir la realidad que rodea al hecho noticioso. Es determinante en la medida que certifica la información, dándole contundencia y haciéndola verificable. Nos sirve para darle la idea al lector de los espacios en los que se desarrolla la noticia, también, presenta datos sobre las implicaciones (generales y particulares) y permite detallar los acontecimientos simultáneos. Gracias al contexto, la noticia se presenta de una manera real en las dimensiones del tiempo y el espacio.

6.2. Anexo 2

Teniendo en cuenta que para el análisis anterior fue acogida la conceptualización realizada por el filósofo Paul Ricoeur, sobre la “Triple mimesis”; se suministra la reseña de la investigación *Colombia Nazi*, en tanto que se ha indicado, a lo largo de la monografía, que esta pertenece al primer nivel mimético presentado por el pensador francés, mediante su obra *Tiempo y Narración*.

Colombia nazi - Reseña

En Septiembre de 1986 los periodistas Silvia Galvis y Alberto Donadio publicaron, a través de Editorial Planeta, el libro *Colombia Nazi*; que consiste en una minuciosa recopilación y selección de datos y documentos que reposan en los Archivos Nacionales de Washington, D.C. sobre las injerencias de la doctrina nazi en Colombia desde los mandatos internacionales del estado Alemán y de los intereses nacionales de la ultraderecha. De igual manera, da cuenta de la vida de los ciudadanos alemanes, italianos y japoneses inmigrantes a nuestro país y algunas anécdotas vinculadas a este sector sobre las relaciones internacionales, las disposiciones ideológicas extranjeras de las potencias mundiales y la política interior.

Del detallado informe sobresalen la información proveniente del archivo del Departamento de Estado del que fueron rescatados memorandos internos, correspondencia con la embajada de Bogotá, informes enviados por los consulados norteamericanos, etc.; que dan cuenta del permiso otorgado por parte de los altos mandos colombianos, a la intervención directa de Estados Unidos con su famosa Lista Negra, y los estragos que dicha imposición ocasionó en la vida de varias familias que supuestamente simpatizaban con el Eje.

La investigación está desglosada en quince capítulos. En ellos se encuentran fotografías, cuadros, citas directas y análisis minuciosos de los diversos estamentos nacionales y las

implicaciones que vivieron los ciudadanos provenientes de los países del eje. El primer y segundo capítulos son: “Un espía que no vino del frío” y “Vogel, Nikolaus, Rullhusen y compañía”, tratan sobre la permanencia de varios alemanes en América Latina, en el ejercicio de espías. En el caso de Colombia, los archivos indican que entre las diferentes identidades sindicadas de espionaje, se encuentra la de Heriberto Schwartz, un hombre que utilizó el alias de Enrique para operar por todo el país, bajo directrices de los nazis; hasta 1942 cuando la Policía Nacional lo detuvo, luego de que el embajador de Estados Unidos en Colombia, Arthur Bliss, les entregara pruebas recogidas por los grupos norteamericanos de inteligencia, que vinculaban a “Enrique” con la Alemania Nazi.

Los nombres de otras personas como Max Vogel, Georg Nikolaus, Hermann Heinrich Rullhusen, Oscar Pensgen, Boris Dreher, se encuentran en los documentos que los periodistas colombianos revisaron como fuente de información y que revelan que estas personas eran informantes al servicio de Hitler, en América Latina; que ejecutaron actos de sabotaje en ciudades como Cali y Buenaventura y que cuando Hitler iba siendo vencido, el coletazo de la derrota al otro lado de Alemania se evidenció en tanto que sus espías fueron siendo aprehendidos y deportados, por cuenta de la Policía Nacional que, ahora, atendía a la reglamentación gringa.

En el tercer capítulo, “El contraespionaje del FBI”, Galvis y Donadio aclaran que aunque no se tienen datos exactos de enviados del FBI a América Latina para combatir la exportación de la Segunda Guerra Mundial, se sabe, al menos, por comunicados al Departamento de Estado, que a través de delegados de los cuerpos de inteligencia y seguridad norteamericanos y británicos se realizaban actividades de persecución a todos los agentes del Eje.

Dentro de los archivos revisados, también se encontró, que bajo el modelo de espionaje que ejercía el FBI en América Latina; en Colombia, por ejemplo, el Ministerio de Guerra en Bogotá enviaba, en defensa de la Nación, agentes secretos a países vecinos como Panamá.

El cuarto capítulo, “Espía a la colombiana”, entrega datos e identidades como la de Rafael Espinosa, un espía que en ocho años envió a Bogotá más de tres mil informes que condesaban fichas de residentes japoneses en Colombia; datos sobre tráfico de armas; horas enteras de vigilancia a personalidades como Laureano Gómez, entre otras.

Detrás de las oficiales invitaciones a los altos mandos de las fuerzas militares de América Latina, a nombre del Pentágono; del refuerzo militar en diversos países de América Latina, con agregados castrenses hasta en sus embajadas; de las visitas del ex Presidente Roosevelt a Panamá con el interés de adquirir terrenos en los países vecinos al canal, como lo informaban en la década del cuarenta diferentes medios impresos de comunicación; se esconden disposiciones pactadas con altos funcionarios de América Latina como la de permitir, sin objeción alguna, el ingreso de agentes norteamericanos vestidos de civiles, en vuelos comerciales, a escondidas de todo el mundo; con el fin de “sondear” a los gobiernos y a la sociedad respecto a sus posiciones frente a la Gran Guerra. Esta información está condensada en el quinto capítulo “Los pactos secretos”.

Los referentes espacio temporal del texto son los años 1938 – 1945, el país es orientado por Eduardo Santos y Alfonso López Pumarejo, presidentes que bajo el planteamiento de la necesidad de seguridad en el canal y la cooperación internacional permitieron y pactaron la implementación de la Lista Negra, de esquemas de seguridad recomendados por Estados Unidos, planes de invasión, construcción de bases navales norteamericanas, préstamos de millones de dólares, etc. En el capítulo “Los pactos secretos”, los periodistas colombianos aclaran que en uno de los comunicados encontrados en los Archivos Nacionales de Washignton DC, el ex presidente Santos manifiesta la necesidad de entablar diálogos con las autoridades gringas “personal y verbalmente”, para evitar la existencia de memorandos y otros documentos.

El capítulo seis, “La lista Negra”, es una síntesis de los criterios estipulados por Estados Unidos como justificación para la construcción de una lista de entidades y personas consideradas “contrarias a las políticas de defensa nacional”, con el fin de impedir que, en terreno latinoamericano, realizaran transacciones comerciales. El subsecretario de Estado, Sumner Welles, el organismo diplomático de Estados Unidos y al menos treinta agentes norteamericanos fueron los primeros encargados, por el ex presidente Roosevelt, para velar por el buen curso de la creación de la famosa Lista Negra.

Los nombres de varias personas fueron incluidos por ser de nacionalidad alemana o italiana; el del suizo Domingo Derungs por haberle dicho en una discusión a un empleado danés, de quien se comprobó haber sido informante al servicio de Roosevelt, que “...los alemanes y los rusos se dieran palo unos a otros, y cuando estuvieran terminados deberían entrar los americanos a terminar con ambos y luego seguir con los alemanes que quedaban en los Urales”; el de los hermanos Henrique y Rafael Román, por haber destruido supuestamente en el Club La Popa, el retrato de Roosevelt; el de Rodrigo Prieto, por ser el dueño de la Droguería Alemana; y el de Heriberto Schwartz, por realizar actividades de espionaje. De esta manera, mientras Estados Unidos con la ayuda de Latinoamérica se blindaba contra la Segunda Guerra Mundial, la Lista Negra que “De 30 empleados en su inicio llegó a tener 116 y a acumular información sobre 45 mil individuos y compañías” (Galvis y Donadio, 1986, p.109) se convirtió en la razón de ser de la ruina total de varias personas que debieron cerrar de manera obligatoria e inmediata sus negocios, por la restricción a las operaciones comerciales y financieras; o simplemente porque fueron despedidos de sus puestos de empleo. Algunas personas como Manuel Vicente Peña Espinosa y Domingo Trillos fueron retirados de la Lista, porque eran importantes en el mundo del comercio, en determinadas regiones de Colombia; aunque posteriormente eran convocados para que firmaran una

“promesa de buena conducta” que les exigía la no participación en transacciones directas o indirectas con personas incluidas en la Lista Negra o en territorios del Eje.

Pocos eran los que se oponían a la confección de la Lista Negra. Laureano Gómez (que como es sabido, su nombre es la máxima representación de la simpatía con la ideología Nazi desde Colombia) y Luis López de Mesa (el ministro colombiano de Relaciones Exteriores en 1941), que aunque logró hacer eco hasta en el Senado, puesto que se aprobó, de manera unánime, respaldarlo, la legación británica y la de Estados Unidos, mantenían al tanto al Departamento de Estado, desde donde se hizo caso omiso a las determinaciones de los mandatarios colombianos, hasta 1946.

Fue en plena Primera Guerra Mundial que por primera vez se materializó la idea propuesta por Gran Bretaña de construir una lista con el fin de bloquear a todos los “enemigos”. La iniciativa fue rechazada de manera frontal por Estados Unidos puesto que pensaban que La Lista Negra era una “violación a todo derecho internacional”. En 1941, los mismos que objetaron la creación de la Lista, fueron los encargados de resucitarla, en países de América Latina, como un mecanismo de lucha contra la expansión de la ideología nazi.

El séptimo capítulo, “El fideicomiso”, se construye a partir de comunicados que el embajador estadounidense en Colombia le enviaba a la Secretaría de Estado y de los de algunos gerentes de bancos como el Alemán Antioqueño, dirigidos a la embajada de Estados Unidos y que contienen información clave del año 1941, cuando se dan por terminadas las relaciones con los países del Eje. Dichas evidencias dan cuenta del paralelismo de las medidas y restricciones de la Lista Negra y del fideicomiso, un sistema que estuvo a cargo del Fondo de Estabilización del Banco de la República conformado por un grupo de no más de sesenta personas que se encargaban de vigilar los movimientos de las empresas y regular sus utilidades, siempre y cuando sus titulares y dueños fueran alemanes o simpatizantes del partido Nazi de la época. La misma situación fue enfrentada por otras entidades como la

Trilladora del Tolima, que aunque cambió de razón social varias veces y hasta abogaron por ella miembros de la familia de López Michelsen, no fue posible evadir las imposiciones; por el contrario, el entonces secretario de Estado, Cordell Hull enviaba constantes notificaciones y requerimientos, por medio del embajador Lane, al gobierno colombiano, por insistir en la defensa de algunas personas y entidades que eran consideradas enemigas.

El octavo capítulo, “El banquero de Dios”, justamente muestra cómo personalidades como Bernardino Nogara, el hombre escogido por el Vaticano, en 1929, como el primer asesor financiero de la Santa Sede, se valían de la “fe” que depositaban los Papas, para enriquecerse por medio de la adquisición de acciones en multitud. También para neutralizar el bloqueo económico, bajo intereses personales. Nogara, por ejemplo, fue uno de los fundadores del Banco Francés e Italiano para la América del Sur, incluido en la Lista de Estados Unidos y en la Británica; y por supuesto, uno de los principales defensores de la entidad bancaria: intentó celebrar convenios con el Vaticano que fracasaban por la intervención de los organismos de seguridad extranjeros. La última vez, el ministerio de Guerra Económica de Gran Bretaña le notificó al Vaticano la sospecha de que Nogara estaba usando su ejercicio como Banquero de Dios para abogar por sus acciones. Lo cual aseguró desconocer el entonces secretario de Estado del Vaticano, Cardenal Luigi Maglione.

El capítulo nueve, “La Scadta, peligro para el canal”, es un ejemplo más sobre las atribuciones tomadas por Estados Unidos: los permisos otorgados por los altos mandos de Colombia, los atropellos que dejaron en la ruina a personas que nada tuvieron que ver con la Guerra y las empresas que ante los mecanismos de presión ordenados por Roosevelt fueron liquidadas. Como el caso de la Scadta, una sociedad colomboalemanda de transportes aéreos fundada en 1919, que diez años más tarde por desniveles económicos contaría con gran número de accionistas norteamericanos, los mismos que invirtieron al menos un millón de dólares en la “desalemanización” de la empresa contratando estudios y abogados que

aconsejaban que se le revocara la nacionalidad colombiana a los fundadores alemanes que no quisieran vender sus acciones; como el geógrafo y filósofo Von Bauer que pasó de ser uno de los socios mayoritarios a tener, en 1941, tan sólo el diez por ciento de las acciones; bienes además, pignorados en el fideicomiso.

Mientras el presidente Eduardo Santos evitaba intervenir a favor de Estados Unidos o de Alemania, ambas naciones, por medio de sus delegados, enviaban comunicados permanentes en contra de cada una. Estados Unidos fue uno de los primeros en protestar ante la cancillería colombiana, en contra de la legación alemana. Al presidente Roosevelt le llegó, en forma de rumor, que en Colombia germinaba un frente nazi, lo que catalogó inmediatamente como una amenaza; por lo cual, la correspondencia a las autoridades colombianas era diaria. Por su parte, el ministro alemán Wolfgang Dittler, en 1940, se comunicó con el Canciller López de Mesa para manifestarle incomodidad y malestar por la exhibición de la película “Mein Kampf - My Crimes” (historia que cuenta los crímenes cometidos por Hitler). Las peticiones de censura y los infinitos reclamos cruzaron la infraestructura de la oficina de la cancillería y se trasladaron a casas editoriales y medios masivos de comunicación como el New York Times y el New York Herald Tribune, que fue siempre fiel a las acciones de su país. Los periódicos El Espectador y El Tiempo apoyaron a Estados Unidos y el diario La Patria, de la mano de Laureano Gómez, fue apologista del dictador alemán. La ampliación y los detalles de dicha información conforman el capítulo décimo: “La guerra de la propaganda”, de la investigación “Colombia Nazi”.

El capítulo once, “Submarinos nazis vs goletas colombianas”, hace referencia a las pocas pruebas que existen sobre la versión de Roosevelt respaldada por el entonces embajador norteamericano en Colombia, Barden, de que existían pistas clandestinas en terreno colombiano. El caso de los submarinos alemanes que supuestamente atacaron varias goletas colombianas que transportaban carga, ciudadanos y personalidades norteamericanas y

colombianas, en la costa Caribe, fue información denunciada y testificada por supuestos sobrevivientes a dichos ataques pero nunca se pudo verificar la autenticidad de los datos. Algunas libros como “Axis Submarine Successes of World War Two: German, Italian, and Japanese Submarine Successes, 1939-1945” (1983), del profesor alemán Jurgen Rohwer indican que el 23 de Junio de 1942 la goleta “Resolute” había sido hundida por el submarino alemán U 172, al igual que otros tantos barcos entre petroleros y mercantes. Finalmente ese submarino comandado por el teniente alemán Karl Emmermann fue derrotado por barcos norteamericanos, en una guerra nocturna.

El apartado doce, “López de Mesa y el antisemitismo”, es un capítulo anecdótico sobre los impases y las agresiones de las que fue víctima en Berlín, el ministro plenipotenciario de Colombia, Jaime Jaramillo Arango, en 1938, cuando se le delegó dicho cargo. Jaramillo Arango nunca obtuvo el apoyo ni la intervención diplomática de sus jefes que permanentemente les solicitaba frente a las autoridades militares nazis. En este espacio de la investigación, los datos nos hacen conocedores de la laxitud del gobierno Colombiano, a la cabeza de Eduardo Santos, frente a las arremetidas y consecuencias que se generaron por la intromisión de Jaramillo en el inicio de la política antisemita en Alemania.

El capítulo trece, “¿La amenaza amarilla?”, condensa los datos de la llegada de varias familias japonesas en la década de 1920, al departamento del Cauca para trabajar con empresas como “Takeshima y la Kaigai” (1986, p. 257). Los rumores de posibles pistas clandestinas en terrenos de la colonia japonesa tomó fuerza hasta que el FBI decidió intervenirla. Aunque se realizaron diversas inspecciones en la zona, nunca fueron reportados elementos probatorios que vincularan a los japoneses con pensamientos y acciones pronazis. Sin embargo, en 1942 se da la orden del gobierno colombiano de no permitirle a la colonia japonesa salir de Corinto. En 1944 varios de sus integrantes fueron trasladados, junto a alemanes e italianos, a campos de concentración en Fusagasugá, autorizados por Carlos

Vanegas, director de la Policía Nacional. Existen cartas de las familias confinadas en campos de concentración, dirigidas a sus familiares y a las autoridades, solicitando su liberación.

El capítulo XIII se inicia en 1941, cuando los militares, en cabeza de algunos generales y políticos de la ultraderecha colombiana, planean un golpe de Estado al presidente Santos que nunca se perpetró, pero que da cuenta de unas políticas gubernamentales proamericanas que buscaban eliminar la presencia de militares con ideología fascista. Fue así que se estrecharon lazos entre simpatizantes nazis colombianos y altos mandos alemanes. Dicha situación se extendió hasta los años de mandato de Alfonso López Pumarejo.

Bajo la idea de derrocar a Santos por sus supuestas pretensiones de entregarle el país a Estados Unidos, contrarios pronazis como Laureano Gómez y un conglomerado de hombres prestantes que se autodenominaron “Legión”, utilizaron medios de comunicación como el programa La voz de Colombia, en la Radio Nacional; la revista El Santísimo Rosario y el periódico El Siglo, para la difusión de mensajes conspirativos. Lo anterior puede consultarse en el capítulo catorce “Los nazis tras las revueltas”.

El capítulo quince, “El golpe de pasto”, suministra datos y fechas sobre el ambiente hostil que se percibía específicamente en 1944, por parte de un grupo sedicioso de militares colombianos que protagonizaron revueltas como la que se registró en Pasto, cuando fue capturado durante dos días el presidente Alfonso López Pumarejo y que, gracias a sus alfiles políticos (Darío Echandía, Alberto Lleras Camargo y Alirio Gómez), pudo ser liberado. Los conspiradores no se detienen y plantan cuatro bombas de la Catedral de Bogotá con el fin de asesinar al presidente. Esta nueva conspiración también fue desmantelada; se descubrió que entre los principales instigadores estaban Laureano Gómez, su Hijo, Lucio Pabón, entre otros; quienes pidieron asilo político en Ecuador y Brasil.

Debidos a los constantes ataques del partido conservador, del liberal y del partido nazi colombiano; el abandono por parte de las masas y por el delicado estado de salud de su

esposa, el presidente López Pumarejo abdica el 3 de Agosto, de 1945. La presidencia la asume Alberto Lleras Camargo. En las próximas elecciones, el candidato del partido conservador, Mariano Ospina Pérez gana, situación que le da inicio a uno de los momentos más sanguinarios de Colombia: La Violencia (1948-1958).

Finalmente, se puede concluir que la investigación de los periodistas Silvia Galvis y Alberto Donadio contiene datos que denuncian el impacto directo en la población colombiana, de las directrices de Estados Unidos para luchar contra las disposiciones de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial.

De igual manera se puede afirmar que las políticas del Buen Vecino de contrarrestar la Guerra y sus atrocidades, son tan evidentes como la flexibilidad y la docilidad del gobierno colombiano ante los lineamientos de Norteamérica.

Bibliografía

- Benjamin, W. (2010). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Bogotá, Colombia: Ediciones desde abajo.
- Biermann, E. (2001). *Distantes y distintos: los alemanes en Colombia 1939 – 1945*. Bogotá, Colombia. Universidad Nacional.
- Chillón, A. (1999). *Literatura y Periodismo, una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona, España: Editorial Universidad Autónoma de Barcelona.
- Forero, A. (2008). De Presidencia, para: periodistas. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/impreso/politica/articuloimpreso-de-presidencia-los-periodistas>
- Galvis, S. y Donadio, A. (1986). *Colombia Nazi*. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.
- García de León, E. (1968). *Literatura periodística o periodismo literario*. En: Centro Virtual Cervantes. 1968. Actas XIII, congreso AIH., tomo IV, 335 – 343.
- Gomis, L. (2008). *Teoría de los géneros periodísticos*. España: Editorial UOC
- Kappuscinski, R. (2003). *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir y pensar)*. México: Fundación Nuevo Periodismo.
- Limia, M. (2010). *Relaciones entre Periodismo y Literatura en la obra de Gabriel García Márquez: historia, mito y violencia*. Santiago de Compostela, España: Universidad Santiago de Compostela.

- López, A. (2005). *Entre la pluma y la pantalla*. Cali, Colombia: Universidad del Valle – Programa editorial.
- Marina, J. A. (1995). *Ética para náufragos*. España: Barcelona. Anagrama.
- Piglia, R. (2006). *La invasión*. Barcelona, España: Anagrama
- Ricoeur, P (1998). *Tiempo y Narración*. Tomo I. México: Siglo veintiuno editores
- Samper Pizano, D. (2001). “Prólogo”. *Antología de grandes reportajes colombianos*. Bogotá, Colombia: Editorial Aguilar.
- Semana (mayo, 1993). *Cuatro años de Terror*. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/articulo/cuatro-anos-terror/19833-3>
- Sims, N. (2002). “Prólogo”. *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Bogotá, Colombia: El Áncora Editores.
- Ulloa, S.M. y Carvajal G. (2008). *Teoría del texto y tipología discursiva*. Revista Universidad Javeriana
- Van Dijk, T. (1990). *La noticia como discurso*. Barcelona, España: Paidós
- Vargas, R. (productor y director). (2002). *Exiliados en exilio*. Colombia: Ministerio de Cultura de Colombia.
- Vásquez, J. G. (2004). *Los informantes*. Bogotá, Colombia: Editorial Alfaguara S.A.
- Vásquez, J.G. (2009). *El arte de la distorsión*. Bogotá, Colombia: Editorial Alfaguara S.A.
- Vásquez, J. G. (2013). *Las reputaciones*. Bogotá, Colombia: Editorial Alfaguara S.A.
- Vásquez, J.G. (2015). *Viernes de Letras*. Ciclo de Conversatorios, coordinados por la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle, Cali, Colombia.l0l0l
- Wolfe, T. (2000). “Prólogo”. *El nuevo periodismo*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Wiener, G. (2010). “Entrevista con Juan Gabriel Vásquez”. *Arcadia*. Recuperado en <http://www.revistaarcadia.com/libros/articulo/el-escriptor-debe-agua-fiestas/20691>